JULIO - 1948
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

ARGENTINA....... PESOS. 1,50	CUBA............ PESOS. 0,35	HONDURAS.... LEMPIRAS. 0,90	PORTUGAL...... ESCUDOS. 15,00
BOLIVIA BOLIVIANOS. 25,00	EL ECUADOR SUCRES. 5,60	MEJICO........... PESOS. 1,85	PUERTO RICO... DOLARES. 0,35
BRASIL....... CRUCEIROS. 7,50	EL SALVADOR COLONES. 1,00	NICARAGUA. CORDOBAS. 1,50	R. DOMINICANA. DOLARES. 0,35
CHILE.............. PESOS. 15,00	ESPAÑA......... PESETAS. 10,00	PANAMA....... BALBOAS. 0,35	URUGUAY.......... PESOS. 0,80
COLOMBIA......... PESOS. 0,90	FILIPINAS.......... PESOS. 1,00	PARAGUAY .. GUARANIES. 1,30	VENEZUELA... BOLIVARES. 1,30
COSTA RICA... COLONES. 2,50	GUATEMALA. QUETZALES 0,35	PERU............. SOLES. 2,50	El resto del mundo, equivalencia sobre PESETAS. 10,00

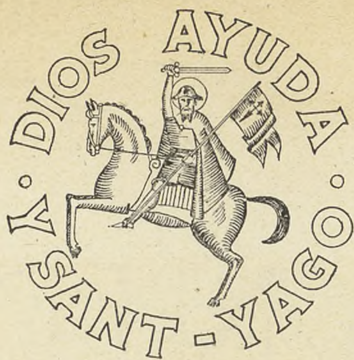


LECTOR: CUANDO SE DIRIJA AL ANUNCIANTE, MENCIONE SIEMPRE LA REVISTA «MVNDO HISPANICO»


SANTANDER
CIUDAD DE VERANO



REPRODUCCION DEL CARTEL IMPRESO EN LOS TALLERES DE SANTIAGO GALAS, MEXICO, D. F.



PUBLICACIÓN MENSUAL

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL: ALFREDO SANCHEZ-BELLA

REDACCION Y ADMINISTRACION
Alcalá Galiano, 4. - MADRID
Apart. 245 - Direc. teleg.: MUNISCO

MVNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

N.º 6 - JULIO 1948

DIRECTOR: ROMLEY (MANUEL M.ª GOMEZ COMES)

Redac.-Jefe: MANUEL SUÁREZ-CASO

Secret. de Red.: RAIMUNDO SUSAETA

Portada: AVENIDA DE JOSE ANTONIO, de Madrid, "foto" en colores naturales, por J. M. Lara. - Pág. 7: "ESPAÑA SIN PAÑUELO", por Lucio del Alamo. - Pág. 8: "LA HISPANIDAD COMO PROBLEMA Y DESTINO", por Juan Sepich. - Pág. 11: "EUGENIA DE MONTIJO, EMPERATRIZ DE FRANCIA", por el Duque de Alba. - Pág. 15: "LA INDUSTRIA SIDERURGICA EN HISPANOAMERICA", por E. Larroque. - Pág. 19: "GRACIA Y ALEGRIA DE LAS VERBENAS MADRILEÑAS", por Raimundo Susaeta. - Pág. 23: "SIMON BOLIVAR VISTO POR UNAMUNO", por José Miguel de Azaola. - Pág. 26: "AHORA SOY EL 322", por Vicente Escrivá. - Pág. 27: "18 DE JULIO: FECHA INEXPUGNABLE DE LA HISTORIA", por Ismael Herraiz. - Pág. 31: VIAJE A LA CIUDADELA DE LOS INCAS, por J. Alvarez Guerra. - Pág. 34: MERIDIANO DE BARCELONA. - Pág. 35: MERIDIANO DE MADRID. - Pág. 36: FIESTA DE GALA EN VIANA. - Pág. 38: "DE LA AVENIDA DE COPACABANA A LA PUERTA DEL SOL". - Pág. 39: CAMOENS EN EL "CINE" PORTUGUES, por M. Navarro. - Pág. 43: LA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES, por Julio Trenas. - Pág. 47: "LA VIRGEN DE FATIMA, PEREGRINA", por Tomás Borrás. - Pág. 48: "TRAS EL SOROCHE, LA PAZ", por Antonio Ortiz Muñoz. - Pág. 50: "EL REY DE LA PATAGONIA", por J. M. Vega Pico. - Pág. 51: NUESTROS COLABORADORES. - Pág. 52: "EL CAMINO DE COMPOSTELA". - Pág. 55: BIBLIOGRAFIA. - Pág. 58: CARTAS DE NUESTROS LECTORES y SECCIONES VARIAS.

ESPAÑA, SIN PAÑUELO

AQUELLA dama mejicana era—es—amable y bella. Olía a vainilla de sus bosques de Papantla. Estábamos, en grupo, en la entraña del bosque del "Desierto de los Leones", al atardecer del Viernes Santo. Caían goterones de lluvia, y el cielo alto cuajaba un morado de Pasión. Abajo, Méjico, en silencio sobre la laguna muerta y reseca. Toda una muchedumbre se apretujaba en la entrada angosta del convento. Se fueron los monjes hace ochenta años, aventados por la revolución, y el edificio se recome de abandono y de ruinas. Esta tarde resucita con aires de romería. Hay tinglados de refrescos y golosinas, y clavado sobre un tronco varias veces centenario negrea un letrero paternal que empieza a mojar la lluvia. Dice así: "Se recomienda no disparar armas de fuego." En el grupo está Méjico en el corazón y España en carne viva, clavada en el recuerdo. Uno cualquiera—acaso el universitario triste que estudió en la Autónoma de Guadalajara—, hablando de una España que ama sin conocerla, ha citado a Nietzsche:

—Es un pueblo que ha querido demasiado...

—Por ambición, no de tierras, sino de almas. Y un día, cuando Europa entraba en agonía y los mercaderes se apelotonaban en torno a la O. N. U., España se quedó sola frente al mundo...

Pasaba un indio, casi un niño, del brazo de su novia. Ella era como cuentan que fué la Malinche. Y su voz, una canción sobre las ruinas. Se la oyó decir, con entusiasmo temeroso:

—La momia de la izquierda tenía la mano calentita; dicen que es una monja, nieta de Don Hernando...

Para la repulsa o el afecto, allí Hernán Cortés resucita cada mañana y se llama "Don Hernando". Es la actualidad no marchitada, pese a que hace ya siglos que los semidioses se cansaron de nacer en Extremadura.

Fué entonces cuando empezó a hablar la dama. Citó a Rupert Broocke sin nombrarle, y la voz llegaba tan suave, que se ahogaba en los labios hasta el más leve matiz de repipiada pedantería:

—¿Conocéis la anécdota del viajero solitario? Es casi un cuento infantil de lágrimas contenidas: El viajero estaba solo en el muelle. En torno de él, los otros pasajeros cambiaban abrazos y adioses. Había familiares y amigos pespunteando de afectos el desaliento de la despedida. El viajero estaba solo, mordiendo su amargura. Vió a un mendigo entre los tinglados del muelle, y le habló con ansia: "Toma esta peseta—le dijo—. Cuando el barco desatraque, despídeme con el pañuelo." El mendigo había guardado la moneda. La sacó, de nuevo, entre sus dedos temblones. "No puedo hacerlo, señor. Soy demasiado pobre para permitirme el lujo de tener pañuelo..." Cuando España partió hacia la batalla, cuando quedó sola frente a Moscú, en el vacío del mundo, sus amigos no podíamos llegar hasta el muelle obstruído de equívocos y de odios. España, que iba a morir y a matar sin lágrimas, ni tuvo ni le hizo falta pañuelo...

Hubo un silencio apretado y hondo. Lo rompió una voz española, corajuda y recia:

—Aquí, en cambio, sobraron pañuelos. Las gentes de allí y de aquí nos entendemos mirándonos a los ojos. Sin cantos amerengados a la "Madre Patria", de tú a tú, alternando, para la hermandad viril, bofetadas y abrazos. Al fin y al cabo, revolucionarios y "cristeros" vitoreaban aquí a la Guadalupana. Se mataban porque amaban a Méjico y no les gustaba. Como a nosotros España. Por eso tuvimos que ganarla, otra vez, "a cristazo limpio"...

El bosque se había llenado de ruidos. Las gentes empezaban a bajar hacia la capital. Cantaban para acortar la pausa del camino. Eran canciones de fe y de esperanza sobre el divino dolor del Viernes Santo. Parecían gritar que Méjico está alerta contra mercaderes del Norte o del Sur. Como España, remozada la estrofa del Romancero:

En el Carpio quedan ciento
Para el castillo guardar...

El bosque quedó atrás. Estaban ahora enfrente los volcanes con su collarín de nieve. La dama reasumió su papel de cicerone:

—Por entre aquellos dos picachos se asomó Cortés al valle de Méjico. Subía desde Veracruz con dieciséis caballos. Doña Marina acompañaba a Don Hernando...

L U C I O   D E L   A L A M O

PRECIOS: Argentina, Pesos, 1,50 ● Bolivia, Bolivianos, 25,00 ● Brasil, Cruceiros, 7,50 ● Chile, Pesos, 15,00 ● Colombia, Pesos, 0,90 ● Costa Rica, Colones, 2,50 ● Cuba, Pesos, 0,35 ● El Ecuador, Sucres, 5,60 ● El Salvador, Colones, 1,00 ● España, Pesetas, 10,00 ● Filipinas, Pesos, 1,00 ● Guatemala, Quetzales, 0,35 ● Haití, Gourdes, 1,50 ● Honduras, Lempiras, 0,90 ● Méjico, Pesos, 1,85 ● Nicaragua, Córdobas, 1,50 ● Panamá, Balboas, 0,35 ● Paraguay, Guaraníes, 1,30 ● Perú, Soles. 2,5 ● Portugal, Escudos, 15,00 ● R. Dominicana, Dólare, 0,35 ● Uruguay, Pesos, 0,80 ● Venezuela, Bolívares, 1,30 ● Para el resto del mundo, equivalencia sobre Pesetas 10.

EMPRESA EDITORA Y DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A. - CALLE DE MENORCA, 15 - MADRID

EN ESTA COLUMNA DE LOS NOMBRES, EN BLANCO, DE LOS "VEINTITRES PAISES", SE SUBRAYARAN CON OTRO COLOR LOS QUE EN CADA NUMERO SEAN RECORDADOS O GLOSADOS ESPECIALMENTE

Argentina
Bolivia
Brasil
Colombia
Costa Rica
Cuba
Chile
Ecuador
El Perú
El Salvador
España
Filipinas
Guatemala
Honduras
México
Nicaragua
Panamá
Paraguay
Portugal
Puerto Rico
R. Dominicana
Uruguay
Venezuela

IMPRESORES: TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, BLASS, S. A. (MADRID) ● HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) ● OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE (SAN SEBASTIAN)

LA HISPANIDAD COMO PROBLEMA Y DESTINO

Por Juan R. Sepich



AMERICA no es una entidad cultural aislada y sin antecedentes; América es también Europa, toda vez que el concepto de Europa no es de puro valor geográfico o un área espiritual cerrada como hecho pretérito irreversible.

Hispanomérica ha entrado en la historia universal, ya desde el descubrimiento, por la puerta grande. Comenzó a sentir la fraternidad de Europa en el inmenso y maternal regazo de aquella España imperial por su corazón y por el entendimiento de la vida histórica. Hispanoamérica hizo sus primeros pasos como provincia de un Imperio que tiene escritas las páginas más profundamente humanas y generosas de la historia entera.

La gloria de aquel postrer esfuerzo heroico para salvar la sustancia de la cristiandad imperial, también es nuestra por herencia y por título de nacimiento. Y esto es lo que no tanto nos enorgullece, ya que no es obra nuestra, cuando nos acicatea la conciencia para que respondamos, en nuestra hora, a la dignidad de nuestro linaje.

Nuestra Hispanidad se nos transforma en problema y en conciencia de un destino histórico que pesa sobre nosotros como mandato de nuestros muertos que esperan revivir de nuestro esfuerzo.

El filósofo analiza la masa de hechos culturales que es Europa, a la manera como analiza también un concepto. Lo puede hacer porque sus categorías y sus valores son suficientemente universales para abarcar tales contenidos.

También una circunstancia, accidental como ésa, nos empuja a poner mano a este otro problema de nuestra Hispanidad.

Fuerzas oscuras subrepticiamente nos han ido infiltrando un falso pudor y casi vergüenza de nuestro origen. En muchos años de historia falsificada, se logró enlodar la memoria de España y manchar nuestras almas con una leyenda criminal y cobarde, agaza-

pada en el anónimo e hipócritamente disimulada en la actitud de la defensa del hombre de nuestra tierra.

Con ello se lograba producirnos cierto sonrojo de nuestro origen hispánico, en cuanto pueblo, y mirar con envidia a los hijos de otros pueblos que escribieron con oro y sangre inocente su historial para las generaciones futuras.

Se logró así frenar el empuje de nuestros pueblos y radiar de la memoria de los mismos las gestas, los principios y las hazañas que configuraron su mundo, del cual hoy se siente una nostalgia inmensa en el ahogo de la mefítica atmósfera espiritual que se nos obliga a respirar en el mundo.

Ya no es posible continuar ese estado de conciencia. Hemos de saber si nuestro pasado remoto es una honra o una deshonra. Queremos poder tener la tranquilidad de nombrarnos como hijos de tal hogar. Pues sabemos que el honor, tan lejos hoy de ser una consoladora vigencia, es el indeleble sello que sobre el alma de los pueblos hispanoamericanos ha impreso España como primer bautismo natural para incorporarnos a la vida civilizada.

Esta es la razón por la que, para nosotros, la Hispanidad se nos convierte en un problema que se ha de examinar. Es menester que en la conciencia de nuestra Hispanidad se deposite el sentido de nuestro hispano origen.

Pero, ¿qué es la Hispanidad? No es España ni el españolismo. El artista que crea su obra le transfiere lo mejor de su alma, le da lo que de ella es conferible. Y un padre comparte con su hijo su carne y su temperamento, mas no puede infundirle su propia alma.

Así España ha puesto su alma, lo que de ella era transfundible; nos ha configurado según su corazón y su mente.

Hispanoamérica es su obra; única que en la historia pueda ostentar pueblo alguno. Una pléyade de naciones que amplían el alma de Europa con su espíritu y con su propia enjundia.

La Hispanidad somos, pues, los pueblos de Hispanoamérica; cuya gloria es de España, así como la de España es nuestra, porque fuimos y somos de una misma estirpe y de un mismo espíritu.

La Hispanidad es tomada en su sentido objetivo, como una realidad que vive aquí y ahora, en este momento crucial y fundacional de la historia.

No somos aún la realidad madura que puede dar su tono al momento en que actúa. En el fondo de nuestro ser viven unas raíces capaces de germinar una obra fundacional que sirva para reencontrarnos con aquella línea europea, imperial y cristiana, de la cual fué España su última y gloriosa abanderada.

He ahí por qué nuestra Hispanidad se nos configura como un destino histórico y como una empresa que no puede preterirse o como un deber que no hay derecho a eludir.

Nuestra Hispanidad, objetivamente, comprende primordialmente los **millones de aquel hombre** que, al decir de Darío, «aún cree en Jesucristo y reza en español».

A ello se suma **nuestra tierra,** regada por sangre y lágrimas que hicieron fértiles sus días y años;

nuestras riquezas materiales, que sirven de soporte a la vida digna y familiar;

nuestras instituciones, legadas por la prudencia secular de un sentido paternal del gobierno y de la vida; **nuestra lengua,** vehículo espiritual de la manera de ser que nos configura; **nuestra fe religiosa,** que nos une como hermanos en el amor, y la actitud generosa de una mutua servidumbre libre y espontánea; **nuestra historia común,** que actúa como un mandato para prescribir nuestro futuro comportamiento.

Por último: **nuestro propio estilo de vida,** de pensamiento y de amor, que nos perfila a la manera caballeresca de nuestros antepasados.

Todo eso es nuestra Hispanidad. Todo eso es honorable; todo eso no se puede perder; todo eso merece el respeto de quienes no lo poseen.

A quienes, desde lejos o desde cerca, desde fuera o desde dentro, nos miran con un cierto menosprecio, nosotros tenemos que decirles: habéis destruído vuestro mundo y el nuestro; dejadnos en paz, construídnos otro según nuestro ser.

Porque el día en que nuestra densidad de conciencia de Hispanidad llegue a donde debe y el número de nuestros pueblos sumen los cientos de millones que su casta fecundidad anuncia, entrará la Hispanidad en la historia por donde entran los vencedores que han abatido primero las murallas que pretendían atajarles el paso.

Esa es nuestra empresa y la afirmación de una primogenitura espiritual a que no hemos renunciado jamás. Yo sé que se nos recuerda, con más ahinco del debido, que nuestro indio, nuestro mestizo y nuestro criollo no pueden ser arquitectos de una nueva edad.

A ello solamente responderé: si queréis las acciones maduras y fuertes de un hombre, dejad crecer al niño. No corrompáis su cuerpo ni su alma: a su tiempo hará las acciones del hombre.

El abandono de nuestro indio —y Argentina es quien menos siente ese vital problema— y su aplastamiento no es obra de nuestra Hispanidad ni de España. Es obra de todas las fuerzas que nos han querido sonrojar recordándonos que la inserción de nuestro indio en la cepa española es una mezcla.

El mestizo y el criollo son un renuevo. Es menester cuidarlo, criarlo, educarlo y hacerlo. Los hombres que así nos reprochan fueron también de la selva, y el imperio cristiano los hizo dignos.

Dejadnos cultivar nuestro hombre; dejadnos cuidar nuestro elemento poético, con el elemento racional, de una Europa que nos ha sido infundida en la sangre por España y con la sangre de España. Y entonces daremos la respuesta al problema y destino de nuestra Hispanidad.



J U A N   R .   S E P I C H   (Director del Instituto de Filosofía de Mendoza).

La Emperatriz Eugenia

POR EL DUQUE DE ALBA



La vida de Eugenia de Montijo — mi segunda abuela, como siempre la consideré — es una bella y apasionada historia. Nació en Granada en mayo de 1826. Sus primeros años coincidieron con una constante agitación y una epidemia que obligaron a su madre, la Condesa de Montijo, a llevar a París a sus dos hijas Paca y Eugenia y allí, fué donde, merced a lo aficionada que aquélla era a cultivar la amistad de hombres excepcionales, trató a Merimée y a Beyle, más conocido por su seudónimo de «Stendhal». Este jugó con Eugenia y la contó historias que fascinaron su imaginación, referentes, sobre todo, a las guerras napoleónicas, en las que había tomado parte.

Pocos años después, al fallecer su padre, ella y su hermana volvieron a España, donde la vida les fué muy agradable. La residencia de Carabanchel era el centro de toda la juventud de entonces y la reunión de las muchachas y muchachos de su tiempo. Dado el temperamento de Eugenia, se enamoró pronto, y el hombre que le inspiró su primera pasión fué el Duque de Alba, mi abuelo. Debo advertir que las dos hermanas eran guapísimas; mi abuela era morena, mientras que la Emperatriz era rubia, más bien roja. Accidentalmente la oí decir que, durante su niñez, se avergonzaba de tener el pelo tan rojo; lo consideraba entonces como una gran desgracia, y la sorprendió mucho, cuando llegó al trono, que esa cualidad constituyese la última palabra de la moda en Francia.

Los afectos de muchos jóvenes de la época titubearon ante la opción entre las dos encantadoras hermanas. Mi abuelo, que proba-

blemente galanteó a las dos, acabó decidiéndose por Paca y ello fué un tremendo golpe para Eugenia, que sólo contaba diecisiete años. Le escribió una carta, publicada luego por mí, en que dice que considera terminada su vida y que o se retiraría a un convento o se suicidaría; y fué esto lo que trató de hacer, ingiriendo una infusión de cabezas de fósforo.

A pesar de este choque, nunca se enturbió el cariño de Eugenia hacia su hermana, ni siquiera el afecto al marido de ésta. Buscó consuelo para este desengaño dedicándose con gran entusiasmo al deporte. Había sido siempre excelente amazona y emprendió ahora grandes excursiones a caballo. Hay un cuadro suyo de este período de su vida, que ha sido reproducido y que yo conservo. El pintor Odier, no gran artista, la representa montando una jaca española, con romántico fondo de paisaje lleno de rocas. También fué aficionada al arte de la pintura; hizo algunas acuarelas, que, asimismo, he reproducido yo, y una de las cuales figuró en la última Exposición celebrada en Madrid.

No se decidió Eugenia a casarse con ninguno de los muchos jóvenes aceptables que con insistencia la cortejaban; pasó el tiempo en continuos viajes entre Francia, Inglaterra y España, y donde quiera tuvo admiradores. Uno de ellos fué el Marqués de Alcañices. El la tenía gran afecto, pero no se decidió nunca a declararse, intimidado, quizá, por el dominante impulso de su temperamento.

Sobrevinieron entonces en Francia radicales cambios políticos. Napoleón Bonaparte, después de una larga cautividad y de tres intentos fracasados para adueñarse del poder, fué elegido Príncipe Presidente, y en 2 de diciembre de 1851 dió el golpe de Estado que le permitió proclamarse Emperador, con el lema: «El Imperio es la paz.»

Ya hacía algún tiempo que Napoleón III, siendo aún Príncipe, había conocido a Eugenia en una fiesta de las Tullerías. La bella española vestía un traje azul pálido, y su hermosura deslumbró a Luis Napoleón. El Príncipe creyó poder lograr una fácil conquista, pero se equivocó. Se cuenta una anécdota, que no creo exacta, pero que entraña una realidad. Se celebraba una revista en la plaza del Carroussel; la Condesa de Montijo y su hija habían sido invitadas a presenciarla desde una ventana del palacio de las Tullerías. Terminada la revista, el Emperador, montado aún a caballo, se colocó debajo de la ventana y preguntó a Eugenia:

En la página anterior, el escudo de armas de la Condesa de Teba, heredado de Eugenia de Montijo. En esta página la Emperatriz Eugenia, por Winterhalter, y, a todo color, la acuarela que Mr. Stohol pintó inspirándose en un lienzo de Winterhalter.







«¿Cómo se puede llegar hasta ahí?» La leyenda supone que ella contestó: «Pasando por la capilla.» En todo caso, es positivo que el Emperador comprendió muy pronto que no podía satisfacer su pasión sino mediante el matrimonio. Tenía el Emperador cuarenta y siete años y, como era lógico, deseaba fundar una dinastía. Había buscado la posible alianza con algunas de las Princesas europeas, y aun cuando muchas familias reales seguían considerándole como un advenedizo, el nimbo de gloria que rodeaba su apellido y aun su persona, como Emperador de los franceses, hacía de él un gran partido.

Las relaciones de Eugenia con el Emperador no fueron bien vistas por los ministros y dignatarios de Francia, y la señorita de Montijo soportó muchas humillaciones hasta que, una noche, en una recepción imperial que se celebraba en el palacio de las Tullerías, hizo que Napoleón pidiera su mano oficialmente. El 29 de enero de 1853 se celebró en este mismo palacio el matrimonio civil, y, al siguiente día, en la Catedral de N.ª Señora, el religioso. El atrio estaba adornado de miles de banderas y de estandartes. La Emperatriz, al apearse de la carroza, saludó, al inmenso gentío que la aclamaba, con una reverencia tan gentil y profunda que enamoró a toda Francia. Quince mil cirios ardían en las naves del templo, y quinientos músicos tocaban la marcha del Profeta. Eugenia vestía un traje de terciopelo blanco y arrastraba una interminable cola de encaje. Sobre su pecho refulgían los brillantes del corpiño y en su cabellera leonada, la diadema imperial que un día ostentó la célebre Josefina. La Emperatriz se hizo popularísima en Francia, negándose a recibir los 600.000 francos ofrecidos por el Ayuntamiento de París para que se comprase una alhaja, por preferir que ese dinero se entregara a los pobres.

El alumbramiento del Príncipe Imperial estuvo a punto de costar la vida a la Emperatriz. Al darle a luz, quedó ya incapacitada para tener más hijos; este nacimiento fué, según creo, el momento más feliz del matrimonio imperial y del régimen. Aquella felicidad íntima hubiera perdurado a no ser por las constantes infidelidades de Napoleón, pues Eugenia sentía sincero afecto por su marido y admiraba sus grandes cualidades. Pero, por muy tormentosas que fueran las relaciones de los cónyuges, la fidelidad de ella fué absoluta y no falló en ningún momento.

En 1859 sobrevino la guerra de la liberación de Italia. Durante la ausencia de Napoleón actuó la Emperatriz como Regente, y supo mantenerse a la altura de sus deberes. La Soberana, que era profundamente religiosa, defendió continuamente al Papa. Y Roma no pudo ser la capital de la Italia Unida mientras una guarnición francesa defendió la ciudad papal contra los ataques de Víctor Manuel y de Garibaldi. Hasta 1870, en que fueron retiradas las tropas francesas, no pudo Víctor Manuel atravesar la Porta Pía, comenzando entonces el largo cautiverio de los Papas.

Nunca se juzgó extranjera en Francia; pero, desde su matrimonio, se consagró por entero a servir los intereses de su nueva patria, aunque sin olvidar a España, razón por la cual, para poder contemplar, al menos de lejos, las montañas españolas, se hizo construir un palacete en Biarritz, convirtiendo esta playa de pescadores en una de las más bellas y elegantes del mundo.

Dos acontecimientos de gran esplendor se celebraron por entonces: la Exposición de París de 1867 y la apertura del Canal de Suez, por la Emperatriz, en 1869, después de una visita al Sultán de Turquía en Constantinopla, que pueden señalarse como la meta de aquel reinado. Sobre todo la ceremonia de la apertura del Canal fué algo fantástico, que afectaría grandemente a la vida e impresionable imaginación de Eugenia de Guzmán, al verse en aquel momento solemne representando a la nación que abrió a los navegantes y al comercio una vía marítima tan indispensable. Por cierto que no faltó en la inauguración la nota pintoresca y andalucista, que confirma el genio abierto de la Emperatriz. Concurría a la fiesta oficial, en representación de España, la fragata «Berenguela» y sus oficiales jóvenes acordaron obsequiar una noche a su compatriota

En esta plana, dos cuadros de la Emperatriz debidos al pincel del citado pintor de la Corte de Napoleón III, Winterhalter. El reproducido a todo color representa a Eugenia de Montijo en el año 1855. En la parte inferior de estas dos páginas se reproduce, repetido, el escudo de armas de Napoleón III y de su esposa Eugenia de Montijo, Emperadores de Francia.



granadina con una rondalla al estilo de su tierra. Recorrieron, en un bote, el fondeadero del «Aigle», donde se alojaba la Emperatriz, cantando coplas andaluzas acompañados de guitarras y, para corresponder al obsequio, ella se asomó a la borda y cantó la copla:

La pena y la que no es pena,
no son penas para mí.

Puede suponerse el efecto que en los estirados marinos franceses causaría el rasgo de popularidad y casticismo de su soberana.

Por este tiempo, el interior del Imperio francés se resquebrajaba. El Emperador enfermó y, en julio del año 70, comenzó la guerra franco-prusiana que, como es sabido, terminó con la derrota francesa. La Emperatriz, que actuaba como regente, se enojó, y los republicanos aprovecharon la oportunidad para derribar el poderío napoleónico. El motín popular llegó hasta las Tullerías y fué vana la resistencia que la Emperatriz trató de organizar. Todas las culpas de los desastres producidos por la guerra recayeron sobre ella.

Su destino comenzaba a declinar, como en otro tiempo el de María Antonieta. Ya su vida entera fué un constante sufrimiento; nueve años más tarde, su hijo, el heredero del trono de Francia, que poseía una personalidad encantadora, y que siguiendo la tradición napoleónica entró como artillero en Woolwich, moría a manos de los zulús en Africa del Sur. El solo se defendió contra un numeroso grupo de indígenas, y recibió en el pecho dieciséis cuchilladas de azagaya. La noticia de la muerte fué transmitida a la Emperatriz con las máximas precauciones, mas, a pesar de ello, se desmayó. Un año después fué a Zululandia y ella misma contaba que, al acercarse al lugar del suceso, tuvo la extraña impresión de que su hijo estaba presente. Su pena fué horrible. Unicamente su gran fe la hizo sobrevivir después de golpe tan cruel. Poco a poco fué recuperando, no sólo su maravillosa energía, sino hasta su habitual buen humor.

Entonces comenzó el largo epílogo de su vida. Viajando de un lado para otro, atraída siempre por todo lo bello, e interesándose por las cosas cada vez más, a medida que pasaba el tiempo, procuró, en lo posible, rodearse de gente joven como nosotros, sus sobrinos-nietos y nuestros amigos. Se sentía alegre y hablaba de todo, salvo de lo referente al Príncipe, como no fuese en la mayor intimidad con alguno de nosotros.



Arriba: La Emperatriz Eugenia, acompañada de su séquito, en la playa de Trouville. Debajo: Curioso retrato ecuestre de Eugenia de Montijo.

Durante este lapso fué de gran alivio para ella la amistad de la Reina Victoria. Iba todos los años a Escocia, pasando un mes en el castillo de Abergeldie, junto al de Balmoral, que le cedía la Soberana, su excelente amiga.

Visitaba todos los años París y se hospedaba en el hotel Continental, frente a las Tullerías. Solía pasear por los jardines, y, un día, cogió una flor. Fué amonestada por el guarda, que le dijo: «¿Por qué ha hecho eso?» Ella contestó humildemente: «Soy la Emperatriz Eugenia». El guarda, volviéndose a la persona que le acompañaba y golpeándose significativamente la cabeza, exclamó: «¡Esta señora está loca!»

Durante sus visitas al Continente mantuvo largas conversaciones con personajes franceses, entre ellos, con el diplomático Paléologue: Este le preguntó un día. «¿Cómo, señora, conociendo la situación de Francia y las esperanzas puestas en una restauración del Imperio, permitísteis que el Príncipe se expusiese al grave riesgo de la guerra?» Y ella le contestó: «¿Qué podía hacer yo? Por parte de su padre llevaba en sus venas sangre de Bonaparte, y, por la de su madre, de Don Quijote.»

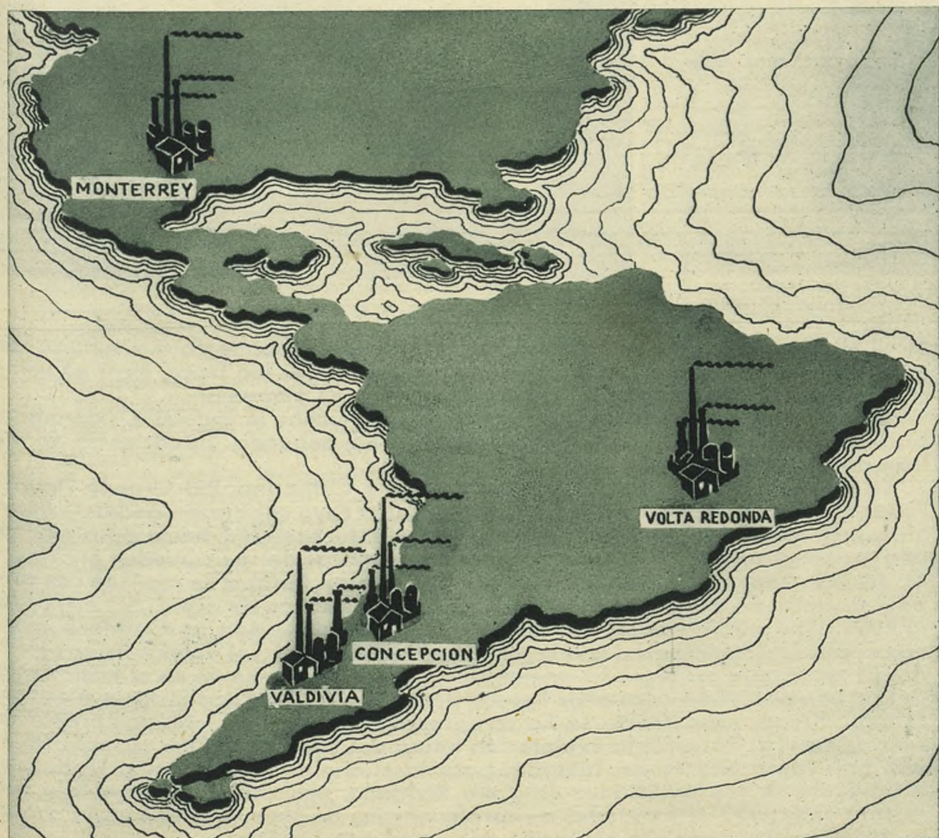
En aquellos años vi constantemente a la Emperatriz; la llamábamos siempre tía. Pude apreciar, así, la firmeza de su carácter, su amor a la verdad; era con frecuencia impulsiva y capaz de tomar decisiones precipitadas; pero, al advertir que se había equivocado, se apresuraba a proclamar su error. Gustaba mucho de leer, singularmente historia, y, en especial, la contemporánea, y tenía, además, gran perspicacia política. Fué también profundamente religiosa, sin incurrir en la beatería, lo cual no le impidió ser muy supersticiosa. Para ella era el domingo día de mala suerte, porque en domingo murió su padre, en domingo sucumbió el Imperio, en domingo mataron al Príncipe y, detalle curioso, también ella murió en domingo.

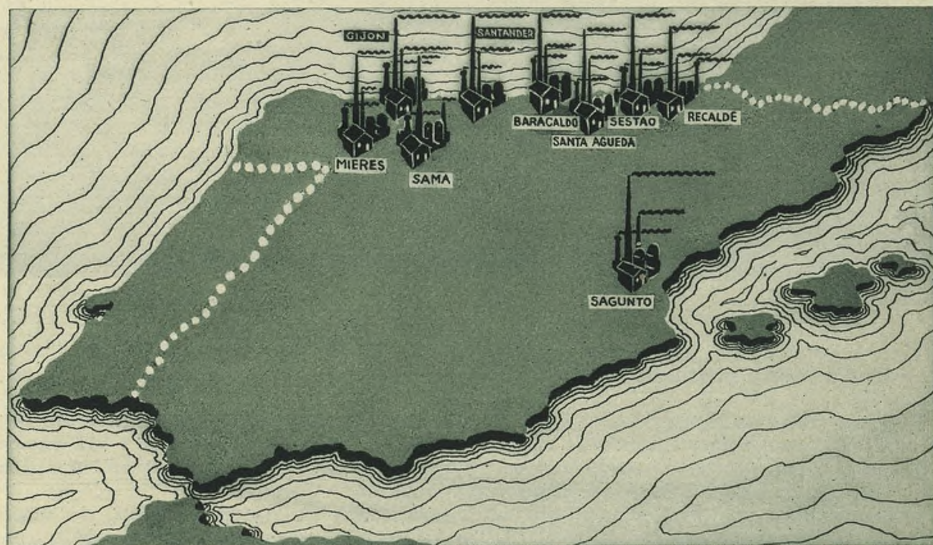
En 1885 compró la finca de Cap Martín, en la que pasaba los meses de invierno, donde la acompañaba yo todos los años. Adquirió también un «yacht», haciendo excursiones en él, año tras año. En uno de sus muchos viajes llegó hasta la India.

Compró en Inglaterra la finca de Farnborough, donde construyó la cripta en que yacen el Emperador y el Príncipe, y donde la enterramos a ella en 1920, depositándola en el muro para cumplir sus deseos de no ser puesta en la tierra, y con la sencilla inscripción «Eugènie», en la lápida.

EL DUQUE DE ALBA

LA INDUSTRIA SIDERURGICA EN HISPANOAMÉRICA

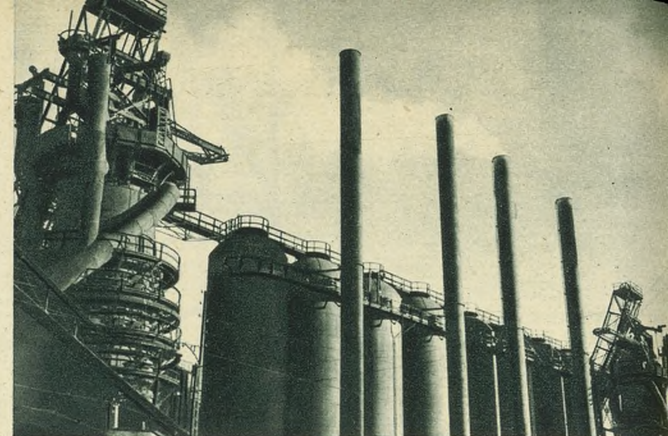




Arriba: Un aspecto de los Altos Hornos de Bilbao. Abajo: Dos gráficos que muestran el emplazamiento de las principales factorías siderúrgicas de España e Hispanoamérica.

El futuro de la industrialización que se está operando en Hispanoamérica depende en gran parte de la resolución de dos problemas fundamentales: los transportes y la siderurgia. Ambos juegan una función decisiva en la estructura económica de todos los países y a la vez son los que presentan mayores dificultades en el actual momento hispanoamericano.

La industria siderúrgica es la base de la industrialización; el hierro y el acero son la materia prima esencial de las construcciones metálicas pesadas, de la maquinaria y de un gran porcentaje de útiles domésticos y de trabajo. Por eso se ha dicho acertadamente que el índice de civilización de las naciones está hoy día en relación directa al índice de consumo de acero. Tal ley, que se demuestra estadísticamente con facilidad, sólo se exceptúa en unos pocos Estados que, por la enorme extensión de sus explotaciones agrícolas y ganaderas, pueden conseguir unas rentas anuales muy elevadas sin necesidad de poseer una fuerte indus-



En esta página ofrecemos cuatro aspectos de los Altos Hor de Sagunto (Valencia).



En la página siguiente, un detalle de los Altos Hornos bilbaí y una vista panorámica de la ría a su paso por Portugale



tria. Argentina se encuentra entre ellos, y sin embargo, el Gobierno Perón está adoptando múltiples medidas para terminar con su insuficiencia en medios fabriles.

Hace años se consideraba que era totalmente utópica la existencia de una industria siderúrgica potente en Hispanoamérica. La realidad actual y las posibilidades de un ulterior desarrollo, que ya se tienen sin posible discusión, han tirado por tierra aquel criterio. Es cosa sencilla demostrarlo.

Brasil, que en 1937 producía 81.200 toneladas de hierro y 6.400 de acero como media mensual, produjo 20.600 y 15.400 respectivamente en 1943, y en 1946 (según el «Boletín Mensual de Estadística de la O. N. U.», de julio de 1947) alcanzó 30.400 toneladas de hierro y 29.300 de acero, lo que representa 364.800 toneladas de hierro y 351.600 de acero en dicho año.

Los trabajos más importantes que se están ejecutando en Brasil ahora consisten, sin duda, en la instalación de los altos hornos de Volta Redonda entre Río de Janeiro y São Paulo, sobre el Ferrocarril Central. La financiación de estas obras se hizo con un crédito de 20 millones de dólares del Export-Import Bank y otro de 25 millones del Gobierno Brasileño. Reciben dichas fundiciones sus minerales de hierro desde Minas Geraes por ferrocarril, y el carbón desde Santa Catharina, por vía marítima hasta Río y de aquí por ferrocarril. Hoy día ya van montadas 150.000 toneladas de maquinaria, lo que da idea suficiente de la magnitud de esa empresa que, cuando se termine, convertirá al Brasil en país industrial de gran importancia.

Brasil cuenta con reservas de hierro enormes. Solamente en Minas Geraes las cubicaciones del mineral oscilan entre un mínimo de 8.000 millones de toneladas y un máximo de 15.000. Del 50 al 60 °/o de esta cifra es de calidad alta, por tener poco fósforo y sulfuro. Los mayores depósitos están localizados en la cabecera del Río Doce, cuya explotación se ha emprendido intensamente por una fuerte Compañía.

Los principales obstáculos con que tiene que luchar la industria siderúrgica brasileña son: primero, mala calidad de la hulla; segundo, insuficiencia de los transportes; tercero, retraimiento de la demanda.

La hulla se encuentra en los Estados de Santa Catharina, Río Grande Do Sul, Paraná y São Paulo, distribuída en nueve cuencas cuya cubicación asciende aproximadamente a 5.000 millones de toneladas. Esta cantidad basta para montar una gran industria, ya que las reservas hidroeléctricas del país pueden encargarse de mantener actividades no-siderúrgicas que en Europa se realizan con carbón, además de contribuír al aumento de la producción de acero. Sin embargo, la hulla tiene mucha ceniza, por lo que durante largo tiempo se consideró inservible para la obtención del coque metalúrgico adecuado. Tal opinión va cambiando. La tecnología moderna ha adelantado extraordinariamente en el tratamiento del carbón destinado a los altos hornos (recordemos el clásico sistema eléctrico, el Renn-Krupp, etc.). Y esto se ha comprendido por los especialistas brasileños que, además de estudiar la explotación futura del conjunto de las cuencas hulleras, han construído ya en Tubarão, para la «Compañía Siderúrgica Nacional», propietaria de las fundiciones de Volta Redonda, una central de beneficio que tratará 2.000.000 de toneladas de carbón al año, de las cuales una parte importantísima se dedicará a la obtención del coque metalúrgico.

La falta de transporte es muy grave. Existen cinco anchos de ferrocarril, que hay que unificar con la mayor rapidez; también se tienen que mejorar los terraplenes, sustituír carriles y efectuar

el tendido de nuevas líneas por el inmenso territorio. Todo esto se atiende con mucho cuidado, pero es de solución lenta.

El problema del retraimiento de la demanda no puede ser tampoco pasado por alto. A título de ejemplo, baste decir que en 29 de septiembre último había en Volta Redonda un stock de 50.000 toneladas de productos siderúrgicos sin colocar. Viene motivada tal situación por la costumbre del mercado interno, que prefiere comprar a los Estados Unidos o a Europa. El remedio que puede darse ya se ha iniciado por el Gobierno, y es el montaje de factorías transformadoras de hierro y acero.

* * *

La industria siderúrgica mejicana ha tenido un incremento en el decenio 1937-46 superior en intensidad al de la brasileña. En 1937 produjo sólo 1.300 toneladas de acero mensuales; en 1938 pasó a 6.100 toneladas, en 1943 a 14.700 y en 1946, según datos facilitados por el «Monthly Bulletin of Statistical» de la O. N. U., llegó a 20.900 toneladas, es decir, 250.800 toneladas en el año. Esta cifra representa un consumo por habitante de 14 kgs. y por tanto puede considerarse completamente insuficiente para las exigencias de un país como Méjico, que camina rápidamente hacia una industrialización adelantada. De ello se derivan dos consecuencias. Primera, necesidad de hacer importaciones de hierro y acero, lo cual se realiza desde los Estados Unidos; segunda, aparición de un mercado seguro para la producción de los nuevos altos hornos que se monten.

La mayor parte de la producción actual de acero se obtiene en las fábricas de Monterrey, obra personal de un gran hombre, español de nacimiento. La historia de esas factorías es una serie de luchas constantes que se tuvieron que librar para superar numerosos obstáculos, entre los que destaca la falta de cok.

El máximo problema de la siderurgia de Méjico es, sin lugar a dudas, el del carbón. Este país tiene una inmensa riqueza de metales y de combustibles líquidos, pero, al menos según las investigaciones practicadas hasta ahora (que no son bastantes, sin embargo), es pobre en reservas carboníferas. Además, las grandes potencias industriales hacen una competencia terrible a las Empresas que querrían explotar los yacimientos nacionales, ya que suministran carbón de mejor calidad y en condiciones económicas excelentes. Así, pues, las importaciones de cok son la base de los altos hornos existentes y para los mineros mejicanos es una tarea ímproba llegar a sustituirlas con su propia producción.

La industria carbonera está prácticamente estabilizada desde hace diez años, reduciéndose sobre todo a las explotaciones del Estado de Coahuila. En 1937 se consiguieron 76.000 toneladas mensuales, 71.300 en 1941, 87.000 en 1943, 76.200 en 1945 y 81.900 en 1946. Las oscilaciones son, por consiguiente, insignificantes, y giran en torno a un tonelaje cuyo volumen se comprenderá bien si lo comparamos con el de Chile (163.000 toneladas mensuales en 1946), Brasil (151.000 toneladas mensuales en 1946) y España (1.000.000 de toneladas mensuales en 1946), dentro del mundo hispánico. Sin embargo, es lógico esperar un nuevo ritmo en este movimiento de cifras, teniendo en cuenta que las importaciones se verifican con gran irregularidad (como hemos tenido ocasión de ver en las noticias de «World Markets», «The Economist», etc.), y que hay yacimientos de carbón muy importantes capaces de apoyar la intensificación de la industria, especialmente en Piedras Negras y Saltillo.

Hemos de considerar también que Méjico es extremadamente rico en mineral de hierro, bastando sus reservas para alimentar una cadena de altos hornos muy superior a la que hay ahora, tanto en la realidad como en proyecto. Los yacimientos se extienden por diversas partes del territorio, principalmente al sur del Río Grande, por la Sierra Madre Occidental y por la Sierra Madre Oriental, junto a la gran zona petrolífera que va desde Tampico hasta Tuspan. La gran explotación está hoy casi reducida al Cerro del Mercado, cuya producción se destina a las fábricas de Monterrey, pero el desarrollo de la minería del hierro ha adquirido un fuerte impulso cuyos resultados no se harán esperar.

El futuro de la siderurgia de Méjico no puede ser más favorable. En los últimos años, como han hecho observar las publicaciones de la Unión Panamericana, la industria está progresando a un ritmo acelerado, por la concurrencia de diversos factores, entre los cuales deben destacarse los siguientes: Primero, imposibilidad de importar de Europa; Segundo, control en Estados Unidos de la exportación de ciertos productos esenciales; Tercero, formación de excedentes monetarios, como resultado de una balanza favorable; Cuarto,



aumento en la producción de mineral de hierro y de la energía eléctrica. En este último sector, de 1944 a 1945 se consiguió un incremento de 300 millones de kilovatios-hora, y la realización del programa hidroeléctrico del actual Gobierno está provocando una auténtica revolución en la estructura económica del país.

Sin embargo, lo más destacable ahora en la siderurgia mejicana no es simplemente el desarrollo de la minería del hierro y de la producción eléctrica, ni tampoco el de los altos hornos de Monterrey, sino la constitución de una nueva Compañía que proyecta montar en el Estado de Sonora un magno centro de producción de acero. La cifra del capital que va a emplearse en la obra tiene la máxima expresividad para los técnicos en estas cuestiones: 300 millones de dólares. Esto ha de ser un gigantesco paso en la industrialización de Méjico.

Chile tiene asimismo un gran porvenir industrial, por lo que se refiere al sector de la siderurgia. Durante largos años la producción de acero estuvo reducida, con excepción de algunas instalaciones insignificantes, a la planta de Corral, que en 1926 fué adquirida por la Compañía Electro Siderúrgica de Valdivia. Esta Sociedad construyó después una fábrica de aglomerados, un horno Martin-Siemens de 15 toneladas de capacidad, una planta de laminado y diversos medios auxiliares. A pesar de ello, desde la fecha de su fundación hasta 1939 produjo solamente 26.658 toneladas de lingotes y chatarra y 7.584 toneladas de acero y hierro laminado. A partir de 1939, y gracias a un crédito de 10 millones de dólares que concedió la Corporación de Fomento de la Producción, se construyó un segundo alto horno para reemplazar al de 560 toneladas de capacidad que tenía el antiguo de Corral, y un segundo horno Martín-Siemens, de 30 toneladas de capacidad por colada; con esto se produjo, desde enero de 1939 hasta diciembre de 1942, 29.946 toneladas de lingote y chatarra y 33.626 toneladas de acero y hierro laminado.

Pero esas cifras estaban muy lejos de corresponder a las posibilidades chilenas. Hemos de considerar que Chile es muy rico en hierro y carbón.

La producción de mineral de hierro ha sido de 1.529.702 toneladas en 1937, 1.747.418 toneladas en 1940 y 1.158.386 toneladas en 1946; la exportación ascendió en 1946 a una media mensual aproximada de 70.000 toneladas. En cuanto a carbón, se obtuvo 1.988.371 toneladas en 1937, 1.938.059 toneladas en 1940 y 1.954.063 toneladas en 1946. Las reservas, no obstante, permiten aumentar en mucho todas estas cantidades.

Desde hace unos pocos años ha comenzado un intento serio para hacer que Chile deje de ser un país dedicado a la exportación de minerales. La industrialización es urgente y la siderurgia es, pues, un problema vital que queda sin resolver con las pequeñas instalaciones actuales. No lo ignoraron los dirigentes chilenos.

En 1943 se centralizó la preparación y estudio de los nuevos altos hornos en un Comité del Acero, de la Corporación de Fomento de la Producción, con miembros de ésta, particulares y representantes del Estado. A la vez se entablaron negociaciones con la Casa norteamericana H. A. Brassert, Co., que facilitó el proyecto de la obra. Dicho proyecto se sometió en 1945 al Eximbank, para obtener un crédito con destino a la compra de la maquinaria, lo cual se consiguió, ascendiendo el préstamo a 28 millones de dólares, si bien la entidad bancaria impuso la participación en la nueva Compañía de una firma norteamericana, la Koppers, Co.

Actualmente se está procediendo ya a la construcción del centro siderúrgico proyectado, en la Bahía de San Vicente, junto a Concepción, previéndose que las obras terminarán a fines de 1949. La capacidad inicial de la planta será de 203.000 toneladas de lingotes, para conseguir las cuales se consumirán 347.000 toneladas de mineral procedente de «El Toto», en Coquimbo; se ha firmado a tal efecto un contrato con la Bethlehem Iron Mines Co., que explota esa mina. El carbón procederá, en unas 321.000 toneladas anuales, de Compañías chilenas. Para proveer de energía eléctrica a los altos hornos se ampliará el sistema de la Central Hidroeléctrica de Abanico, con dos generadores de 21.500 Kw. cada uno.

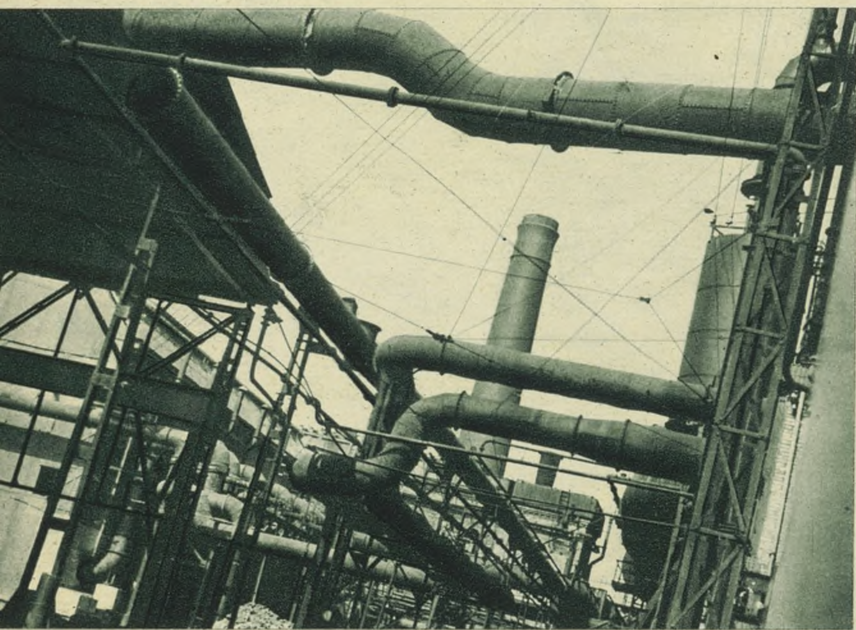
El costo total alcanza a 58 millones de dólares, que serán financiados por el capital de la Compañía (15 millones de dólares), un crédito de 28 millones de dólares del Export-Import Bank de Washington, y otro de 10 millones del Banco Central de Chile y otros varios.

* * *

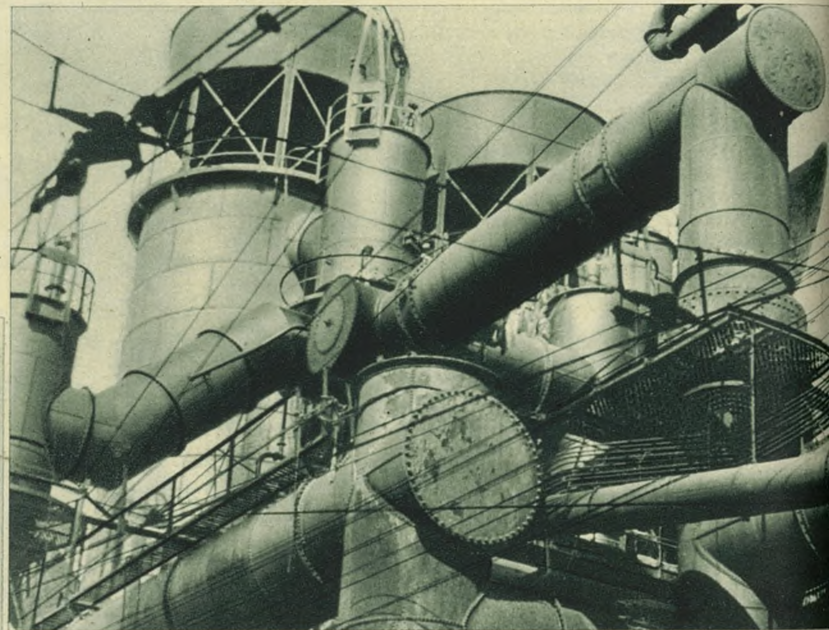
La industria siderúrgica española, a pesar del auge continuo que experimenta la de los Estados hermanos, ocupa hoy día el primer lugar dentro de Hispanoamérica y, sin duda alguna, se encuentra capacitada para mantener esa posición privilegiada; cosa ésta que, unida al incremento de la producción de Brasil, Méjico, Chile, etc., tendrá un valor inestimable en la ayuda a la industrialización de Hispanoamérica.

En el decenio 1937-46 la producción de España se vió sometida a la crisis que provocó la guerra civil y después los avatares de la reconstrucción, obstaculizada por la guerra mundial y por otros factores. Así tenemos cómo la producción de

(Pasa a la página 57).



En la ribera del Nervión se alzan las gigantescas chimeneas de las importantes factorías siderúrgicas bilbaínas. Ofrecemos en esta página tres aspectos de estas instalaciones.



Gracia y alegría de las verbenas madrileñas



La primavera más bella de España es la primavera de Madrid. La belleza de su cielo azul, alto, delgado y esclarecido, la gracia de sus chisperos galanteadores y su manolería y majeza fueron inmortalizadas por los pinceles de dos grandes artistas: Velázquez y Goya. Velázquez, mago del realismo español — categoría, traza y estilo — plasmó en sus lienzos la finura de su perfil transparente y sus fondos glorificados de tonalidades verdes y gualdas. Goya, inventor auténtico de la verbena en el soto o en la ermita, alegró la primavera madrileña con el vivo color, heroísmo y fanfarria de sus hombres, que lo mismo caían fusilados en los ribazales del Príncipe Pío, que se partían el corazón contra el asta de un toro en la tarde bulliciosa de morapio, organillos y bellas hembras. Goya hizo que la alegría primaveral de Madrid se cantara en pasodoble y que todas sus gentes fueran tipos de lienzo.

Y estos dos pintores de Madrid —cuna de artistas— amaron la primavera de la más grande villa de España, porque su primavera seduce con el encanto de su color y de su alegría. ¡Primavera de Madrid!









Están florecidos los árboles del Prado y las acacias de Recoletos exhalan un aroma dulce que embriaga. Despierta la ciudad del letargo del invierno y su alborozo es íntimo y riente. El manar de las fuentes y de los surtidores une su sonido claro al rumor del viento, que charola de brillos el boscaje de los árboles.

Y las amplias avenidas y parques se embellecen con la gracia pícara de las mujeres.

Cabelleras en el viento que ya huele a flores. Bocas frescas, como rosas rojas, que ríen los piropos, y en las crenchas claveles...

Las mantillas atenúan el brillo caluroso del sol y desde el Santuario a la Ermita y desde la Moncloa a la Latina, la castiza villa se hechiza y embelesa con el gracioso contoneo de sus guapas mujeres.

Madrid, bajo su cielo inmaculado y sobre su paisaje de verde pujanza—oasis en medio de la agostada llanura de Castilla—se glorifica de color y de amor—que en la belleza está el sentimiento—y ya, por las márgenes del río, comienza a oír la música sonora y riente de sus primeros organillos.

Y en este ambiente de primavera olorosa, sensual y florida, Madrid se zambulle en sus verbenas con gracia y señorío. Mantones de crespón negro, perfumados de gracia y de sonrisas. Blancos pañuelos sobre las frentes morenas. Y a la sombra de los árboles, por la típica calle de Toledo, camino del Manzanares, una alegre procesión de bullanga. Y como antaño, aunque sin olor a esparterías ni pantalones atados con soguillas, la alegría es

igual. El pueblo se confunde en la verbena. Bajo el Puente de Toledo la ribera del Manzanares se llena de ambiente. Meriendas en el verde campo, alegría y cante entre trago y trago. Los vendedores de rosquillas, los pregones, el ruido y el jaleo prestan animación a la fiesta y es que ya, en esta primera verbena, ante su alegre algarabía y su vivo color—color de pitos chillones y de rojos botijos— es cuando más se siente aquello de «Desde Madrid al cielo y desde allí una ventana para verlo».

Y el 24 de mayo, cuando la primavera de Madrid adquiere su verde y restallante plenitud, la animación se centra en la verbena de San Fernando. La Moncloa asomada a la real Casa de Campo, se llena de barracas de feria y de alegres gramolas. Los mantones se lucen por vez segunda. Durante el día es grato contemplar la perspectiva verde de los campos que hasta El Escorial y Toledo se pierden en una hermosa perspectiva ligeramente ondulada. Y son alegres las noches bajo los farolillos pintados y la gracia hecha risa en el baile de los primeros «chotis». Abajo, al pie del derrumbadero de Rosales, San Antonio de la Florida aguarda hasta el 13 de junio.

Mantones de crespón negro lucen las muchachas que vienen tocadas de pañuelos blancos. Verbena de novias orando ante el Santo y de modistas que ofrendan sus alfileres. San Antonio, en la vega rociada del Manzanares, apenas perdió ningún perfil de su gracia castiza ni el color que en su estridencia y jolgorio vió Goya. Bajo las frondas cercanas a la ermita huele olor a aceite frito y a tiestos de albahaca. La animación de los tío-vivos y de los columpios incansable, y es que la sed se calma con tintorro y con sangría de





melocotones. Durante la vigilia del Santo la alegría y el retintín de los organillos dura hasta la amanecida del 13 que tiene el vivo color de un antiguo grabado hasta las diez de la mañana, hora de muchachada, calle arriba de San Vicente. Los mantones y las gorras van nimbados de un cantar: «Ay, ay, ay con el ay—Caray que vida».

Y la alegría se va por las Rondas. Ahora les toca a los santos Juan y Pedro que por allí tienen sus iglesias. Atocha — viejo atochar del mediodía—se alegra de bulliciosos barracones, de toboganes y de tómbolas. En todas las esquinas churros ensartados y copas de cazalla. La concurrencia, que desborda los paseos se anima, canta y ríe entre el estrépito de los tiovivos que giran y giran y los cantes flamencos de sus gramolas. También aquí hay tipismo y gracia de solera. Como en la pradera y en la ermita los organillos teclean «mazurcas» y se bebe clara con limón.

¿Pero es que Madrid tiene solo Santos? Para sus Vírgenes guarda las vigilias más brillantes. El 16 de julio la verbena de El Carmen en Chamberí, barrio de añejo tronío enclavado sobre la llanura que se quiebra en el Guadarrama, barrio de chulapas que lucen con gracioso contoneo el crespón de los mantones más bonitos. Sus manos costureras trenzan guirnaldas de colores que van de balcón a balcón. Farolillos de papel verde y colorado. Serpentinas... confetis... La verbena de El Carmen es alegre y pinturera. Su «kermesse» bulliciosa entre el jolgorio de los concursos de belleza, de «chotis» y de mantones. Luego el baile de los pañuelos blancos y los zapatos de charol. ¡Qué noche la noche del 16 de julio en Chamberí!

Y como el calor de agosto es sofocante, Madrid ama las noches frescas. Noches de compadreo en mangas de camisa. Las verbenas son por ello, más frecuentes; y en Cuatro Caminos, arriba, más al norte, desde la noche del 4 se bailan pasodobles una semana entera. Verbena como todas: Mantones, roscos, sangrías y melones, muchos melones, apilados, que huelen a almíbar... Por las noches los fuegos artificiales iluminan el cielo madrileño. Los estruendos de cohetes y carcasas alborozan a la multitud y en las casetas alegría, alegría. Fotógrafos de minuto y adivinadoras de perra gorda. ¡Cómo ríen las muchachas!

Luego el alborozo retorna al seno castizo de la villa. Allí las calles apretadas y achacosas de cientos de años. Barrio de La Latina. Tabernas decoradas de paisaje de ribera. Paradores de portalones resonantes de losas. En las esquinas hay faroles de gas que saben mucho de amor. El 15 de agosto la verbena de su Virgen: La Paloma. Virgen de leyendas ingenuas y, por antonomasia, la patrona morena y guapa de Madrid, campechana y populachera que arranca piropos, en sus procesiones, al corazón arrebatado de los madrileños. ¿Y qué podemos decir de su vigilia iluminada de guapeza y casticismo? Hay una zarzuela de Bretón que lo dijo todo. En sus melodías y en la gracia chispeante de su libreto la picardía de los Hilariones y la gracia salerosa de las Susanas. Mantones, cadenetas floridas y órganos y organillos. Toda la alegría de Madrid evocando las gorras y los pañolones de blanca seda. Dura toda la noche el bullicio de las barracas y el baile «agarrao». Bajo los faroles, puestos de bollos y aguardiente. Madrid apura, apasionado, el sabor de su última verbena y guarda en este barrio viejo y populachero de La Latina, su mejor tradición.





(Fotos Cifra)

Y aquí está Madrid reflejado en el espejo de su alegría que es el más fiel espejo del ser. ¿Visto al través de un prisma de tintes viejos? No. Es así y nadie puede ni debe verlo de otro color. En sus barrios desmedrados y polvorientos conserva el matiz que le es auténtico, el color y la alegría que en él vieron los pinceles de Velázquez y de Goya. Madrid viejo con una gracia siempre nueva. Todo su ser y su sentir se repite en cada una de sus fiestas con una ligera variante ajustada a cada escenario. Frente al exotismo que todo lo confunde, la Villa conserva su salero y su gracia. Cada año vive sus fiestas con la emoción antañona y renueva su fe en su carácter. Carácter que grabaron en el tiempo sus cantares y sus piropos y sus amores.

RAIMUNDO SUSAETA

SIMÓN BOLÍVAR



VISTO POR UNAMUNO

UNO de los aspectos más extensos, originales y peculiares de la vasta producción literaria de Unamuno, lo constituyen sus abundantes trabajos sobre temas hispanoamericanos. Ello es debido en parte, sin duda alguna, al hecho de que don Miguel escribió mucho para América, pudiendo contarse por millares sus trabajos periodísticos y ensayos que vieron la luz en publicaciones americanas en lengua española; pero además Unamuno tuvo siempre una gran curiosidad por todas las cosas concernientes a las estirpes hispánicas del Nuevo Mundo, por sus problemas sociales y políticos, históricos y literarios. Sus "Ensayos", así como sus recopilaciones de artículos más célebres, que circulan bajo los títulos de "Soliloquios y conversaciones" y "Contra esto y aquello", están llenos de asuntos americanos, que el rector de Salamanca fué uno de los primeros españoles en abordar con abierta comprensión basada en un gran cariño: cariño, hijo del amor, que sentía ardorosa y violentamente hacia España, hacia la patria que le dolía —según frase suya archisabida— como una víscera más.

No habla muchas veces Unamuno de ese gigante del mundo hispanoamericano que fué Simón Bolívar; pero, cuando lo hace, pone en sus palabras una simpatía y una admiración muy singulares; y en una ocasión llega a publicar un artículo titulado "Don Quijote y Bolívar" (recogido en la colección "Soliloquios y conversaciones"), por obra y gracia del cual entra la figura del Libertador a formar parte del selecto grupo de personajes que se levantan como verdaderos hitos jalonando las más altas cumbres que el tema humano alcanza en la producción unamuniana.

La lectura de la célebre "Historia Constitucional de Venezuela", de Gil Fortoul, es la que da a Unamuno coyuntura para hacer este parangón entre la figura del Caballero manchego y la del Capitán de la independencia hispanoamericana, siendo de notar que no es éste el único trabajo que dicho libro le inspira: hay otro, muy notable por cierto, titulado "La ciudad y la patria", y aparecido en la colección "Contra esto y aquello", en el cual estudia muy certeramente el fenómeno de la pluralidad de Repúblicas en Hispanoamérica, derivándolo del papel desempeñado en el continente americano por las ciudades: centros en torno a los cuales giraba, y sigue todavía girando, la vida social (política, económica, cultural y administrativa) de vastas regiones, que han ido así convirtiéndose en naciones diferenciadas —aunque nunca con características nacionales a la manera como estas últimas se entienden en Europa.

El parangonar a Bolívar con don Quijote supone, en haciéndolo Unamuno, un concepto altísimo de la figura del Libertador. En efecto: sabido es que don Quijote constituye para nuestro escritor algo más que un gran personaje literario; algo más, incluso, que uno de los "cinco grandes mitos de la literatura occidental" (para emplear la expresión de Ramiro de Maeztu). Unamuno trata al Caballero de la Triste Figura como a un héroe perteneciente al patrimonio colectivo del genio hispánico, y ello en forma mucho más singular que cualquier otro autor español, ya que afirma taxativamente que Cervantes era un ingenio muy por debajo de las condiciones requeridas para narrar la vida de héroe semejante, y para narrarla tal y como lo hizo, por lo que —afirma— el truco de recurrir a Cide Hamete Benengeli es cosa menos fantástica de lo que generalmente se supone, y ha de ser entendido, como explicación de una especie de estado demónico, que permitió a Cervantes rematar una empresa muy por encima del alcance de sus facultades creadoras. El verdadero autor del Quijote es, según Unamuno, el genio de la raza española, de cuya filosofía y de cuya teología nacionales es el Manchego paladín esforzado frente al humanismo racionalista del Renacimiento y frente al cristianismo heterodoxo del protestantismo (tesis desarrollada en el epílogo del "Sentimiento trágico de la vida").

Pero hay más aún. Hay que Unamuno escribió un maravilloso libro en prosa titulado "Vida de don Quijote y Sancho", en el que interpreta la figura quijotesca con fuerza y originalidad tales, que a veces hace de él una auténtica obra de creación. Ello, unido a su doctrina estética, según la cual todo contemplador crea a su vez la obra de arte —la recrea, al recrearse en ella—, hace que don Quijote sea considerado por él no ya como un producto del arte ajeno, sino del propio, y ello en virtud de tres



ARRIBA: MONUMENTO QUE LA CIUDAD DE EIBAR (GUIPÚZCOA), LEVANTÓ EN MEMORIA DE BOLÍVAR.—ABAJO: CLAUSTRO DE LA COLEGIATA DE CENARRUZA, PUEBLO VIZCAÍNO, EN EL QUE NACIERON LOS ANTEPASADOS DEL LIBERTADOR.—ABAJO, A LA DERECHA: ESTATUA ECUESTRE QUE EN CARACAS (VENEZUELA) RECUERDA A SIMÓN BOLÍVAR.



razones: primera, la pertenencia de Unamuno al alma colectiva española engendradora del personaje; segunda, el haber recreado mil veces a este último en larga, ferviente, amorosa y fecunda contemplación, y tercera, el haberlo convertido en protagonista de una obra literaria suya que, aun cuando bordada sobre el cañamazo del libro cervantino, puede calificarse de profundamente original y, en muchos aspectos, de auténticamente creadora.

La simpatía con que Unamuno mira a Bolívar arranca ya del hecho de su comunidad de sangre. Ambos son vascos: Unamuno, natural de Bilbao, es oriundo por su estirpe de la villa de Vergara, en Guipúzcoa; Bolívar, aunque nacido en Caracas, trae su sangre del barrio de su nombre: Bolívar, en el término municipal de Cenarruza, en Vizcaya. Hace unos años, pasando por allí, tuve ocasión de ver el pequeño monumento conmemorativo del Libertador, erigido en el centro del lugarejo enclavado en un agreste paisaje montañés: sencilla lápida que recuerda la oriundez del héroe, y que supongo seguirá allí. Unamuno exclama en su artículo "¡Cuántas veces, en un verano que pasé cerca de Cenarruza, no me he detenido desde los balcones de esta vieja Colegiata, antigua hospedería acaso para los peregrinos que pasaban por Vizcaya en piadosa romería a Santiago de Compostela, a contemplar allá abajo, en el valle, el lugar de Bolívar, de donde tomó su nombre y su origen el Libertador!".

Recuerda igualmente Unamuno que Bolívar visitó Bilbao en 1801, con ocasión de hallarse allí su prometida. Tengo una idea de que en Bilbao se conserva, o se conservaba al menos no hace muchos años, la casa donde residió en aquella ocasión el futuro Libertador, e incluso de que se trataba de conmemorar su paso por la villa mediante la colocación de otra lápida; pero ignoro en qué ha parado todo esto. Bilbao no ha colocado todavía lápida alguna, aunque sí ha dado el nombre de Simón Bolívar a una de sus calles.

A propósito de su esposa, cuya temprana pérdida arrojó a Bolívar a una vida agitada de viajes e inquietudes que culmina en su lucha por la libertad americana, dice Unamuno que María Teresa Rodríguez fué "la Aldonza Lorenzo de aquel Quijote americano, y una vez muerta, se le convirtió en Dulcinea, en la Gloria". (La identificación de Dulcinea con la Gloria es uno de los puntos de vista más originales y más fecundos que Unamuno utiliza para interpretar el Quijote; según él, el móvil que impulsó a don Quijote a su vida de caballero andante, fué el amor contenido e insatisfecho que en él se agitaba, provocado por la presencia de la campesina tobosana: "Si eras tan valiente ante todos, ¿no es porque fuiste cobarde ante el blanco de tus anhelos?... El ansia de inmortalidad no es sino la flor del ansia de linaje... ¡Cuántos pobres mortales inmortales, cuyo recuerdo florece en la memoria de las gentes, darían esa inmortalidad del nombre y de la fama por un beso de toda la boca, no más que por un beso en que soñaron durante su vida mortal toda!", leemos en la "Vida de don Quijote y Sancho".)

Se detiene luego Unamuno a destacar y apostillar otras analogías entre Bolívar y don Quijote: la frase de aquél, cuando un fraile atribuyó el terremoto de Caracas, de 26 de marzo de 1812, a castigo del cielo contra los revolucionarios americanos: "¡Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!"; sus palabras al plenipotenciario Gual, animándole a promover una expedición libertadora que conquistase Cuba y Puerto Rico, ¡para poder marchar luego sobre España con mayores fuerzas, si para entonces los españoles no habían pedido la paz!, empresa que cabe calificar de sueño quijotesco, como fué qui-



jotesco empeño el de fundar la Gran Colombia; las tristes reflexiones que llenan el período final de la vida del Libertador, "en que el héroe parece repetir con don Quijote: ¿no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos?... en aquellas horas de desaliento, propias de todos los verdaderamente grandes, creía haber arado en el mar". Rasgos todos estos que permiten a Unamuno afirmar que Bolívar fué "uno de los más fieles adeptos del quijotismo".

En apoyo del aserto recurre al testimonio del propio Libertador: a aquella su célebre frase, pronunciada en los últimos días de su vida y dirigida al médico que le asistía, sobre quiénes habían sido los tres mayores majaderos de la historia: "Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, don Quijote y yo." A lo que Unamuno comenta: "¡Qué gloriosa, qué divina es la majadería así!"

Abundando en este criterio, expone el escritor bilbaíno en otro pasaje un proyecto que no llegó a realizar: "Cuando vuelva yo a hacer otra edición de mi Vida de don Quijote y Sancho comentada y explicada, *no os quepa duda de que la aumentaré incluyendo en ella pasajes de la vida del Libertador, como incluí pasajes de la vida de Iñigo de Loyola, un vasco representativo." (Por cierto, que las reiteradas alusiones a la vida de San Ignacio en su "Vida de don Quijote", han sido varias veces echadas en cara a Unamuno, tomando como ofensa, o al menos burla irreverente, el parangonar un ente de ficción, loco por añadidura, con el glorioso santo fundador de la Compañía: actitud que implica escasa comprensión del pensamiento unamuniano, en el que la figura de don Quijote posee una grandeza sublime, no pudiendo en modo alguno caber interpretación peyorativa de comparación semejante. Consta además, por numerosísimos testimonios orales y escritos, que don Miguel era ferviente admirador de San Ignacio, a pesar de lo cual casi siempre manifestó antipatía hacia su Instituto, al que no supo —o no quiso— hacer justicia.)*

Cabía, empero, dudar de la promesa de Unamuno, y dudar con buen fundamento, ya que ninguna de las reediciones de la "Vida de don Quijote y Sancho" contiene los anunciados pasajes de la vida de Bolívar. Relacionando siempre a este último con el Caballero de la Mancha, dice don Miguel más adelante: "Si fuese yo un Plutarco, no me costaría hacer una vida paralela de ambos." Mas, por lo visto, Unamuno nada tenía de Plutarco. Lástima, por esta vez al menos.)

La figura del Libertador no ha sido siempre, en España, objeto de tanta atención como merecía aquel coloso, hijo de nuestra sangre y de nuestro espíritu. Por eso resulta grato el hallar escritores que, como Unamuno en el caso presente, muestran interés hacia las distintas facetas de aquella personalidad gigante y se complacen en subrayar sus rasgos más específicamente hispánicos, exaltando la inconfundible españolidad de Bolívar, a quien una retórica fácil intenta pintar demasiado a menudo como afrancesado e hijo pródigo. Lo cierto es que Europa entera, España inclusive, estaba afrancesada por aquel entonces, siendo este afrancesamiento una moda que imponía la circulación de determinadas ideas políticas; pero, como moda, algo muy superficial, bajo cuyo velo tenue se transparentan y se acusan a la vista del más miope los rasgos típicos de los genios nacionales que no pierden nada de su sabor castizo y de su fuerza por el hecho de revestirse con ropajes tejidos, ciertamente, fuera, pero elaborados al fin y a la postre con materiales de común pertenencia occidental, como todos los grandes movimientos que (sea cual haya sido su tierra de origen) han teñido de colores bien definidos las grandes épocas de la historia europea.

En la independencia sudamericana influyeron no solamente la ideología de la ilustración afrancesada europea, sino también las doctrinas políticas de nuestros teólogos y el ejemplo de la independencia norteamericana, fuertemente influída a su vez (aunque fuese de modo indirecto) por las teorías del origen del poder desarrolladas por el inmortal Suárez. Podemos afirmar que la independencia americana fué hija de una larga obra de occidentalización realizada en aquel continente por los propios españoles que, durante siglos, estuvieron allí predicando la gran verdad de la igualdad de todos los hombres y el derecho fundamental de los pueblos a ser dueños de sus propios destinos dentro del orden cristiano. Por eso—añade este mismo autor—, "puede muy bien ser, como doliente decía el propio Libertador, en Santa Marta, días antes de morir (9-XI-1830), que los que sirvieran a la Revolución política de Hispanoamérica hayan arado la mar; pero los teólogos, los juristas y los misioneros que fundaron las bases de cultura cristiana y la Iglesia católica en las Indias, crearon una obra imperecedera mientras existan hombres que educar y almas que salvar". Cristiana y española, por su raigambre temperamental e ideológica, fué la independización de esas Españas americanas que son las Repúblicas de nuestra América; cristiana y española, y quijotesca por añadidura (es decir: quinta esencia de lo español y de lo cristiano), fué la personalidad en quien aquella ingente empresa tomó cuerpo, la que le sirvió de principal Capitán y ha quedado para siempre como su símbolo.

"Poesía —concluye Unamuno—, poesía es la que rezuma la vida de Bolívar, como es poesía lo que rezuma la historia de la emancipación de las Repúblicas hispanoamericanas, lo mismo que la épica historia del descubrimiento y de la conquista. Una y otra poesía están enterradas en las viejas crónicas de los conquistadores, de los Oviedo, Castillo, Gomara, etcétera, y en las memorias de los caudillos de la Independencia. Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Laínez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón, así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de los torpes Gobiernos peninsulares, y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas. Pero aún no hemos llegado a esto."

No todavía, cuando Unamuno escribía lo que antecede, hace aproximadamente cuarenta años; pero sí hoy. Hoy, desaparecidos muchos recelos y resquemores —no por lamentables menos naturales ni menos comprensibles—, España piensa ya con verdadero orgullo, como en las propias, en las glorias de sus hijas del Nuevo Mundo, de las Españas americanas.

JOSE MIGUEL DE AZAOLA

ELOGIO DE LA MUJER CUBANA

De la Habana a Camagüey,
de Camagüey a Santiago,
todo el bosque es dulce trago:
palma real, ébano rey.
Pero del oro de ley
de la madera, tu talle
árbol mejor es y valle
fértil del amor oscuro,
puerto de muerte seguro
después de andarte la calle.

De isla en isla comprobarte,
de puerto en puerto saberte,
y junto al agua tenderte
y acercarse a despertarte.
Ya no rama, sí baluarte
del mar, mujer, isla, loma,
tierra a que el fuego se asoma,
fuego en que el ángel perece,
ala que naufraga y mece,
noche y miel, una paloma.

De dónde a dónde buscar,
si antes la tierra y el ala,
si antes del viento la sala
y el lecho junto a la mar,
ahora el pez loco de atar
que, como tú deseado,
que como tú, de clavado
se vuelva al punto del beso,
ya casi en la mano preso
y aun en duelo alborotado.

Naranjo sobrecargado
o pez del Viejo Canal
o gracia del pico real,
¿qué son, mujer, a tu lado?
Tierra ardiente, aire volado,
agua que llama a las naves,
voz que en un verso no cabes
o yo encerrarte no sé,
y te pregunto por qué,
y te callas, y lo sabes.

JOSÉ GARCÍA NIETO

LORENZO GOÑI

Ahora soy el 322



"Desde el principio del mundo lucha Dios contra Satán, y el campo de batalla es el alma humana".

EL mundo marcha mal. No acaba de encontrar el camino. Y es mejor, porque entonces dejaría de ser mundo. Sería otra cosa distinta. ¡Pensadlo! Todos los días, todas las noches, a cualquier hora y en cualquier rincón olvidado, saltan como sapos los siete pecados capitales. En Europa, en Africa, en Asia, en los cinco continentes. Donde exista el hombre está el pecado. Este es el secreto, el tremendo secreto que nadie quiere reconocer del todo. La sangre humana está poblada de bacilos infernales. Por eso los hombres se aborrecen, y se odian, se roban y se persiguen, con saña, unos a otros. Por eso, por eso estoy yo aquí, entre estas paredes blancas. Por eso veo ahora este número 322 a la cabecera de la cama; este número odioso que me persigue cosido a la camisa, pegado al cuello de la chaqueta gris, grabado sobre el mármol de la mesa del comedor y sobre el mugriento respaldo del asiento. Hasta el día que irrumpieron en casa los tres hombres con las batas blancas y me entraron casi a la fuerza en el coche, yo no tenía relación alguna con este número extraño y repugnante. Para mí el 322 era igual que el 324. No podía pensar que este número sirviera nunca para nombrar al viejo que está dos camas más abajo y grita todas las noches sin descanso: "¡Fuego, fuego!". Tampoco me importaba nada que existieran el 320 y el 1 y el 53. Claro que ahora esos números respiran, hablan, se mueven, llevan calcetines de lana como yo y hacen mucho ruido con las cucharas sobre el mármol de la mesa del comedor.

Parece absurdo que un número cosido a la espalda pueda trocar muy bien la vida. He pensado mucho sobre esto. Aquí hay tiempo de sobra para pensar en todo. Todos estos amigos, antes de enrolarles a la fuerza en las filas de las unidades, de las decenas y de las centenas, tendrían nombres y apellidos propios. A mí mismo me llamaban Daniel, un nombre que me sigue gustando aún mucho. Lleva uno años y años volviendo la cabeza al escucharlo, lo oye repetir a los padres, a la mujer, a los amigos, y de pronto, sin ninguna razón, se siente uno marcado como una res, y ha de quedarse en el banco o en la cama entre el 321 y el 323, sin protestar ni rebelarse. Y aun esto sería llevadero si ese número que se incrusta a la fuerza en la vida no la cambiara fundamentalmente. Por ejemplo, llamarse Daniel supone ir mañana y tarde a la oficina, atravesar el paseo dos veces al día; el paseo lleno de niños, de acacias y eucaliptus, comerse domingos y fiestas un buen plato de natillas con su canela encima y los bizcochos dentro. Y después, a la noche, salir del brazo de Elena al café del bulevar, o al cine, o a visitar a don Ernesto, el cajero de la cooperativa. Ya sabemos que esto no es nada y que tal vez no merezca la pena nombrarlo; pero ahora, aquí, lo echa uno de menos sin querer. Y cuando veo que tanto a mí como a los otros nos ha hun-

(C O N T I N U A E N L A P A G I N A 5 6)









18 de JULIO

FECHA INEXPUGNABLE DE LA HISTORIA

Ofrecemos en esta página varios aspectos de la destrucción llevada a cabo por las milicias rojas durante la revolución de España que comenzó el 18 de Julio de 1936. Sobre estas ruinas impresionantes saltó España, victoriosa, para iniciar su reconstrucción y reintegrarse con el Movimiento a su destino y a su función histórica.

JUSTO será reconocer que los enemigos de un orden cristiano y universal han sabido siempre, en sus descubiertas estratégicas por la Geografía y la Historia, estimar en toda su intensidad el hecho hispánico y su firmeza. La torpe molicie de algunos ha podido equivocadamente soñar con un tañido de la Historia que marque el comienzo de un tiempo sin odios externos y sin acosos ni hostilidades. ¡Imposible y exangüe esperanza! La llegada de un mediador carismático que se interponga entre nuestra estirpe y sus enemigos es una infeliz ilusión de teorizantes. Fué suficiente la furia iconoclasta de una plebe para que, ante las aras destruídas y los campanarios en llamas, el mundo enemigo nos otorgara su perdón. Si les entregáramos otra vez, maniatada y envilecida, nuestra historia, es posible que hasta un relativo bienestar económico nos sería tolerado. Si no hubiera existido un Mühlberg se nos hubiera perdonado en Utrech; si la jornada del 18 de Julio de 1936 hubiera tenido un signo anticristiano o pazguatamente cristiano, los enemigos, reunidos más tarde en el Hunter College, habrían apreciado con ostensible entusiasmo la entrega de España.

Hace ahora doce años que los españoles quisieron ver con sus propios ojos la muerte por España. Fué entonces cuando en las filas de los universitarios, de los pequeños burgueses de España, de los hu-

mildes menestrales de cada día, inofensivos y pacíficos, se alzó la suprema decisión. Con el gesto crispado, rugiendo, fueron con la Patria hasta el final. Basta la evocación de aquella jornada para que el recuerdo se suscite en cada buena voluntad española, porque acaso hoy es el único día del año que no tolera corazones indolentes. Ellos y nosotros —¡oh, Dios, todavía!— nos embanderamos el alma con alguna antigua esperanza, con algún fugitivo instante de los tres años sufridos. Posiblemente es un recuerdo tan alado y simple que no tiene valor emotivo más allá del propio corazón, pero bien está que el recuerdo se renueve puntualmente ante Franco y con Franco. Para uno puede ser la intensa palpitación de un combate; para otro un guiño cercano de la muerte o el olor indefinible y espeso del hospital de campaña, cuando no la siniestra oquedad de una checa. Temas simples como acordes sueltos de la sinfonía colosal, pero que cada 18 de Julio se levantan venciendo todos los olvidos y las renuncias. Atada al recuerdo minúsculo, nuestra guerra nos llega de nuevo al corazón por las abiertas ventanas del estío. Es un vendaval impertinente de memorias que recorre de norte a sur toda la tierra destartalada y trágica del drama. Un airón que mecerá el trigo maduro tímidamente aupado sobre las tumbas anónimas, que saltará sobre las ruínas, agitará las banderas y dejará el día abierto a la ocasión y a la esperanza.

Algunos corazones indolentes susurraban desde hace tres o cuatro años que todo el triunfo de España se precipitaría por unas márgenes irremediables de condena. Los profetas jugaban ya la túnica de España y hablaban de sujetos y objetos de la política, de políticas con objeto y sin sujeto y de otras martingalas para la traición. Fué entonces, en medio de la niebla, cuando el pueblo todo, hecho Movimiento Nacional, río incontenible, proclamó su fidelidad no simplemente a la historia como devenir abstracto y borroso, sino como lealtad total al hombre que ha acertado a encarnarla en nuestro tiempo. Lo mismo que los árboles se tocan por sus cimas, el Capitán de la Cruzada y la juventud española coincidieron limpiamente en el aire de España por encima de todos los temblores, de todas las amenazas. El heroísmo es un entrenamiento silencioso y desde aquellos días hasta la explosión jubilosa y actual de la Patria, la juventud ha ido creando, sin exhibiciones, la médula de esta ardiente fidelidad que hoy se levanta como un alegre incendio. Se ha ganado mucho más en la pensativa espera que en los días fáciles del cántico a voz en cuello. Hoy estamos encerrados en este destino de España, como un esqueleto está encerrado en la piel. Nos sentimos dramáticamente suyos y nos parece que Dios ha creado a nuestra Patria para manifestar en ella su mirada y su providencia.

Hace ya doce años que España lanzó al mundo entero su mensaje. Circunstancias históricas, perfectamente ajenas a la entraña española y cristiana de aquel mensaje, pretenden enturbiar con parangones inútiles la pura voz hispánica Es la desesperación misma del mundo la que obligará a volver los ojos a este destino que invoca la juventud española y que pulverizará a las voces hostiles. La balanza de la historia —piensa el materialismo al uso— se inclina más de un lado que del otro en razón de los pesos tangibles que se pongan en cada platillo. Esta profecía de mercachifle cree que el reposo vendrá del lado en que numéricamente se cuenten más bombas atómicas. ¡Inútil! Nosotros, si no vemos a Dios, cuando menos lo intuímos en la nube que lo circunda sobre la historia y comprendemos, a la española, que sólo el espíritu —esa fuerza gigante retenida hoy como abstracta— gravitará un día decisivamente para esperanza del mundo. Mientras Dios, desde su eternidad, siga definiéndose como el Signo de Contradicción, el reposo del alma hispánica es imposible y esta clara conciencia de nuestra inquietud sirve para muchas cosas; pero, sobre todas, para la compacta seguridad de la defensa.








En los últimos meses - este día pide este recuento – España ha dado pruebas muy ostensibles y concretas de su vital solidez. El punto de referencia de nuestros discretos optimismos descansa todavía sobre sucesos afectivos de los que el paisaje de la hispanidad ha sido muy pródigo durante el último año; pero se percibe que esa cadena inestimable y sentimental anuncia también motivos más poderosos y realidades más tangibles en todos los campos del humano actuar.

El día en que este gran sueño hispánico se realice ¿qué quedaría fuera de él? Esperemos. Nuestra pequeña vida diaria, nuestras ilusiones, las ofensas sufridas en silencio aparecerán ante los ojos del mundo como un edificio de heroicas proezas.

Nuestras inmensas tumbas, aún removidas por el brío de tres años de sangre, ganarán para el mundo la gran batalla.

Por eso esta fiesta del 18 de Julio podrá llamarse un día fiesta universal. Miles de voces jóvenes cantan hoy por toda la tierra de España. Ellos, irrumpirán un día en la Historia como gigantes.

¡Aún tenemos tanta fuerza, camaradas y amigos de ambas riberas del mar...!

I S M A E L   H E R R A I Z



En las páginas anteriores, vista panorámica de uno de los desfiles de la Victoria que se celebran en Madrid todos los años en el aniversario del final de la guerra para conmemorar el Movimiento Nacional. En esta página, aspectos muy elocuentes de la reconstrucción nacional iniciada a partir del año 1936.







VIAJE A LA CIUDAD INEXPUGNABLE DE LOS INCAS











Cuando llegué a Méjico, dispuesto a viajar a través de las naciones sudamericanas, cayó en mis manos un viejo libro titulado «Costumbres antiguas del Perú», y una de sus páginas despertó mi curiosidad; decía así: «Había en el Cuzco un templo que era como el Pantheón de Roma, donde eran colocados todos los ídolos de todas las naciones sujetas al Inca. Cada ídolo tenía su altar, pero una cadena amarraba su pie a la hornacina para denotar la sujeción y vasallaje de su gente».





Arriba: Sección del templo del Sol, en cuyo centro se ve la piedra sobre la que eran embalsamados los muertos.—Abajo, de izquierda a derecha: Vista de la ciudad de Machupichu. La cámara de embalsamamientos. Autocarril que transporta a los turistas a la encumbrada ciudad inca. Piedra que señalaba los equinoccios. Choza de los actuales indígenas que moran en las cumbres de Machupichu. Molinos de cereales. Otra vista de la ciudad.









Dispuse luego mi viaje. Salí de Méjico en avión y, después de dos cortas escalas, volé sobre el paisaje arrugado y lunar del Cuzco: tierras vacías, escarpadas, desiertas. Entre las rendijas de sus peñascos andinos, el reflejo de los riachuelos extraviados, y hasta en las cumbres rebrillaba el agua verde de los lagos: el Titicaca me impresionó; parecía un mar subyugado entre la crueldad espinosa de las montañas.

Y allí, en medio de la convulsión retorcida de las cumbres, sobre un escenario de fuego petrificado, vi por primera vez la vieja e inexpugnable ciudad de Machupichu. Volaba tan alto que comencé a sentir un ahogo sofocante, y es que Machupichu, según luego comprobé, está suspendida sobre un abismo a más de 3.100 metros de altura.

Desde el campo de aterrizaje rodé muchos kilómetros por la carretera que bordea la corriente del río Huilcomayo (río del Sol) que, hacia el Amazonas, se estrecha entre los picos de la Cordillera Trasandina. En la altura inaccesible, sobre los peñascos resquebrajados, está enclavada la histórica ciudad que guarda en su silencio, coronado de nieblas, el misterio de una ignorada antigüedad, llena de ritos y testimonio magnífico de una cultura y de un esfuerzo jamás superado por ninguna otra civilización.

Alquilo un autocarril que, a gran velocidad, inicia su marcha. Aquí mi primera sorpresa: el autocarril no traza curva alguna; asciende por planos inclinados, totalmente rectos y, dando marcha atrás en cada aguja, llego a la cumbre después de haber trazado un agudo zig-zag.

Ya, sobre el arrugado semblante de esta ciudad vieja, entrecruzada de calles y de muros, me asomo a su panorama: es rudo, renegrido de milenios. A veces el sol, entre la niebla, dibuja halos y relumbres entre los despeñaderos y glorifica el rumor de los hondones de acentos mitológicos, y es que en Machupichu tuvo su templo el Sol. Pero lo que más me sorprende son los bancales que escalonan la vertiente de la montaña. Son como una escalinata de gigantes peldaños, trazada para algún ser místico de piernas descomunales. En sus rellanos, según la historia, sembraban sus cosechas los incas cuando eran ase-

Arriba, a la izquierda: Muro construído por los incas de la primera civilización.—Debajo: Entrada del templo nocturno.—A la derecha, arriba: Cuarteles enclavados en el plano más alto de Machupichu. Debajo: Interior de una casa construída durante las decadentes segunda y tercera civilización.









diados por el enemigo. La geografía mágica de Machupichu, ciudad sobre muralla de granito como centinela del inmenso altiplano del Perú, impresiona con sus rasgos siderales. Es como una visión cósmica de la naturaleza.

La ciudad está construída en planos diferentes y en ellos se amontonan los edificios cuyas ruínas muestran la arquitectura sabia de los incas, que fué perdiendo su agobiante grandeza a través de sus tres épocas distintas y que aquí se observan en numerosas construcciones. La que más sorprende es la primaria y no sólo por su antigüedad sino también por su inigualable perfección. Los sillares, de cara rectangular y tallada, están machihembrados en sus planos interiores y superpuestos sin cal ni argamasa aguantaron las convulsiones sísmicas y las guerras de un tiempo que se pierde en la Historia.

Aún se levantan grandes palacios, numerosos templos, puentes, observatorios, cuarteles y magníficas portadas de clave indestructible. Entre las residencias, un magnífico palacio que, por su proximidad al templo, parece haber sido residencia sacerdotal. Se elevan aún altas torres de muros cónicos, con alhacenas interiores y cámaras subterráneas. En el fondo de uno de los intactos torreones que completan la alta muralla, se observa una gran losa pulimentada que servía para el embalsamamiento de los muertos.

Pero, entre todas las construcciones, llama la atención el gran templo de Machupichu, edificado en forma piramidal con tres muros: uno de fondo, donde está el altar, y dos extremos que convergen en ángulo sobre el primero. Este templo, en el que se adoraba a los elementos primarios y al trueno y al relámpago, produce una impresión de sobria grandeza. Su oratorio y sus muros, levantados sobre monolitos de doce toneladas, le dieron celebridad.

Es también muy conocido el palacio de «las tres ventanas», en cuyo fondo se abren tres amplios vanos que miran al Oriente. Frente a él, las calzadas se alargan entre los muros triangulares e impresiona el esfuerzo titánico realizado por aquella civilización que supo construir tan maravillosa ciudad sobre el pico más inaccesible de los Andes, ciudad que parece, desde el alto cielo y desde la lejana tierra, un nido de cóndores.

JUAN ALVAREZ GUERRA

Arriba, a la izquierda: Una calle de la vieja ciudad incáica.—Debajo: Entrada con llamadores «acústicos» a ambos lados de la puerta.—A la derecha, arriba: Una explanada de Machupichu, frente a los cuarteles.—Abajo: Bancos de cultivo que los incas sembraban cuando la ciudad era asediada.

MERIDIANO DE BARCELONA







Barcelona que siempre se ha distinguido por su auge industrial y económico cuenta ya con una nueva institución que acrecienta sus preponderantes valores culturales y artísticos. Profundamente hispánica, de su nuevo Instituto de Estudios Hispánicos, arrancan hoy hacia Hispanoamérica rumbos de una mutua comprensión.

En el salón dorado del palacio de la Diputación Provincial de Barcelona se celebró, el día 16 de mayo, el solemne acto de la constitución de este Instituto. Presidieron los ministros de Asuntos Exteriores y Justicia, Sres. Martín Artajo y Fernández Cuesta, el Presidente de la Diputación de Barcelona, Sr. Llopis, y el Director del Instituto de Cultura Hispánica, señor Ruiz- Giménez Asistieron el embajador de la República Argentina en España, don Pedro Radio, y el presidente del Instituto de Estudios Hispánicos de Barcelona, D. Juun Carandel. En la noche del mismo día, y en el gran Salón de Contratación de la Casa de Lonja de Mar, se celebró un banquete de gala en honor de los ministros, autoridades y personalidades que asistieron a la inauguración del Instituto. Al finalizar la comida, el Sr. Carandel ofreció el agasajo a los señores ministros y demás personalidades españolas e hispanoamericanas que asistieron al acto. Seguidamente pronunciaron discursos D. Joaquín Ruiz-Giménez, D. Alberto Nogués, el Sr. Ortiz Bilbao, D. Jaime Taltavul, el Dr. Radio, el Sr. Fernández Cuesta y el Sr. Martín Artajo. Más de seiscientas personas en representación de las letras, las artes, la banca, la industria, el comercio y de todas las clases sociales catalanas, asistieron a estos actos que resultaron brillantísimos.





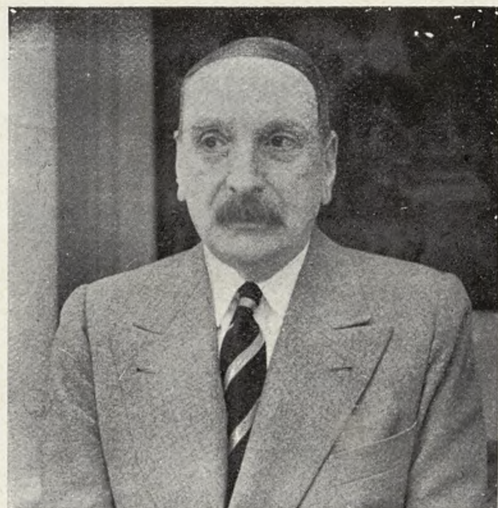
MERIDIANO DE MADRID



El ilustre político colombiano D. Laureano Gómez—a a zquierda de la fotografía—, acompañado de su esposa, pasea por las calles de Madrid a los pocos días de su llegada a España.



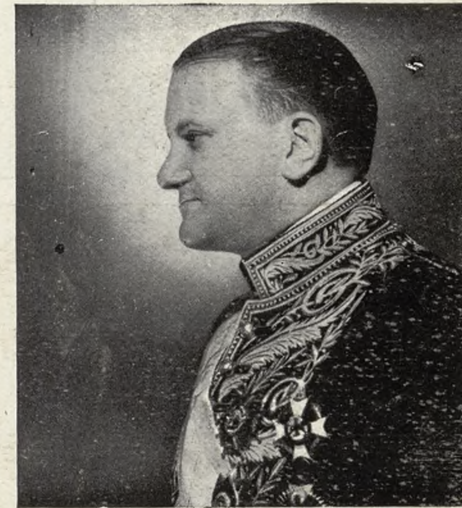
Durante el mes de junio hizo un viaje por España a esposa del Excmo. Sr. Vicepresidente de a República Argentina, D.ª María Teresa de Llano de Quijano. De izquierda a derecha, el embajador de la República Argentina, señor Radío; la señora de Martín Artajo, la señora de Quijano y el ministro de Asuntos Exteriores de España, señor Martín Artajo.



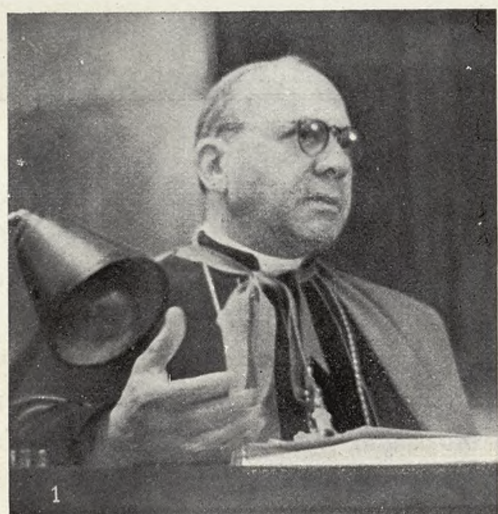
Enrique Larreta, el gran novelista argentino, visitante empedernido de España y admirador de su historia y de su paisaje, se encuentra de nuevo en Madrid, adonde llegó en el mes de junio.



Tres universitarias hispanoamericanas en Madrid: Las señoritas María Luisa Ferrer, Julia Mackinlay y Elvira Orphe.



Don Fernando María Castiella, uno de los hombres más significativos de la juventud española, ha sido nombrado embajador de España en Lima, cargo del que ha tomado posesión.







1.—El Nuncio Apostólico en Honduras, Monseñor Federico Lumardi, pronunciando una interesantísima conferencia en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid.

2.—Entre los intelectuales hispanoamericanos que últimamente pasaron por España, figuró el ilustre escritor peruano D. Oscar Miró Quesada. En esta fotografía aparece en los locales de la Asociación Cultural Iberoamericana, de Madrid, el día en que fué homenajeado por la misma.

3.—La notable investigadora mejicana señorita Josefina Muriel, profesora de Historia, se encuentra en España desde hace tiempo. Actualmente, realiza investigaciones sobre la vida de la mujer en América desde el descubrimiento.

CON la paulatina normalización de las comunicaciones, nuevamente Hispanoamérica se va acercando a Europa; pero esta vez no es Londres, París o Berlín quienes reclaman su atención, sino España.

En estas últimas semanas es incesante el tráfico de pasajeros por el gran aeropuerto transoceánico de Barajas. Escritores como el paraguayo D. Alberto Nogués, el gran poeta nicaragüense José Coronel Urtecho y el director de "El Comercio", de Lima, Oscar





FIESTA DE GALA EN VIANA





En esta página ofrecemos seis instantáneas, en color natural, de la fiesta que se celebró en el Palacio Viana, de Madrid, en honor del senador uruguayo Haedo, a la que asistieron destacadas e ilustres personalidades de la sociedad española, y que este breve reportaje no ha podido recoger en su totalidad. De izquierda a derecha y de arriba abajo: La señora del conde de Foxá, el senador Haedo y su hija la señorita Beatriz Haedo. — Señora de Martín Artajo, señora de Haedo y señora de Fernández Cuesta. — Ministro de España en Montevideo, señor Logendio, señora de Díez y Conde de Foxá. — Embajador de España en Lima, Sr. Castiella; senador Haedo; director del Instituto de Cultura Hispánica, Sr. Ruiz-Giménez, y ministro de Asuntos Exteriores, Sr. Martín Artajo. En el centro de la página, el Excmo. Sr. Ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, conversa con el senador Haedo.





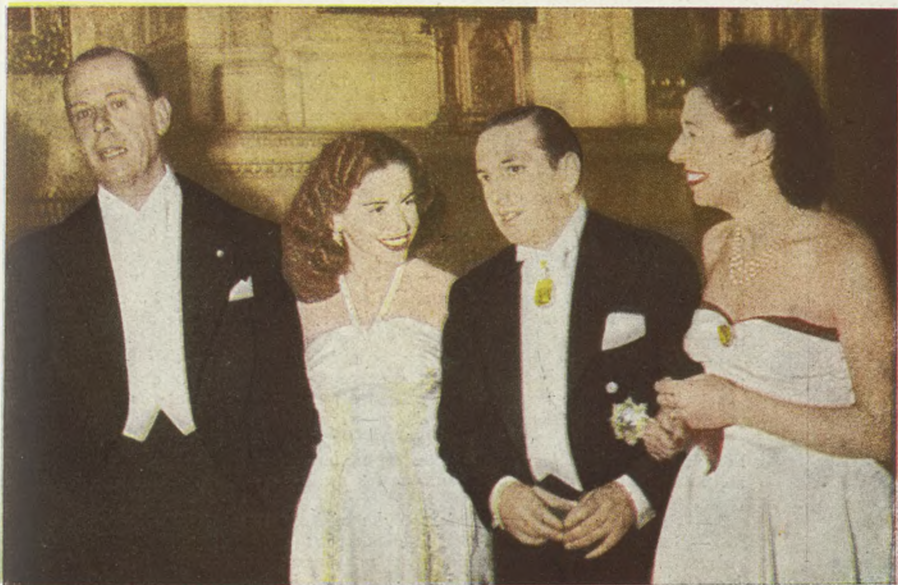
Miró Quesada; políticos como los directivos del sinarquismo y movimiento "Fuerza Popular", de Méjico, señores Gilgardo González y Enrique Morfín; el Vicepresidente de la Cámara de Diputados del Ecuador, D. Luis Alfonso Ortiz Bilbao; el gran político conservador colombiano, presidente de la IX Conferencia Panamericana, Dr. Laureano Gómez; el diputado chileno señor Bulnes; el escritor colombiano D. Hernando Santos; los profesores argentinos señores Montarcé y Walter, docenas y docenas más de figuras preclaras de todos los países llegan a Madrid ansiosos de impregnarse en la alegría de sus calles, de vivir en la clara limpidez de su cielo, de sumergirse en la incomensurable riqueza de sus museos, de gozar y vivir, en fin, este gran momento de lo español en el mundo.

Las innumerables recepciones que, con motivo de la lle-









De la misma recepción nocturna reproducimos en esta página nueve fotografías, que recogen a las siguientes personalidades: señor Haedo, señora condesa de Foxá, señor Martín Artajo, señorita Haedo, señor Otero Navascués y el Excmo. Sr. Ministro de Justicia, D. Raimundo Fernández Cuesta.—Embajador de la Argentina, Sr. Radío; señorita Haedo; el escritor don Joaquín Calvo Sotelo, y la princesa de Brancobán.—El presidente de la Diputación de Madrid, Marqués de la Valdavia; el Subsecretario de la Presidencia del Gobierno, Sr. Carrero Blanco; D. Javier de Echarri, director del diario "Arriba", de Madrid, y el director general de Política Exterior, Sr. Erice.—El Sr. Ministro de Asuntos Exteriores de España.—El director de la sección de América, Sr. García Olay, y la señora de Díez.—Encargado de Negocios del Paraguay, señor Brugada, Sr. Logendio, Embajador Sr. Bulnes, señor Radío y Sr. Martín Artajo.—Señora de Martín Artajo y señora de Haedo. Señora del Conde de Foxá. Señora de Ruiz-Giménez.





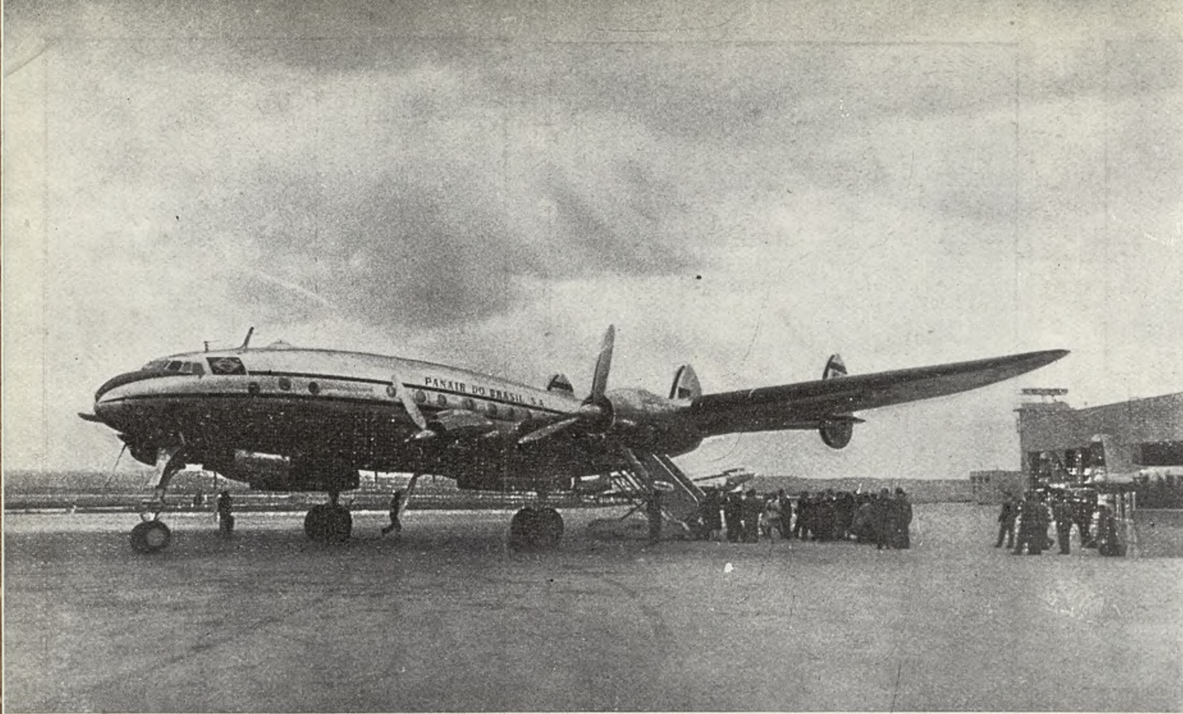


gada de tan ilustres personalidades, van teniendo lugar, culminaron, hace unos días, en la solemne fiesta de gala que el Excelentísimo Sr. Ministro de Asuntos Exteriores, D. Alberto Martín Artajo, dió en Palacio Viana, en homenaje al ilustre senador uruguayo D. Eduardo Víctor Haedo; gran polemista, escritor de gran fuste, hombre de emoción cordial, llano, sincero, radiante de simpatía, Haedo se ha sabido ganar el afecto y la consideración de todos, y en la gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, que en tan solemne fiesta el señor Ministro puso en su pecho, quedó simbolizado el mejor elogio de los que, con la misma lealtad que la suya, han sabido defender y siguen luchando por la pervivencia y el triunfo del ideal hispánico en el mundo.

Estas quince instantáneas en colores naturales que aparecen en esta y en la anterior página, fueron tomadas en el Palacio Viana, de Madrid, durante una recepción nocturna. Información gráfica realizada para MVNDO HISPÁNICO por los fotógrafos señores Feito y Platero.







DE LA AVENIDA DE COPACABANA A LA PUERTA DEL SOL

POR los caminos azules que ponen alto techo a tres continentes, ha caminado en vuelo majestuoso de cóndor un "bandeirante" brasileño, desde el aeropuerto luminoso de Santos Dumont, en la incomparable Río de Janeiro, al aeródromo intercontinental de Barajas. Un "bandeirante" gigantesco y hermoso, como la más bella ave del paraíso, que bajo el signo comercial de la Panair do Brasil —la Compañía que lanza sus aviones sobre América entera y sobre toda Europa, y que el año pasado transportó en ellos ciento cuarenta mil seiscientos cincuenta y dos pasajeros— viene a unir la playa de Copacabana, llena de fuerte sol y aires cosmopolitas, con la Puerta del Sol, castiza, madrileña y también europea, en veintiún horas de vuelo.

Por los cielos de América, de Africa y de Europa, sobre el viejo Océano Atlántico, ha venido el "bandeirante" a unir, aún más si cabe, América con España. En la alta madrugada salió el avión del aeropuerto de Santos Dumont entre vivas y agitar de pañuelos de alegre despedida y con la presencia del encargado de Negocios de España, Sr. De Cárcer, quien pronunció felices palabras de augurio para la línea que se inauguraba. Cuando Madrid dormía llegó el primer avión brasileño, traído por las manos fuertes y viriles de un joven piloto de la más noble sangre brasileña: D. Juan de Orleáns y Braganza, que si en los aires se apasiona por pilotar un caza guerrero o un pacífico "bandeirante", en la tierra le gusta saltar al "bonde", que también "vuela" sobre rieles por las avenidas brasileñas, o echarse a caminar al término de su etapa para mirar a las muchachas por la rue de la Paix, por el Chiado, por Regent Strett y ahora por la madrileña Carrera de San Jerónimo.



Empieza a levantar el día y unos pasajeros aguardan en la Aduana las operaciones necesarias para irse a dormir a su hotel. Entre ellos ha venido, activo y alegre, adelantado en cordialidad y simpatía, el Agregado de Prensa en la Embajada española de Río de Janeiro, Román Escohotado, una de las más brillantes plumas españolas de la hora actual. Otros pasean por el jardín de Barajas esperando que el avión siga su rumbo a Roma y Estambul. Y don Juan de Orleáns y Braganza accede, amable, a concedernos una entrevista.

—Estoy seguro —nos contesta a la primer pregunta, que su corazón y su cerebro no han tenido que meditar en razón de su sinceridad— que la comprensión entre España y el Brasil tiene que ser, lo va a ser cada día, más sincera y más bella. Es necesario que los pueblos de estirpe cristiana y latina estén hoy más unidos que nunca. Estos viajes serán un gran lazo de unión.

—¿Cree vuestra alteza que va a establecerse un gran intercambio de ideas, ahora que tan pocas horas separan a España del Brasil?

—Si hubo una edad del fuego y otra de la piedra y otra de los metales, hoy vivimos en la edad de la "idea". Es un constante ir y venir de ideas por las utas del aire, para mejor comprenderse a través de las fronteras del espíritu. Ahora, cuando el Atlántico es un lago —si no fuera irrespetuoso para su gloria diríamos una laguna—, nuestros profesores y los vuestros, nuestros artistas y los españoles, los comerciantes españoles y los brasileños, que tan amplia misión cumplen en el conocimiento de los pueblos, tienen que ir y venir, conocerse, trabajar juntos.

—Y hablando del conocimiento, ¿ha visitado ya nuestro país?

—Hace ya un año que recorrí buena parte en automóvil. Antes lo había sobrevolado muchas veces, y ahora me propongo venir lo más a menudo posible. Quiero dejar un poco mi despacho, demasiado confortable, de la avenida de Río Branco para ocupar mi butaca de piloto; ya que, sobre todo y ante todo, prefiero la fisiología de vuelo al papeleo y a las visitas.

—Y España, ¿cómo le gusta más, desde el aire o desde tierra?

—Desde arriba yo creo que la conozco mejor, con más intimidad. Desde la carlinga percibo el alma del país más intensamente, y sus accidentes geográficos, geológicos, su clima, sus villas y sus caseríos, me dan una imagen noble y bella de lo que es España, una imagen que llevo siempre conmigo.

—Y ahora, ¿cuántos aviones vendrán a Madrid por semana?

—En principio, dos. Los lunes y los viernes, de madrugada, aterrizarán en Barajas, para seguir viaje a Roma y Estambul y regresar los martes y sábados, por la tarde, a Río. Después es posible una ampliación. Hasta hoy, esto es lo que nuestro Presidente, Paulo Sampaio, un hombre de temple de acero, de corazón gigante, como el de uno de nuestros "bandeirantes", e inteligencia excepcional, ha establecido.

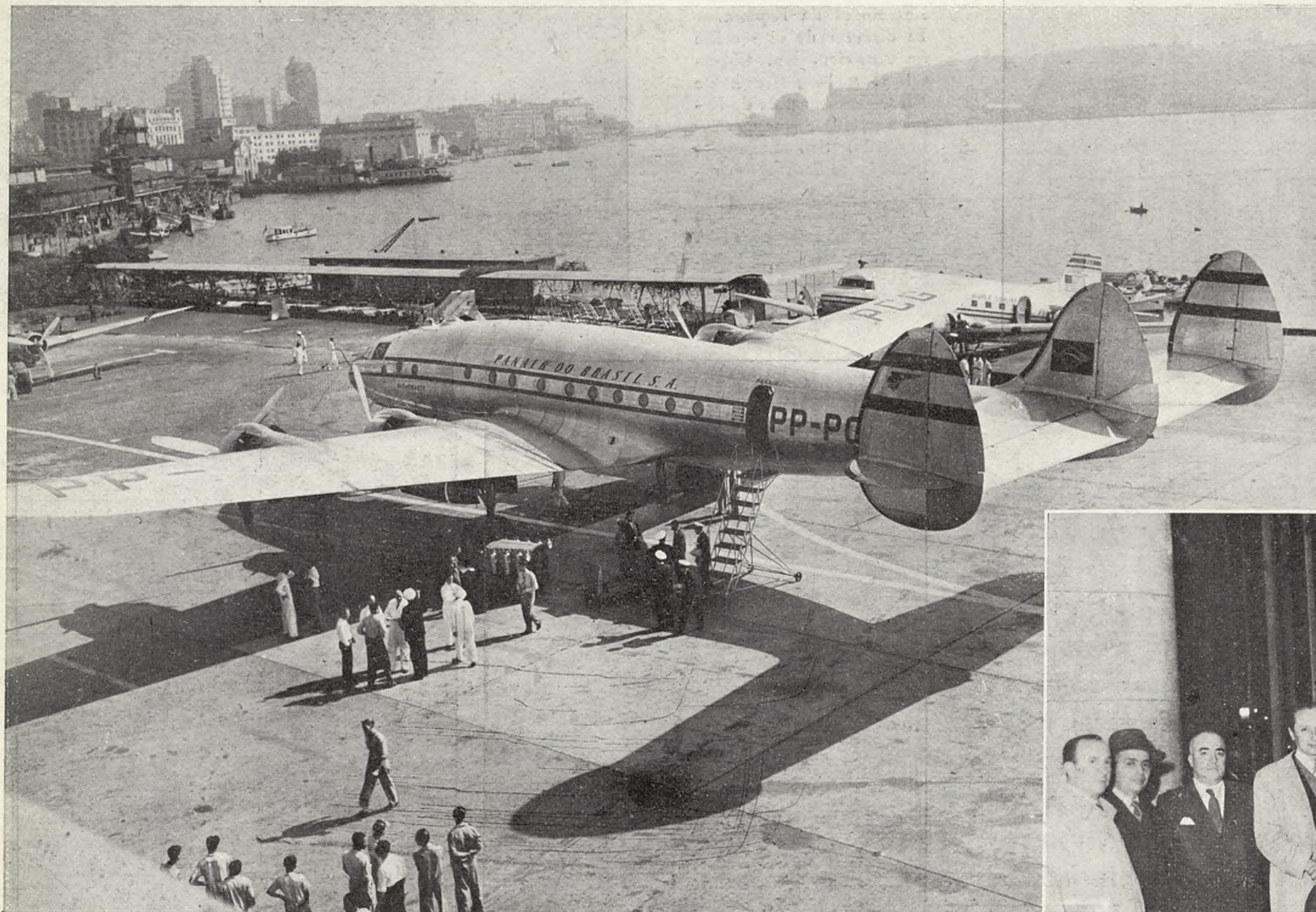
—Y puesto que es la primera vez que llega a Madrid por el aire, ¿puede decirme su impresión de Barajas?

—Lo había sobrevolado muchas veces y consideraba este aeródromo excelente. Ahora, después de haber aterrizado en él, creo que es uno de los primeros del mundo.

—Entonces, ¿contento de venir a Madrid?

—Más que contento. Lo único que me entristece es que hay que partir pronto; éste es el defecto grave de la aviación, que, como se llega corriendo, hay que marcharse de prisa.

Y el piloto D. Juan de Orleáns y Braganza, capitán de la Aviación militar brasileña y hoy al servicio de su Aviación civil, nos tiende la mano. Al instante todos agitamos la nuestra en el aire frío de la madrugada para decir adiós al "bandeirante" que levanta el vuelo.





Ofrecemos en esta página cuatro aspectos de la inauguración de la línea aérea Río de Janeiro-Madrid. En la parte superior: el avion "Bandeirante", a su llegada al aeropuerto madrileño de Barajas. Debajo: D. Joaquín Ruiz-Giménez, Director del Instituto de Cultura Hispánica, conversa con el pretendiente al trono del Brasil, don Juan Orleáns y Braganza. En la parte inferior, a la izquierda: el avión "Panair do Brasil", en el aeropuerto de Río de Janeiro "Santos Dumont". A la derecha: el encargado de Negocios de España en el Brasil despide al príncipe de Orleáns y Braganza, que tripuló el avión.

CAMOENS



EN EL CINE PORTUGUES

LA célebre película portuguesa «Camoens», nos relata la vida del célebre escritor portugués que empieza en Coimbra el año 1524 y termina en Lisboa en 1579.

Su acción se desarrolla en el ambiente fastuoso del Renacimiento, cuando el comercio de las Indias hacía de Lisboa una de las ciudades más ricas del mundo. Por aquél entonces, el célebre poeta portugués vivía, en la corte de D. Juan III y de la Infanta doña María, los momentos más brillantes de su vida y de sus amores, que luego se trocaron en tragedia y sufrimiento. Las intrigas le alejan de la corte y en una escaramuza contra los moros de Ceuta, pierde su ojo derecho. Retorna a su patria, pero «sus errores», su «mala fortuna» y «su ardiente pasión», le obligan a marchar de nuevo; esta vez para las Indias. Y sufre, durante dieciséis años, el más duro de los exilios. Cansado, retorna a Portugal y dedica los últimos años de su vida a terminar el manuscrito que estuvo a punto de perder en un naufragio.

Su muerte acaece en los momentos de mayor peligro para su patria, después del desastre de Marruecos; pero el soplo épico de «Os Lusiadas», enardece a Portugal que vuelve a surgir gloriosa para celebrar, en 1940, este momento glorioso de su historia.


AMOR DE PERDICION


REVOLUCION DE MAYO


EL PADRE TIRANO


LA VECINA DE AL LADO


EL MUELLE DEL SOBRE


SE NECESITA UN LADRON


CAMOENS


LA MANTILLA DE BEATRIZ


UN HOMBRE DE RIVATEJO

Por intermedio de
"Mundo Hispánico" saludo cordial
mente a sus lectores


TRES DIAS SIN DIOS

PANORAMA DEL CINE PORTUGUES







EN la vanguardia de la producción cinematográfica portuguesa, que va adquiriendo singular relieve, figuran los realizadores Leitao de Barros, López Ribeiro, Arthur Duarte, Jorge Brum, Manuel de Oliveira y Chianca de García, que han dado a su país las mejores y más logradas obras del celuloide. A Leitao de Barros debemos uno de los más notables films ibéricos, «Inés de Castro», que realizó en colaboración directiva con el español García Viñolas y que constituyó el pilar más firme y efectivo para una colaboración hispanolusitana.

La Obra más considerable que hasta ahora ha lanzado a las pantallas la cinematografía portuguesa ha sido «Camoens», una bella biografía en imágenes del gran poeta de «Os Lusiadas» y que significó un paso gigante en el índice de su producción. Otra película lusa de mucha resonancia fué «Alá Arriba», un delicado poema sobre la vida de los pescadores atlánticos de Póvoa de Varzin, que mereció una alta distinción en la Bienal de Venecia del año 1942.

Las actrices más destacadas, por su belleza y cualidades interpretativas, son Teresa Casal, Leonor Maia y Milu y en los cuadros masculinos figura a la cabeza Antonio Vilar; seguido de Virgilio Teixeira, Vilaret, Barreto Poeira y una juvenil generación de actores que poco a poco van perfilando su personalidad frente a las cámaras tomavistas.

Para su desenvolvimiento cinematográfico, cuenta Portugal con los magníficos estudios de Lisboa Films, Cinelandia, Ulyssea Films y los de la Compañía Portuguesa de Films. El Estado, por su parte, dió muestras evidentes de un interés por el cine nacional, al promulgar la ley de protección que asegura la continuidad productora y sostener servicios cinematográficos a través del S. N. I.—Secretariado Nacional de Información—, en el Ministerio de la Guerra, el de Economía y en la Agencia General de Colonias. El mismo Estado se convirtió en productor en varias ocasiones y dió a la pantalla películas de gran interés, como «La revolución de mayo», «Hechizo de Imperios» y un gran número de cintas documentales.



Actualmente, la cinematografía portuguesa abriga proyectos de notable envergadura. El primero de ellos, ya en trance inminente de realización, lo constituirá el rodaje de «Vendaval maravilloso», película que va a nacer a la luz de los proyectores bajo el signo de una gran ambición artística y patriótica. En ella será narrada la vida del poeta brasileño Gastro Alves, acontecimiento que señalará el primer paso para una colaboración lusobrasileña—tan necesaria y esperada en el mundo del cine portugués—, que ampliará las posibilidades financieras de la industria del celuloide y el radio de acción de sus mercados.



Otra de las realizaciones más próximas será una interesante cinta de juventud cuyo nudo argumental girará en torno a la Universidad de Coimbra y a la vida estudiantil, tan rica en posibilidades espectaculares.

También, y próximamente, se unirán equipos españoles y portugueses para la realización de dos películas, una que lleva por título «Aló Madrid, aquí Lisboa» y la segunda que tendrá por fondo los maravillosos escenarios isleños de Canarias y Madera.

Como se puede colegir por la breve y ligera visión panorámica que hemos dibujado, el cine portugués establece firme e inteligentemente sus cimientos y desarrolla una elogiable actividad en marcha hacia rutas amplias y seguras. No vacilamos, pues, en predecirle un porvenir brillante y lleno de esperanzas ciertas. Y tiene, además, una importante misión cultural y artística que cumplir, tanto para sus colonias como para el mundo en general, ofreciéndole la riqueza de su folklore y de sus incomparables paisajes, vehículos éstos lo suficientemente valiosos para situar ventajosamente al cine luso en un puesto destacado del meridiano cinematográfico universal.

Y nuestra esperanza se basa en la creciente protección e interés que el gobierno de Portugal muestra por su cinematografía a través de la Secretaría del Estado. Protección que hace crecer las posibilidades y el relieve de una gran industria cinematográfica lusitana. Artistas de gran relieve estudian los valores íntimos de Portugal y estamos seguros de que lograrán sus propósitos, que no pueden ser más interesantes en lo que se refiere a la industria y a la economía portuguesa.

ANTONIO NAVARRO LINARES





MARIA FELIX Y JORGE NEGRETE EN MADRID

Los dos famosos artistas del «cine» mexicano coinciden en España para actuar en dos películas. María Félix, la bellísima actriz cuyo arte interpretativo culminó con «Enamorada», lleva el principal papel femenino en «Mare Nostrum», adaptación de la novela de Blasco Ibáñez, bajo la dirección del español Rafael Gil. La película en que interviene Jorge Negrete lleva por título, en principio, «Jalisco en Sevilla» y en ella alternan fundamentalmente los característicos folklores de México y de Andalucía.





MODAS



MVNDO HISPANICO

En el centro: Modelo de traje de noche en organdí estampado y blanco.—Arriba: Conjunto de falda y de chaqueta suelta, con blusa en fulard rosa y con topos blancos.—Abajo: Vestido de tarde, verde, con horizontales rayas marrones.

LA REVISTA DE 23 PAISES



MODAS

EN LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

MADRID 1948



CRISTO, por Prieto Coussent.

SOBRE EL CRISTO DE BENITO PRIETO

LAS opiniones son encontradas; pero el público se ha aglomerado ante el cuadro, y el visitante curioso, que ha recibido ya su impresión personal, gusta de escuchar razones y argumentos. Predomina la sorpresa, el desconcierto; la impresión fuerte; en todo caso, sin embargo, el comentario es apasionado, vehemente, por lo general admirativo. Algunas voces hay discordes, fijas más bien en lo episódico (la exactitud histórica, las piernas cruzadas...) El análisis crítico por detalle de la obra de arte es absurdo; si es tal obra, no puede ser equiparable a un documento y sólo es parcialmente intelectiva: es o no es. El arte es la elevación con esfuerzo supremo hacia una verdad que sólo el espíritu abierto del artista siente y desea, más que comprende. Aquí, sobre todo, aparece clara la tesis de Bergson: "la inteligencia busca, el instinto encuentra".

¡La verdad en el misterio de las dos naturalezas, divina y humana, en la muerte en la cruz! Si no es una muerte atormentada, no se expresa la magnitud del sacrificio; si no es un tránsito pacífico del cuerpo ingrávido hacia lo alto, no es Dios el que muere.

Ahí está el Cristo de Benito Prieto, descoyuntado, maltratado y, más que muerto, matado; impresionando la pobre naturaleza humana, maltrecha y desbaratada, profundamente trágica, con la sangre antigua en canales, el color resaltando las formas perdidas en los tonos verdes y macilentos de una lenta agonía, y se ve, sin duda, fría, fría la carne muerta —como "gusanos", según la profecía de Isaías—. Todo eso hizo, todo eso pasó Dios, y por pasarlo y entregarse a ello con decisión no humana, ahí está El.

Pero la cara, que no es carne, sino alma, conserva la sublime serenidad disociada del dolor del cuerpo; el pelo bello, en raudales descendentes, apoya una cabeza que ningún hombre ha tomado aún en brazos amorosos, y su mano derecha, suelta, caída, humanamente inerte, divinamente habla en un ademán iniciado de adiós y bendición.

Y al fondo, un tono uniforme de caos, una noche que queda atrás cuando la Cruz, mástil y semáforo, camina a través de los siglos y de los hombres como una nave que perfora tinieblas, abre rutas de luz, crea cielos...

DOCTOR JIMENEZ DIAZ

LA MAXIMA CONTIENDA DE LOS ARTISTAS ESPAÑOLES

EN la vida del arte español figura un acontecimiento bienal culminante, en torno del cual se desarrolla la labor y competencia de nuestros plásticos. Se trata de la Exposición Nacional de Bellas Artes, certamen creado en el último tercio del pasado siglo y merced al que el Estado incide de un modo directo y activo en la producción artística nacional, premiando y estimulando con recompensas efectivas y honoríficas la labor de los pintores, escultores, grabadores, arquitectos y dibujantes españoles.

De la importancia de esta muestra española da idea su repercusión en los medios artísticos mundiales y su influencia en la categorizacion y jerarquía de los artistas dentro y fuera de la nación. Hacer la historia o referir la anécdota de las Exposiciones Nacionales resulta tarea demasiado extensa y difícil. Porque la Nacional no es, únicamente, ese conjunto de salas distribuídas en los dos amplios palacetes filipinos del parque del Retiro madrileño que, atiborradas de cuadros y esculturas, se exhiben al público. Este certamen, representando en todas las ocasiones el máximo y más completo exponente de la creación plástica española, resulta al mismo tiempo neurálgica ocasión para que las buenas rivalidades plásticas se erijan y pugnen, si no ya entre las personas de sus autores, entre las obras expuestas, las cuales, en su aparente inamovilidad, gritan la disconformidad, la rebeldía, la sujeción al viejo canon y, en muchos casos, la ineptitud o la pirueta "epatante".

Prueba de tal magnitud, protagonizada por gentes como los artistas en quienes la pasión es cualidad dominante e imprescindible, no puede dejar de ser en extremo apasionada y casi rabiosa. Los momentos que preceden a la inauguración registran enorme efervescencia en los cafés donde los artistas celebran sus tertulias e incluso en las mismas proximidades de los pabellones del Retiro, donde el Jurado de admisión y colocación debe realizar la ingrata tarea de rechazar forzosamente, una cantidad de obras casi igual en número al de las que alcancen el premio de la exhibición.

Nada hay infalible en las determinaciones humanas, y mucho menos cabe pedir la infalibilidad en los juicios estéticos. La labor del Jurado de admisión de obras encuentra siempre puntos vulnerables que utilizan, con buena verborrea, los artistas despechados, que después de haber visto caminar sus obras hasta el local de exposiciones, han de retirarlas sin que el público las conozca.

En las últimas Exposiciones nacionales puede señalarse, por lo que hace a los Jurados de admisión, un más amplio criterio que en las pasadas. Se rechazan las obras atendiendo exclusivamente a su deficiente calidad técnica o artística, sin dejarse llevar de partidismos estéticos. Ello impide la repetición de hechos capaces



LA FARRUCONA por Miravalls Bové.



EL MONTERO DE ALPETREQUE por Adelardo Covarsi.

luego, cuando el error se hace público, de avergonzar a quienes lo cometieron. Famosa en nuestra moderna historia de la pintura se hizo la injusticia cometida con el entonces poco conocido pintor cordobés Julio Romero de Torres, a quien en una Exposición Nacional de Bellas Artes rechazó el Jurado su cuadro La musa de la copla. *La indignación de Romero de Torres no se recataba de publicar aquella determinación a todas luces injusta, y tan seguro se mostró de su obra, que insistió con ella, llevándola a la Nacional siguiente, donde el cuadro rechazado obtuvo nada menos que una Primera Medalla.*

Otro pintor rechazado en la Nacional *fué Ignacio Zuloaga, quien en los primeros años de su carrera artística envió, sin fortuna, su lienzo* La víctima de la fiesta, *en el cual el Jurado no supo ver méritos suficientes para la exhibición. Zuloaga, seguro de sí mismo y de su gloria, no volvió a concurrir a ninguna Exposición Nacional, dándose el caso de que haya muerto sin poseer ninguna de sus recompensas, pero universalmente famoso y consagrado, bien que a punto de obtener, en desagravio, la* Medalla de Honor, *distinción suprema del certamen, para la que, en más de una ocasión, le propuso el Jurado de premios, sin que se le pudiera conceder, ya que el Reglamento de las Nacionales impide premiar a un pintor no concurrente al certamen, y ya hemos señalado que Zuloaga, olímpico, no volvió a la* Nacional.

Entre los artistas rebeldes *españoles —rebeldes a la consagración oficial—, no puede dejar de citarse al gran escultor Victorio Macho. El magnífico artista castellano no posee una sola de las distinciones que otorga la* Nacional *ni concurrió jamás a ella. No obstante, su prestigio dentro y fuera de España*



LA AGRUPACION NACIONAL DE MUSICA DE CAMARA por Juan Antonio Morales.



RETRATO DE D.ª M.ª MANUELA LOPEZ CHICHERI DE MANZANO por Juan Antonio Morales.

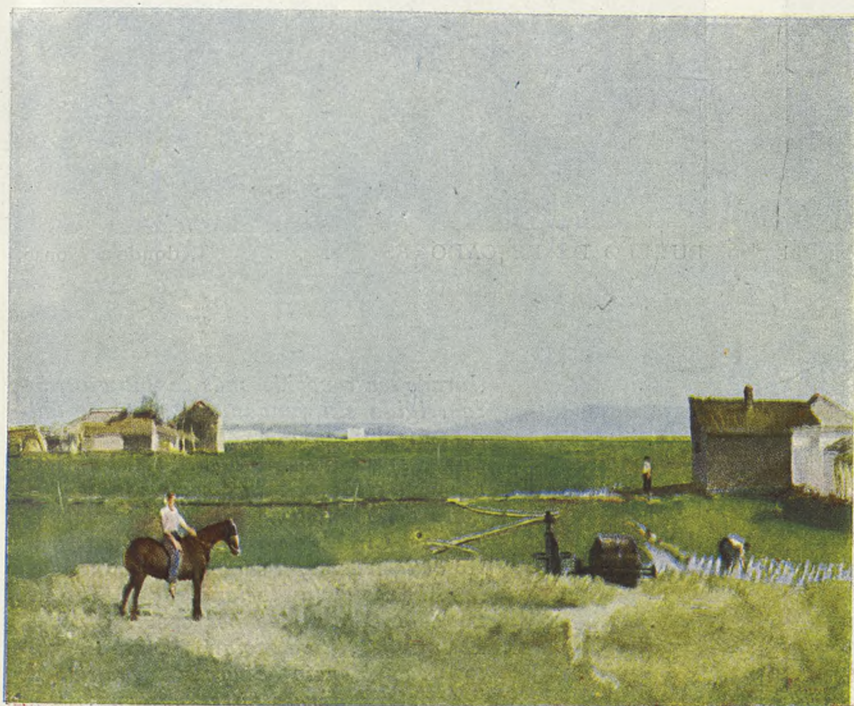




Arriba: PUEBLO (Homenaje a "Azorín") por Francisco Lozano; a la izquierda: RETRATO DEL ESCRITOR "AZORIN" por Jenaro Lahuerta.



EL VALLE por J. Vila Puig.



LA NORIA por Francisco Lozano.

ALTAR por Eugenio Hermoso.



alcanza la máxima categoría.

A pesar de éstos que pudiéramos llamar islotes de la genialidad plástica española, los grandes artistas contemporáneos no eluden la prueba de vitalidad y potencia creadora representada por la Exposición Nacional de Bellas Artes. Casi todos los nombres máximos de nuestra pintura y escultura encontraron en ella su máxima jerarquización. La vida del artista español, en cuanto a lo que a formación y contraste se refiere, siempre ha presentado idéntico diagrama: primeros pasos, autodidactos o dentro del encauce de la Escuela Superior de Pintura y Escultura; pensionado en el Extranjero y, luego, Primera Medalla en la *Nacional. Esta fué la trayectoria seguida por nombres máximos de nuestro arte: Alvarez de Sotomayor, López Mezquita, Vázquez Díaz, Chicharro, Manuel Benedito, Capuz, Moisés de Huerta, Planes, Adsuara, etc. Este es el camino que, con constancia y sólido valer, pueden recorrer todos los plásticos españoles.*

Hay, no obstante, una distinción difícil, preciadísima, y a la que no todos los plásticos llegan: la Medalla de Honor. *Con tal distinción se premia la vida y la obra de un artista en conjunto, no atendiendo exclusivamente al valor de las obras presentadas en el certamen dentro del cual se le otorga. Así como las* Primeras Medallas *son dos por cada una de las Secciones de* Pintura, Escultura, Grabado, Dibujo y Acuarela y Arquitectura, *la* Medalla de Honor *es una sola para todo el certamen, y puede ser concedida, indistintamente, a un pintor o un escultor —las otras secciones quedan algo postergadas en cuanto a esta medalla—, atendiendo a que su personalidad y obra merezca la suprema jerarquización.*

La última Medalla de Honor *concedida en Pintura fué la de José Gutiérrez Solana en la anterior* Nacional, *y en Escultura, la otorgada hace próximamente cuatro lustros al escultor cordobés Mateo Inurria. El pintor Solana, genial e incomprendido, había concurrido, no obstante, desde sus primeros pasos artísticos, a todas las Exposiciones Nacionales, llegando, entre admiraciones férvidas o repulsas biliosas, a la posesión de la* Primera Medalla, *en 1922. Sólo le restaba ganar el galardón de la* Medalla de Honor, *y en su busca acudía una y otra vez a las* Nacionales, *sin gran fortuna. El Jurado, reacio a reconocer el máximo mérito de este plástico y el de su compañero en opción, el gran pintor Vázquez Díaz, declaró desierta la Medalla de Honor correspondiente al certamen de 1943. Solana concurrió, a pesar de ello, a la Nacional de 1945, con cuatro obras fundamentales:* Los ermitaños, Corrida de toros en Castilla, Una visita *y el retrato de don Valentín Ruiz Senén. Antes de la apertura de la Exposición, quien firma este artículo, en compañía de los pintores Juan Barbero y Miguel Pérez Aguilera, visitó a Solana en su casa y estudio de la calle Reina Cristina, de Madrid, con ánimo de inquirir sus impresiones y esperanzas de aquella Nacional.*

—La Medalla de Honor no la darán *—nos dijo—.* El Jurado *—añadía con su excentricidad tan personal—* se hará con su importe una "paella", para comérsela allí mismo, en la Exposición.

Al preguntarle que si creía debía ser concedida a alguien, aseguró:

—Deben dársela al mejor, aunque sea un joven y no tenga nada.

Luego precisó su juicio:

—Deben dársela a Vázquez Díaz o a mí.

El genial pintor no tuvo la suerte de ver confirmados sus deseos. La muerte le sorprendió antes de que el Jurado calificador hubiese fallado el certamen. Los cuadros de Solana estaban allí, en el Palacio del Retiro; pero su nombre, en medio del de



RETRATO DE MI MUJER por Juan Miguel Sánchez.



MISTER STARKIE por Vázquez Díaz.



VERBENA Arias Alvarez.



SEGOVIA Redondela Alonso.



PIO BAROJA Menchu Gal.



PUEBLO DE PESCADORES Redondela Alonso.



DESNUDO. Moisés de Huerta.

tantos pintores vivos, acababa de pasar a la historia de la pintura universal: Solana, a los pocos días de morir, era premiado con la Medalla de Honor.

La muerte de Solana originó un movimiento de justicia en los medios artísticos. Los pintores Vázquez Díaz y Aguiar, que, con Hermoso y Soria Aedo, optaban también a la Medalla de Honor, se adelantaron a publicar sendas cartas en la prensa retirándose del derecho a obtener la preciada recompensa en favor del gran pintor fallecido. Todavía, dentro del mismo jurado de la Nacional, hubo algún voto contrario a la concesión de tan justo premio, voto que se apoyaba en la circunstancia de haber muerto el artista, argucia despejada con la consideración de que si el artista premiado había fallecido, la obra expuesta y concurrente había sido enviada por el pintor en vida.

Por lo que hace a la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1948, celebrada tres años después de la anterior, con un intervalo mayor que de costumbre por haberse celebrado en su intermedio y en los mismos palacetes la primera Exposición Nacional de Artes Decorativas, cabe señalar un tono general de muy subida categoría respecto de certámenes anteriores. Quinientas cincuenta obras de pintura, grabado o dibujo se exponen en el Palacete de Velázquez, primero de los dos en que se distribuye la Exposición Nacional. A más de estas obras, conviene contar, en lo que a datos sobre la producción artística española se refiere, las seiscientas que concurrieron con ánimos de ser expuestas en esta Sección de Pintura y que fueron rechazadas por el jurado de admisión. En la Sección de Escultura, instalada en el Palacio de Cristal, han sido expuestas hasta noventa y tres obras de escultores españoles. Las esculturas rechazadas por el jurado de admisión alcanzan el número de cuarenta. En Arquitectura concurren, con planos o maquetas, ocho expositores.

Destacan, entre las obras presentadas en Pintura, originales de artistas ya con fama que aún no alcanzaron Primera Medalla: Francisco Lozano, Juan Antonio Morales, Alberto Duce, Teresa Sánchez Gavito, Justa Pagés, Teresa Condeminas, Manuel Ramírez, Jenaro Lahuerta, Ricardo Macarrón, Prieto Coussent y otros. En Escultura, sobresalen los envíos de Ignacio Pinazo, Alfredo Felices, Martínez Penella, Carmelo Pastor, José Peresejo, Mustieles, Avalos, Vasallo y otros más que dan a la Sección un tono de buen decoro y avance artístico.

Optan a la Medalla de Honor los pintores Daniel Vázquez Díaz y Eugenio Hermoso y el escultor Moisés de Huerta. El primero muestra en su envío la madurez más completa y lograda de su arte. Su retrato ecuestre de Hernán Cortés y el del violinista Walter Starkie, director del Instituto Británico de Madrid, junto con un retrato de niña, sitúan a este pintor, muerto Solana, como la más alta representación de la moderna pintura española. Eugenio Hermoso insiste con sus obras en la voluntaria entrega a los temas y costumbres de su tierra extremeña. El escultor Moisés de Huerta presenta un desnudo de mujer, modelado en Roma en 1910, y su estatua ecuestre del Generalísimo Franco, realizada con destino a la Academia General Militar de Zaragoza.

Esta Nacional de 1948, como la de otros años, hace concebir ilusiones a muchos artistas y servirá para derribar, en el momento en que el fallo del Jurado sea conocido, más de una esperanza erigida sin fundamento. No son únicamente los premios oficiales, las medallas propias del certamen. Se discernirán también otros premios, como son la Medalla del Ministerio del Ejército y la de Oro del Círculo de Bellas Artes que, dentro de la Nacional, son también otorgadas.

El fallo de la Nacional de Bellas Artes de 1948 ha sido por demás ecléctico. En pintura, el valenciano Jenaro Lahuerta, en cuyo envío destacaba un retrato de "Azorín", finamente conseguido y de exacta aproximación fisiognómica, ha logrado una de las Primeras Medallas. Parejo galardón consigue el extremeño-portugués Adelardo Covarsi, y el sevillano Juan Miguel Sánchez, de cuyo invío preferimos un retrato de mujer de línea sentida y fina valoración cromática. Juan Antonio Morales, representante de la más joven escuela de nuestra pintura, obtuvo Segunda medalla. Su retrato de la señora doña María Manuela López Chicheri de Manzano es una lección de modernísima plástica. Segundas Medallas han recibido también el paisajista Francisco Lozano, Gabriel Esteve, Francisco Ribera, Enrique Segura y José María Labrador. Las Terceras Medallas fueron adjudicadas por el Jurado a Concepción Salinero, Teresa Sánchez Gavito, Alberto Duce —magnífico pintor cuyo envío encontró elogioso eco en la crítica y el comentario público—, Paulino Vicente, Agustín Redondela, autor de dos soberbios paisajes, Guillermo Vargas, José María Vila, Benito Prieto Coussent —quien presentó una imagen de Cristo realizada según los datos suministrados por la arqueología cristiana, pero que en su pintura no demostró más audacia que la fidelidad al documento—; Amadeo Fontanet, Solís Avila y Ricardo Macarrón. Mariano Moré y Pedro Mozos fueron propuestos para Segunda Medalla en una ampliación.

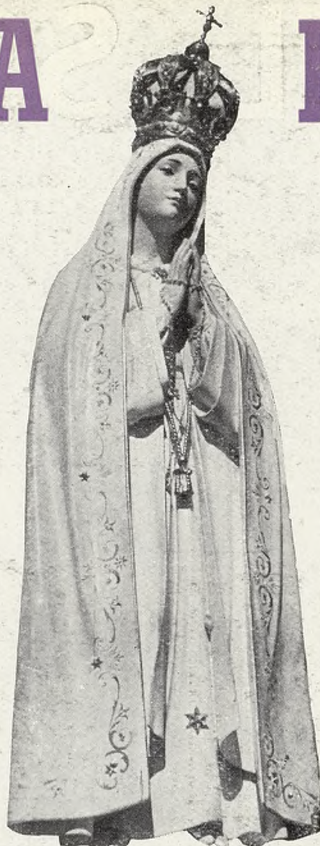
Las dos primeras Medallas de Escultura las obtuvieron Ignacio Pinazo y Vassallo. El magnífico envío del primero de ellos, un desnudo de líneas neoclásicas, y una estatua soberbia del pintor Pinazo Camarlench, justifican plenamente el galardón recibido. Fino y mediterráneo el desnudo de Vassallo, titulado "Gades". Las Segundas Medallas recayeron sobre el joven escultor Martínez Penella, Carmen Jiménez y el valenciano Vicent. Las Terceras fueron para Luisa Granero, Higueras Cátedra y González Clavero. Primera Medalla en Grabado ha sido Vila Arrufat; Segunda, Ernesto Furió, y las dos Terceras se distribuyeron entre Francisco Iñiguez y Julio Franco. La Primera Medalla de Dibujo se adjudicó a Jesús Molina.

Una última línea para consignar el anhelado fallo sobre la Medalla de Honor. En reñidísima lucha, y por la diferencia de un solo voto, ha sido otorgada a Eugenio Hermoso. Este fallo deja por esta vez sin el premio merecidísimo a lo largo de su obra amplia, españolísima y universal, al ilustre pintor Daniel Vázquez Díaz.

Nuestro propósito al referirnos a la Exposición Nacional de Bellas Artes ha sido más procurar una referencia de su ambiente, algo del perfume de su historia anecdótica, que establecer unos datos concretos, afilados de sutilezas críticas, acerca de las obras expuestas en la misma. La Exposición Nacional de 1948 puede resumirse, sin temor a yerro, como un pálpito total y buen expresador de la incansable e inspirada actividad de los plásticos españoles, cada vez más superados y seguros en el camino de sus ambiciones estéticas.

J U L I O T R E N A S

LA VIRGEN DE FÁTIMA PEREGRINA



Si este es el siglo del materialismo, y si la lucha general, en todos los órdenes, está entablada entre espiritualidad y marxismo, un hecho de milagrosa transparencia que parece rezagado de la crónica del Medievo se produce en la Península para confortación y confirmación de fe: la Virgen se aparece de nuevo a los hombres.

Fué antes de la Cruzada española por el ideal de la cruz y el rescate de la patria. Gente sencilla y labradora de la provincia de Cáceres se alborozó con la señal de que "se veía" a la Santa Madre de Dios sobre la tierra humilde. La prudencia de la Iglesia y lo inconcreto de la aseveración popular, más emoción que noticia, apagaron el rumor ferviente. Mas a pocos meses, en Iria, la Extremadura portuguesa, a poca distancia del terruño de Cáceres, unos niños, pastorcillos —¡Señor, qué tierna perseverancia en el símbolo de Belén!—, después de señales y avisos, hallaron en una cueva la imagen de la Mujer inmaculada, presentándose a los ojos mortales y ofreciéndose para la ventura. Era una talla pequeñita —todas las Vírgenes ibéricas son menudas, con la gracia, además, de la dimensión—: era también niña, blanca de vestidura, la cabeza inclinada, las manos en oración, unidas. El pueblo la denominó "de Fátima", por ser éste el lugar geográfico donde fué hallada; Fátima dejó de ser nombre moro para cristianarse.

Portugal, cuya entraña es jugosa del más dulce sentimiento, se conmovió en la raíz de sus siglos de campeón de la Verdad. Fátima, reverenciada, fué adoptada por Patrona. A millares acudieron los no desmentidos portugueses a la adoración. El viejo suelo noble se pobló de caminantes, que acudían a la cueva celeste. Fátima recogió entre sus manos, en ojiva de súplica, el hilo engastado de misterios del Rosario. Se la coronó, se hizo a su alrededor ámbito de flores y bendiciones humanas.

Y Fátima, removedora de la seguridad en Dios, obraba milagros: curaciones, conversiones, consuelos. La curiosidad fué sustituída por el entusiasmo; los grupos, por las muchedumbres. España acudió, asimismo, a la cita, y el contorno peninsular entero sirvió a Nuestra Señora de trono vivo.

Ahora Fátima se ha hecho peregrina. Sale valientemente de su iglesia-cueva y va a las ciudades y a las aldeas por sendas rústicas y ásperas serranías. Entra en las capitales supercivilizadas transidas de electricidad y de gasolina, dadas a los delirios del comercio, la fabricación, la polémica, la política, el armamento y el colosalismo; transita por veredas de trigal y viña y por autovías de automóvil y asfalto; se balancea a hombros de adictos por entre rascacielos o junto a chozas; se deja mirar por ojos incrédulos y contaminados de lo demoníaco; pasa, va hacia los horizontes, se acerca a la marina, acude a la pobreza de los barrios desesperados; pequeña, blanca, sencilla...

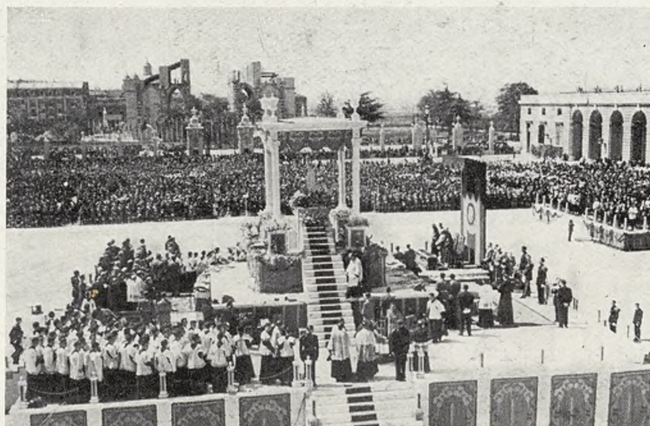
Ahora estuvo en Madrid esta Virgen caminante, hermana de las imágenes españolas, que también han dejado sus templos y ermitas para extasiar los campos y las urbes; como Desamparada, de Valencia, y las treinta Vírgenes de Levante que fueron a rodearla en su coronación; como la de Mallorca, que después de deambular por la maravilla de la isla, va a Roma, a la capital de la religión, a la roca firme de Pedro; como las Vírgenes procesionarias de la nación adonde vino, andando también y Ella en carne mortal, María, Madre de Jesús, y dejó en el Pilar la huella de su paso; pues desde entonces, España, la nación mariana arquetipo, saca en actos y alegrías, dolores y ruegos, sus Vírgenes de los camarines y la exalta al aire libre, sabedora de que para Ella el mundo entero es templo.

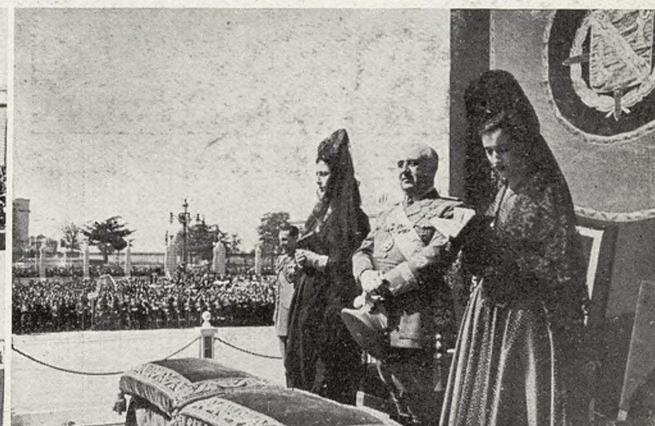
La tradición de las Vírgenes no circunscritas al altar, sino empinadas sobre el ancho altar viviente de los cuerpos humanos y de la Naturaleza, continúa con este viaje sublime de Fátima. Todas las Vírgenes de los pueblos de su andar abrieron la puerta de su sagrario y acudieron a emparejarse con la Aparecida, entre locos volteos de campanas, clamores en oración, nevada de pétalos, el ardor llameante de los cirios, las masas de gentes que acudían desde los confines. Al llegar Fátima a los arrabales de Madrid, medio millón de personas estaba de rodillas. Los balcones, enarbolados de banderas y luces; el aire, del color de esos mantos con densidad de cielo de las Inmaculadas de Murillo; en las pupilas, centelleos de amor sobrehumano. Los penitentes, heridos los pies descalzos o cargados con la cruz, la precedían, y jamás se conoció tanta unanimidad dos millones de almas, en el encendimiento y el hervor místico de un alma común.

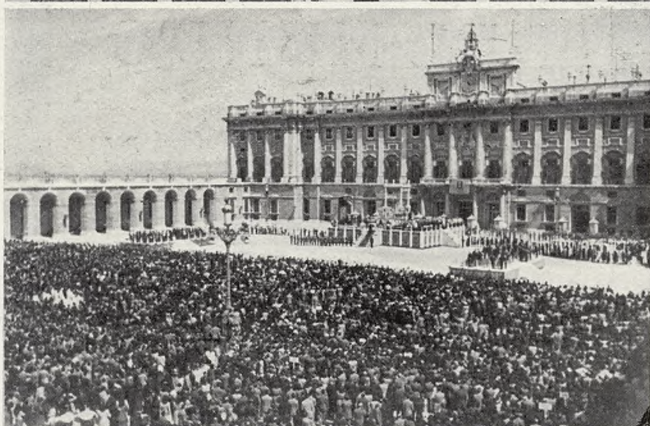
Una pobrecita de la carretera de Extremadura, barrio de operarios, arrojó a su paso lo que tenía: cinco palomas. Y he aquí un hecho inefable: las cinco palomas se posaron en las andas y allí permanecieron los días que la Señora estuvo en Madrid, impasibles a la constante granizada de flores, ni comer ni beber, sin que las ahuyentasen los gritos ni el rumor de oleaje de la multitud, desobedientes a los que querían separarlas. Una de ellas, prensada por la cantidad de flores, quizás herida por algún ramillete, murió sin abandonar su nido de elección; otra, cogida cuando la Virgen era trasladada desde la catedral a otra iglesia, regresó al altar donde Fátima había estado y quedóse en el punto, acurrucadita; las demás siguieron para Portugal, siempre en revoloteo alrededor de la Santísima o puestas en la peana, junto a sus pies.

La candente temperatura del catolicismo de España se ha reunido al fervoroso "Creo" de los portugueses en este crisol de la Pureza. Hace muchos años que Portugal y España, como otros países de la raza de los caballeros —de los "caballeros de la Virgen"—, ofrecen al mundo el ejemplo de lo que debería de ser un imperio de lo espiritual. Mantenedores de la paz entre catástrofes belicosas; dedicados a la colaboración, el afecto y la fraternidad entre odios, hostilidades y aniquilamientos; portaestandartes de la afirmación: que los valores morales han de sobreponerse a los económicos; implantadores de la justicia social, desinteresados de dominaciones, esclavitudes y exterminios del semejante; creyentes en un mundo iluminado por el Evangelio; servidores de los ideales del Bien y de aquella "política de Dios y gobierno de Cristo" de nuestro Quevedo, España y Portugal, más que nunca, son el refugio de cuantos no aceptan la apocalíptica destrucción de la cultura por la ciega crisis a que nos han llevado precisamente los incrédulos en la Virgen, los afiliados a herejías antimarianas. En la discordia ofrecen la cierta solución, que es la solución de los dogmas eternos. Propugnan la unidad, la concordia, la caridad, el honor, la fe, el servicio a principios del reino de Dios. Por ello, la peregrinación de Fátima desde sus montañas portuguesas a las llanuras centrales de España, tiene valor de alegoría: arco iris tendido sobre la tempestad, puente de vivas lumbres celestiales apoyado en las dos orillas donde el amor no ha sido zapado por el rencor, para que todos los pueblos contemplen cuál es el signo que indica el fin de la catástrofe y el momento de empezar a vivir la libertad, abandonando el arcarefugio. Fátima llama a todos los hombres de buena voluntad, para que no se destruyan en guerras crueles, a las normas con las que España y Portugal construyen: las que Cristo enseñó en el Sermón de la Montaña.

T O M A S   B O R R A S

















TRAS EL SOROCHE, LA PAZ









En la parte superior, una vista del monte Illimani, coronado de nieves perpetuas, y sobre alto pedestal, la imagen del Redentor. A las orillas del Titicaca, los indígenas bailan sus típicas danzas, tan milenarias como las aguas del lago.—El barco "Inca" en los muelles de Copacabana, población ribereña del Titicaca.—Otro aspecto del Titicaca, el lago más profundo y extenso de Sudamérica.

LA CAPITAL MAS ALTA DEL MUNDO

A Bolivia se pasa desde el Perú por el lago Titicaca, el más alto del mundo, a 3.808 metros. Un vaporcito —el "Ollanta"—lo cruza una vez por semana en cada dirección. Embarcáis en Puno, en cuyo muelle modesto os dejan los expresos, repletos de turistas, que bajan de Cuzco y de Arequipa. Corre poco el tren para llamarse expreso. Sólo trescientos cincuenta kilómetros dista Arequipa de Puno, y, sin embargo, el convoy tarda once horas. Desde las siete y media de la mañana en que abandonáis la ciudad blanca hasta las seis de la tarde en que divisáis las aguas azules del lago. Pero, ¡qué camino...! ¡Y siempre subiendo! Estabais en los 2.301 metros y a las pocas horas una placa os fija la altura de la estación: Crucero Alto, 4.470 metros. Aquí sí que sentiréis el "sorojchi". ¿Sabéis qué es? El mal de las montañas, una dolencia bastante rara. Podéis creeros inmunes en una ocasión, pero os alcanzará en la próxima. Al principio sentiréis dolor de cabeza, languidez, tos, vómitos, pulso rápido, respiración irregular. Ya os agarró el "sorojchi". La enfermedad puede acometeros en seguida o retrasarse; pero mientras dura, mal negocio. Hay quien muere de ella, aunque—tranquilizaos—la mayoría de los atacados se recobran rápidamente, si bien la dolencia puede dilatarse días y días e incluso reaparecer al cabo de semanas de aclimatación y buena salud. Tomad las cosas con calma, os aconsejan, y, sobre todo, algún remedio. Los hay múltiples. Sencillos y complicados, caseros y de receta, caros y económicos. Pero tomad alguno, y no os arrepentiréis.







Una llama se detiene frente a la puerta incaica del Sol, construída en Tihuanacu.—Una vista panorámica parcial que muestra las modernas construcciones de la ciudad de La Paz sobre el fondo de su parte antigua.—La moderna capital de Bolivia se prolonga al través de su avenida "16 de Julio", en la que se están levantando altos rascacielos de moderna traza que embellecerán, en breve, la ciudad.

A mí me iba ya doliendo mucho el corazón, aunque dicen que el corazón nunca duele. Se me debilitaba la vista y respiraba mal. Pero vino en mi auxilio un compañero de viaje, judío por más señas, que tuvo que abandonar Polonia, su país de origen, cuando la persecución nazi. Deshacíase el israelita en elogios a España por el buen comportamiento de su Gobierno con sus compatriotas exilados a la caída de Francia, mientras desahogaba su furor contra Inglaterra, "implacable perseguidora" de los hombres de su raza. El judío me recomendó un remedio casero y sencillo. Una taza de café bien cargado, en el que se exprime un limón. Con esto y las gotas de Cardiazol que tomé, por si el judío erraba, se me pasó el "mal de puna" ya llegando al lago.

Aquella noche había tormenta sobre las aguas azules del Titicaca. Los truenos y relámpagos parecían despertar la leyenda kolla de Huiracocha, el creador del orbe andino, el que para los aymarás formó la tierra, el sol y la luna y está ahora sepultado en las aguas que desde hace algún tiempo se retiran con sus peces, sus pájaros acuáticos y hasta las totoras, sin que el hombre de ciencia se atreva a explicarnos el prodigio.

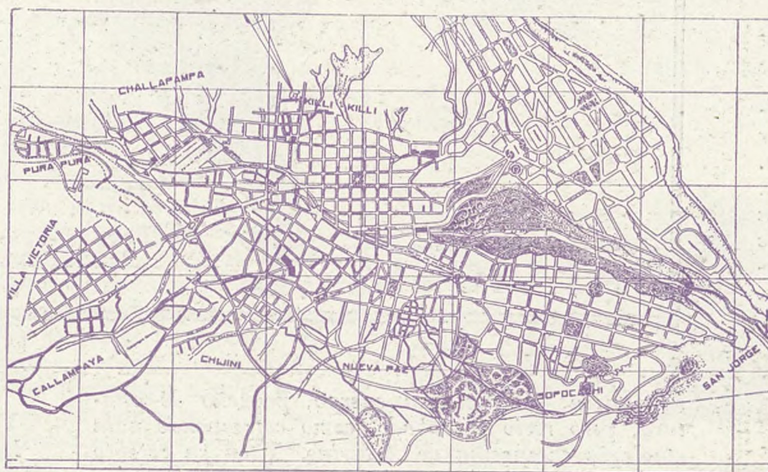
Daba sus buenos tumbos el vaporcito. Los pasajeros nos congregamos en el comedor. Eramos una austríaca, judía y divorciada; un norteamericano, tres chilenos, un boliviano, un venezolano, el polaco judío y un español. Iban, además, los chicos del Orfeón mejicano, que interpretaron varias canciones, entre ellas una muy hermosa a la Virgen de Guadalupe, que el polaco aplaudió a rabiar.

Andábamos ya lejos de Puno y aún estaba yo sobre cubierta admirando el paisaje. Había salido la luna, tras la tormenta, y los Andes parecían suspender en el azul inmenso sus eternos heleros. Por allí bajaron, según la tradición, descendiendo del sol, que era la diosa Inti —"el principio"—, Manco Capac y Mama Ollco, fundadores del gran Imperio de los Incas. Y aquí, en la vasta inmensidad del lago, cuyas aguas apalean ahora cada semana las ruedas del vaporcito inglés, construyeron los primeros soberanos las islas del sol y de la luna para santuarios de esas divinidades. Pero la leyenda se llevó a Huiracocha, a Manco Capac y a Mama Ollco. Sólo quedó el lago. Y la península de Copacabana, y en ella la imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, pequeña y morena como las mujeres incas. Porque un inca la esculpió, allá por el año 1580. Era un converso, devoto y fervoroso, que se llamaba Francisco Tito Yupanqui. Lloraba el pobre por no ser artista, y sus toscas manos no acertaban a modelar la imagen. Pero el prodigio vino. Una tarde sesteaba Yupanqui en su yacija de Copacabana, cuando cayó en un éxtasis místico y vió a la Señora. Envuelta en un manto blanquísimo, resplandeciente de extraordinaria claridad y mostrándole en su brazo izquierdo al Salvador. Yupanqui cayó de hinojos y oyó que sus manos podrían ya modelar la imagen con la perfección de un escultor. Y se fué a Potosí a trabajar como aprendiz en el taller de pintura y escultura de Diego Ortiz, el maestro. La imagen salió de las manos toscas del inca, pero el pueblo la rechazaba. Fué después que un artista de fama retocó el rostro de la Señora, que, como por arte milagrosa, quedó divinamente bello, cuando la Virgen de la Candelaria hizo su entrada triunfal en Copacabana, el 2 de febrero de 1583. Ha llovido mucho desde entonces, pero la Señora sigue en su Santuario magnífico, recibiendo el homenaje de los bolivianos.

* * *

Amanecía cuando avistamos la península de Copacabana. Entre unas brumas que simulaban encajes se fué hasta la noche la Cruz del Sur. Con el día saludamos al Illimani, que siempre presenta orlada de nieve su cresta airosa. Estábamos muy cerca de los 4.000 metros; pero aún nos quedaban más de 2.000 si queríamos coronar la cumbre del monte sagrado. A pocas horas de abandonar la embarcación en Guaqui, el tren os llevará al punto más alto. Le llaman precisamente el Alto, y antes se decía de Lima, porque de ahí partía el camino para la capital del virreinato. A vuestros pies, la urbe que fundara el 20 de octubre de 1548 el capitán de los Tercios hispánicos D. Alonso de Mendoza, y a la que le dió nombre el César Carlos V en aquellos versos que aún se leen en su escudo:

Los discordes en concordia,
en paz y amor se juntaron,
y pueblo de paz fundaron
para perpetuar memoria.





Arriba: Plano de La Paz y una de las numerosas y bellas puertas que se conservan en Bolivia, y en la que aparece la clara huella del plateresco español sobre el barroco de carácter local.

Ya estáis en La Paz. El guía os llevará por callejones estrechos que os recuerden la traza de cualquier ciudad andaluza. Entraréis en los "tambos", las posadas de acá, con su amplio patio en el que se abre el pozo para que abreven las bestias; sus galerías y un continuo trajín de huéspedes que os hará evocar los mesones castellanos. Luego veréis en la plaza a la llama y al indio altivo que protege su cabeza con el viejo casco de Pizarro; y a la "chola" con su "guagua" a la espalda, que os ofrece tejidos y bordados con reminiscencias lagarteranas. Los mercados tienen aquí mucho de zoco, con su algarabía de colores, sus tiendas al borde del arroyo, su jerga de lenguas y dialectos. A la puerta de las iglesias (portada bellísima de San Francisco con tantos resabios platerescos sobre el barroco local) veréis a los santones ciegos, siempre rezando, implorando la bendición de Dios para las "cholas", que, santiguándose a cada paso, aguardan, de rodillas al lado del santón, los efectos de las plegarias y depositan una moneda en el mugriento sombrero del invidente.

Fijaos en los pies del indio, embutidos en las abarcas o sandalias, de fabricación casera, adornadas con argollitas de cobre y aplicaciones de cuero en color, de reminiscencia morisca, con la gran hebilla de plata que lleva el águila bicéfala del Emperador Carlos V. Asistid a algún baile. Los danzarines visten trajes de terciopelo recargados de oro y se colocan unas monumentales caretas, símbolos de los vicios y pecados. Si tenéis tiempo, marchaos a Cochabamba a estudiar la rica cerámica en los cacharros de barro cocido, de noble forma, esmaltados de verde, que portan los indios. Alejaos hasta Potosí, el más importante centro artístico del alto Perú. Sobre sus 4.146 metros de altura descansa la villa imperial al pie mismo del Cerro Rico. Allí os aguarda "la perla de Bolivia", la portada de San Lorenzo, construída de 1728 a 1744, ejemplo magnífico de la mezcla de los símbolos cristianos e indígenas y de su interpretación americana.

No dejéis de bajar a Sucre, la aristocrática, la de los cuatro nombres (Chuquisaca, Charcas, La Plata, Sucre), para recrearos en las hermosas quintas de la época colonial, surgidas entre viñedos, huertos de frutales y jardines en distintos planos, porque la obra del hombre se armonizó con la Naturaleza y formó parte de ella.

Pero, sobre todo, pasead por La Paz. Despacio, sin apresuraros, que os fatigaréis. Sobre el alto, más todavía, un cielo azul limpísimo, nítido, puro. Y al fondo, la más bella decoración de la Naturaleza: el Illimani, con sus eternos heleros y su eterna amenaza. Enfrente, el Cristo que abre los brazos al perdón y al amor.

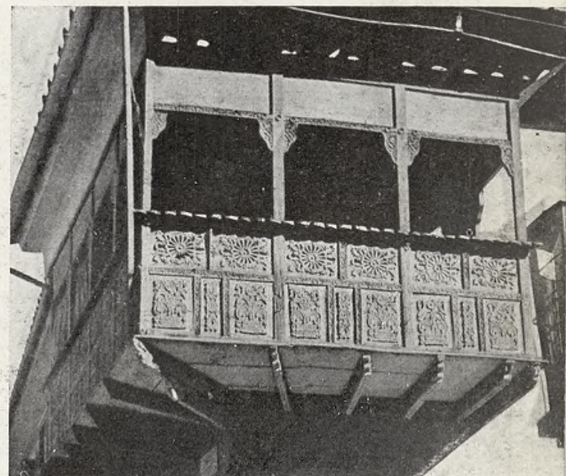
ANTONIO ORTIZ MUÑOZ



Portada de San Lorenzo, la "perla de Bolivia", construída de 1728 a 1744, según se lee en la inscripción tallada sobre el arco. Es una bella muestra de la mezcla de los símbolos cristianos e indígenas.



El "tambó" es una hospedería, muy barata, en la que se alojan los indígenas y también sus animales. Ya en los tiempos precolombinos existían los "tampús", rodeados de depósitos de víveres.



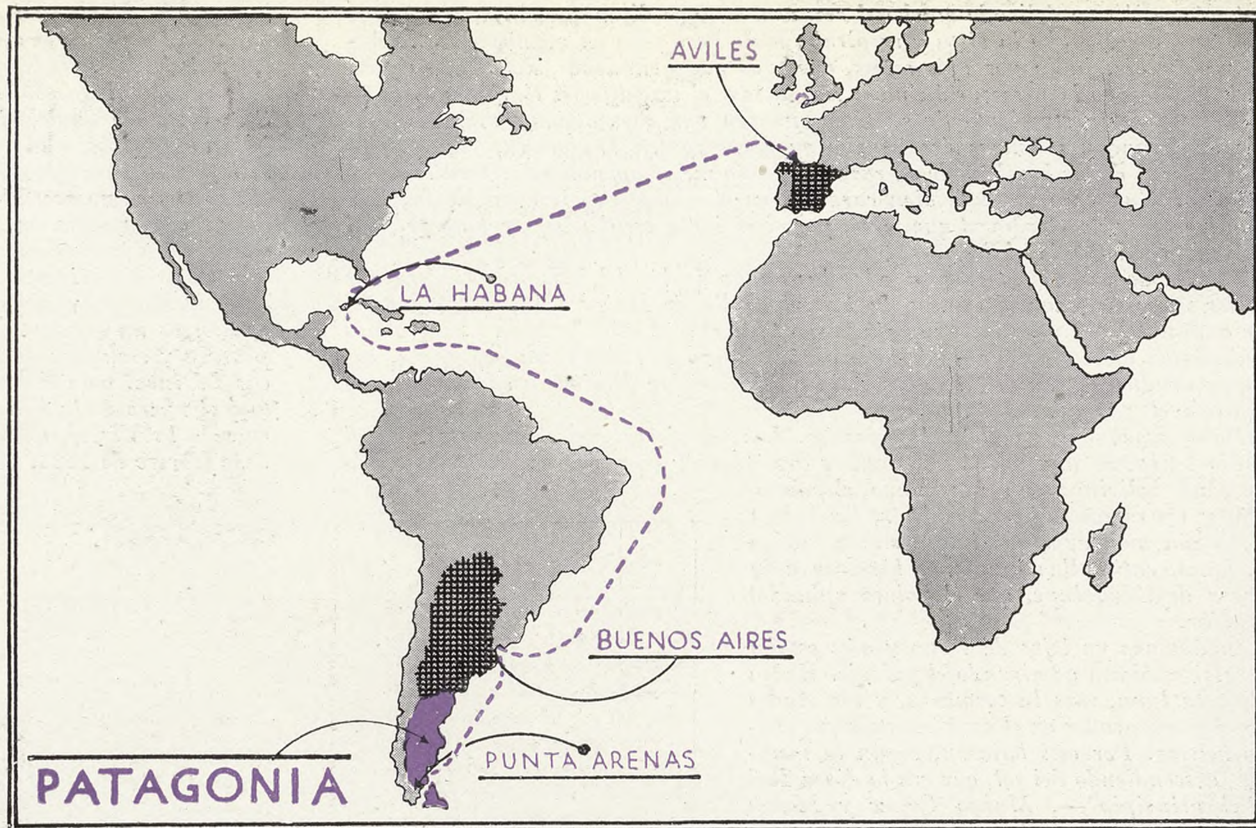
La capital de Bolivia guarda preciados tesoros de inspiración española. He aquí un típico balcón virreinal en un edificio de La Paz. Las magníficas tallas conservan su pureza a pesar del clima del Altiplano.

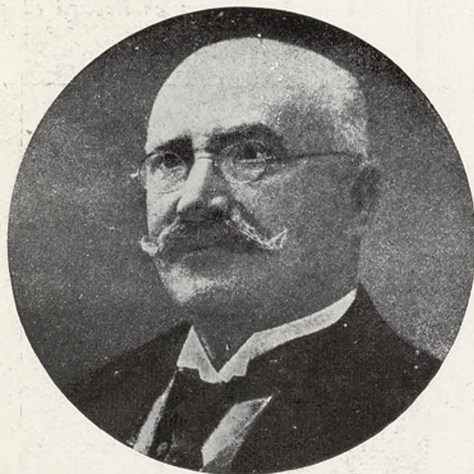
DE LOS VALLES ASTURIANOS
A
LA PUNTA MERIDIONAL
DE

AMERICA

LA GRAN AVENTURA DE JOSE MENENDEZ REY DE LA PATAGONIA

POR el valle de Avilés —concejo sosegado y folklórico de la Asturias marinera—, pasó por dos veces el meridiano de la gran aventura. El que pudiéramos llamar meridiano Menéndez. Fué primero uno, Pedro, el que salió de allí para fundar La Florida, en los tiempos heroicos de los galeones, los abordajes y las marchas estremecedoras a través de las selvas sin nombre ni geografía.





Fué después otro Menéndez, José, el que dió el increíble salto desde la ría avilesina hasta el dantesco territorio patagón, que Darwin calificó como "un error de Dios".

Pero Dios no yerra. Para demostrarlo, estaba predestinado José Menéndez. Nació el 2 de noviembre de 1846 en un caserío rodeado de hierba verde y vacas lustrosas, y hasta los catorce años fué un rapaz como otro cualquiera. Sabía cantar la canción del "Dengue" y bailar la Danza Prima. Sabía llevar el ganado a los sitios de buen pasto y empuñar la mancera para la siembra del maíz. Cogió nidos en los robles y pescó truchas a mano como los demás chicos de su edad. El pan de borona y la leche, que reventaba de vitaminas antes de que las inventasen, fortaleció su cuerpo, pequeño de estatura, pero recio y trabado, como corresponde a la etnología campesina de Asturias. Y en su cerebro —virgen de toda instrucción escolar—, una imaginación exaltada y bulliciosa.

Así, con el primer pantalón largo que se puso, fué hasta Oviedo en alegre coche de caballos y compró una maleta de cartón en el mercado de la plaza del Fontán. No existía allí aún el puesto de memorialista de "Tigre Juan", pero ya se vendían maletas para los emigrantes audaces. Con ella, y antes de cumplir los quince años, José Menéndez se embarcó en un bergantín velero de los que hacían el correo de Ultramar. Y sin que nadie lo advirtiese, partió con los bolsillos vacíos rumbo a la inmortalidad.

PRIMERA ETAPA EN CUBA

En la Cuba rumbera, caliente y musical, existían unos pequeños purgatorios llamados "bodegas", donde el emigrante primerizo tenía ocasión de purificarse de ilusiones excesivas y de toda clase de pecados de imaginación, que allá, en su tierra natal, le habían hecho soñar con un Potosí detrás de cada palmera. Estas "bodegas" o tiendas de comestibles, bebidas y quincallería, se agazapaban en los barrios populares de La Habana, y los quince o veinte mil duros de capital con que aspiraban a retirarse los dueños para morir donde habían nacido, era necesario amasarlos peso a peso durante largos años, de sol a sol, a cambio de una úlcera de estómago y la pérdida de la juventud.

Allí fué a parar el inexperto José Menéndez. Y allí supo de las jornadas de trabajo sin horario laboral. De las noches asfixiantes en la barbacoa, en compañía únicamente de una turba feroz de mosquitos tropicales. De lo que era acostarse con un pedazo de pan, otro de boniato y alguna raspadura de queso maloliente, de lo de ya imposible venta ni aun entre los negros cargadores del muelle. Allí supo, en fin, que el precio de la aventura imaginada no podía ser otra cosa que las canas en las sienes, la vejez prematura y una renta modesta a su vuelta a España.

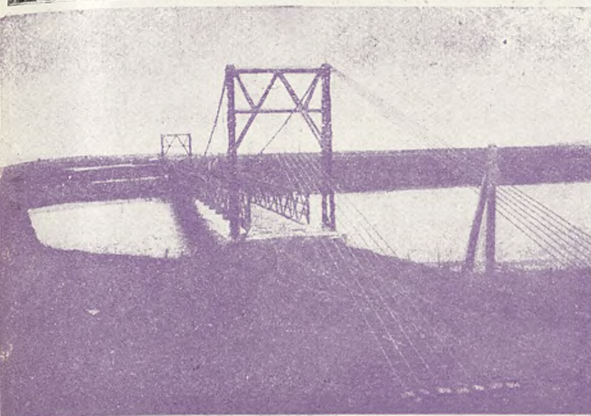
Por las noches, el infeliz emigrante oía desde su catre de folletín parisién los sones de las congas callejeras, el canto del manisero, la risa sensual y exótica de las mulatas, el rechinar de los carrerones en el empedrado, las olas que se estrellaban contra el Morro... Y de pronto se rebeló, y en un espectacular salto de funambulismo viajero, se plantó nada menos que en la Patagonia. ¿Por qué sintió dentro de sí José Menéndez la llamada de la predestinación? ¿Cómo es posible que hubiese escogido para sus hazañas colonizadoras aquel escenario espeluznante donde sólo moraba la desolación y la muerte?

EL CABALLO DE ATILA AL REVES

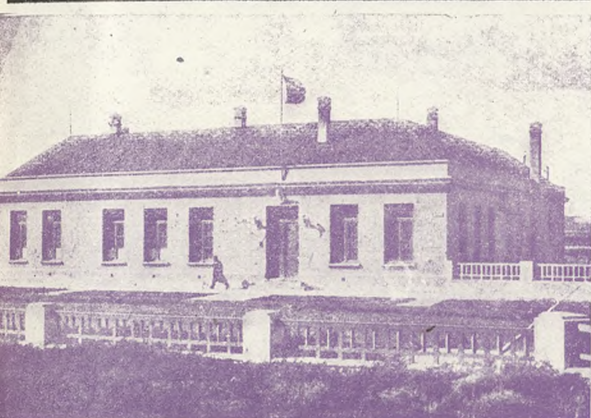
A mediados del siglo XIX, la Patagonia era todavía un territorio de novela de aventuras, perdido en longitudes y latitudes casi desconocidas. Duro, áspero, violento y hostil, azotado por los vientos buídos de los Andes y el Polo Antártico. Con indios, flechas envenenadas, fieras, reptiles, volca-











En la página anterior: un mapa que señala el recorrido de D. José Menéndez; la fotografía del ilustre asturiano y una panorámica de San Antonio (Argentina). En esta página: dos escenas y dos construcciones que recuerdan la vida del gran aventurero.

nes y una vegetación miserable y enfermiza. Digno paisaje para poner a prueba el esfuerzo y la voluntad. Escenario apto solamente para un hombre de raza y de muchas agallas.

Pero José Menéndez no se afligió ni se tapó los ojos horrorizado al poner pie en aquella tierra. Tampoco le impresionaron los terribles "ahouikankas", hombrazos de estatura descomunal, de procedencia araucana, que poblaban el país. Con talento y audacia se hizo respetar por ellos y pronto se convirtió en su jefe.

Después domesticó potros salvajes, luchó a brazo partido contra la naturaleza y la metereología, enderezó ríos, dominó torrentes e hizo fructífero lo árido y posible lo imposible. Por donde pasaba José Menéndez, todo se transformaba en signo positivo. Fué el caballo de Atila al revés. Convirtió las piedras en pan, y en agua los agresivos terrones de la atroz geología patagona. Una dramática batalla que ganó en contra de todas las previsiones y que dejó asombrado al mundo. Por aquel entonces, otro gran aventurero, Cecil Rhodes, plantó la bandera británica en la punta del continente africano y fundó la Rodhesia. Dos corazones, uno inglés y otro español, latieron al unísono en distintos meridianos del globo y rescataron para la civilizvción dos territorios salvajes e improductivos. Fué aquel un minuto estelar para la geografía y para la humanidad, en el que coincidieron los esfuerzos individuales y distantes de un par de personajes dignos de pasar a la historia por la puerta grande de las biografías heroicas. Por la puerta grande y a hombros de un Jack London o de un Ludwig.

José Menéndez, al llegar a Patagonia, se convirtió en un centauro, y él y su caballo fueron en adelante inseparables. Desde su silla de jinete audaz, vivió, amó y se hizo rico. Un día derribó los ingenuos ídolos que adoraban los indígenas e introdujo el culto católico, las leyes hispanas y las costumbres de su patria entre los patagones. Porque José Menéndez no era un aventurero cualquiera, sino un colonizador español. La colonización española constituyó un fenómeno especial, en nada parecido a los imperialismos absorbentes que llenaron de cicatrices la piel del planeta. España convirtió las selvas en naciones, los nativos en cristianos, las ciénagas en tesoros y la materia en palpitación espiritual. Hizo mayor de edad a un mundo, y cuando pudo andar por sí solo, le abrió las puertas del destino para que caminase sin tutelas ajenas.

LA MUJER

Aún tuvo tiempo José Menéndez para crear un hogar y una familia. La cósmica empresa de arrancar día a día a un terreno inhóspito la mayor riqueza de la época, no le impidió volver sus ojos al negocio del corazón. Podía haber tenido un harén como cualquier rajá ahito de esclavos y de piedras preciosas. Podía haberse convertido en señor de horca y cuchillo. Pero no lo hizo, porque llevaba dentro la pureza de las fuentes asturianas, la ternura de su cancionero y la fuerza lírica de las noches de San Juan. Y así, dió y recibió amor de una sola mujer y tuvo hijos y nietos de un mismo tronco, cuyas ramas se extienden hoy poderosamente sobre el mundo de las finanzas, las letras y las ciencias de la Argentina.

A su paso por Buenos Aires, trampolín necesario para dar el salto hacia el caos y el misterio que se deslizaba América abajo hasta topar con el Polo, conoció a María Behety, joven hermosa y culta, de ascendencia francesa. Ella le estaba esperando sin saberlo. En sus sueños de muchacha aguardaba por el hombre que le abriese el horizonte de la felicidad. No podía ser un hombre cualquiera. María estaba forjada también con materiales nada corrientes.

(PASA A LA PÁGINA 55)

Nuestros COLABORADORES



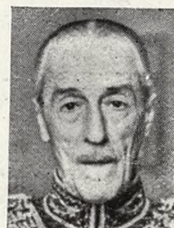
Treinta y cinco años cuenta este bilbaíno que promueve certámenes fotográficos en España y que por su cuenta acude a concursos peninsulares y extranjeros. José María Lara colabora además en numerosas obras y revistas españolas, y es uno de los "pioneros" de la fotografía en color. Fotógrafo por afición, por romántica afición, es el autor de la fotografía que figura en nuestra portada, en la que recogió un aspecto de la avenida de José Antonio, de Madrid, a las doce y cuarto del mediodía.



Bilbaíno como Unamuno, Lucio del Alamo—treinta y cuatro años—, hoy delegado nacional de la Prensa del Movimiento y director del diario "Marca", de Madrid, y antes director de Radio Nacional de España, es uno de los escritores de mejor pulso y de mejor pluma del actual periodismo español. Ha publicado algunos libros—tal "El último muerto de la guerra"—y fué uno de los más sagaces y brillantes cronistas de la última guerra mundial, desde el diario vespertino "El Alcázar", de Madrid.



Conocimos al director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Cuyo (Mendoza, República Argentina) en 1947, cuando, desde la tribuna o desde la prensa, nos hablaba de América o de Europa. Escritor extraordinario y magnífico conferenciante, Juan R. Sepich, considerado como uno de los primeros pensadores, conferenciantes y publicistas de América, es un entusiasta hispanista, y no hace mucho —en aquel 1947— realizó un viaje por España, donde pronunció, con gran éxito, diversas conferencias.



Hacer la biografía del Duque de Alba en siete líneas es como contar en siete páginas la historia de quinientos años. Miembro de la Real Academia de la Lengua, y de la de la Historia, y de la de San Fernando, y ex embajador de España en Londres, hemos de silenciar sus docenas de títulos—varias veces conde, varias veces marqués—y dar sólo este su nombre, tronco que suma muchas estirpes, y que si es el habitual, parece un tratado de genealogía: Jacobo Fitz-James Stuart Falcó Portocarrero y Osorio.



De José Miguel de Azaola, joven, conferenciante, vasco y periodista, se dice que fué director de las revistas literarias "Lar" y "Cuadernos del Grupo Alea", de Bilbao, y que es hoy redactor de "Egan", revista de idéntico signo y la misma raya del Abra. Pero también podría decirse que es un ensayista original sobre temas de este tiempo literario—de la llamada generación del 98 a los últimos poetas noveles—y que cabe sospechar que en su tarjeta de visita figure esta profesión: "Especialista en Baroja y Unamuno".



Este doctor en Filosofía y Letras luce el más fresco de los muérdagos, puesto que ha ganado el último Premio Nacional de Literatura de España, por su "Jornadas de Miguel de Cervantes". Vicente Escriyá, treinta y cinco años, valenciano y periodista, ha ganado también otros muchos premios con biografías, artículos y guiones de películas. Estrenó alguna comedia —p. e., "¿Dios con nosotros?" y son libros suyos "Tomás de Villanueva", "Una raya en el mar" y "Un hombre en tierra de nadie", entre otros.



Si nos emplazaran a señalar un nombre como ejemplo del mejor periodismo de la postguerra española, daríamos el de Ismael Herraiz —34 años—, hoy subdirector de "Arriba", de Madrid. Herraiz vivió la tragedia de Europa desde Berlín y Roma, y a sus crónicas de corresponsal de aquel diario dió el acento vivo, agudo e inesperado que sorprendía a los lectores cada mañana. De su estilo directo y su fuerza dialéctica salió "Italia fuera de combate", libro del que se agotaron veinte ediciones en unos meses.



Figura mundialmente conocida por sus estudios médicos, el Dr. Jiménez Díaz es catedrático de Patología Médica de la Universidad de Madrid. En 1946 dió diversas lecciones en la Universidad de Buenos Aires, y actualmente se encuentra en viaje por Norteamérica. Colaborador de las principales revistas médicas de Europa y América, el Doctor Jiménez Díaz ha accedido gentilmente a remitirnos un artículo sobre un tema que queda al margen de su magisterio, pero que domina a la perfección (página 43).



Este malagueño de treinta y un años dió mucha guerra en Madrid con la página penúltima de "La Estafeta Literaria", que firmaba "El Silencioso". "El Silencioso" era—es—Julio Trenas, que ya estrenó alguna comedia y publicó alguna novela. Julio Trenas colabora en diversos periódicos y revistas españoles, y fué redactor de "El Español" y secretario de redacción de la "Gaceta de la Prensa Española", donde publicó trabajos de investigación periodística. Ahora es redactor de Radio Nacional de España.



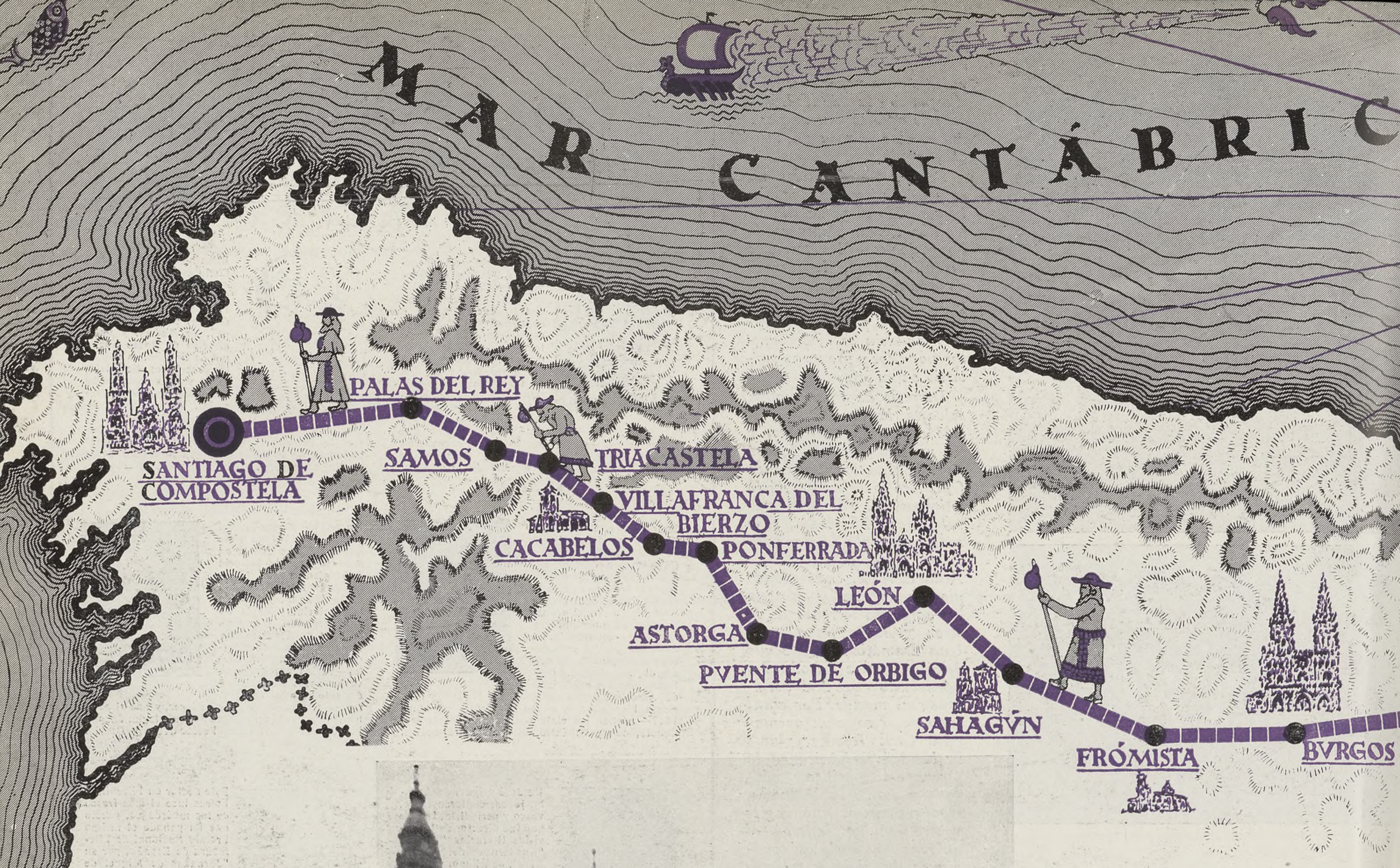
Si la juventud de Tomás Borrás encierra alguna clave fáustica que no podemos discernir, sí sabemos de las excelencias literarias y periodísticas de este hombre madrileño que hizo su primera crónica en tiempos de Segismundo Moret. Después, punto fuerte en la tertulia de "Pombo", con Ramón y Solana, estrenó comedias, compuso poesías y publicó cinco novelas y nueve volúmenes de cuentos: "Tam-tam", "La mujer de sal", "Polichinelita", "Checas de Madrid", "Buenhumorismo", "Sangre de almas", etc.



Sevillano y periodista de tiempo atrás—y también catedrático—, Antonio Ortiz Muñoz (nacido en 1906), redactor del diario "Ya", de Madrid, acaba de recorrer Sudamérica de norte a sur y de este a oeste. En cada meridiano hizo una crónica, y con todas juntas está haciendo ahora un libro: "Otro español en América". Descolgándose de los Andes hacia La Paz —tras el soroche—, por las alturas de Bolivia, escribió el trabajo que aparece en la página 48, con el que estrenamos a dicha nación en "M. H."



Periodista desde la Facultad, a Juan Manuel Vega Pico—treinta y cinco años—, se le escapa el acento céltico por lo lírico, y en el peculiar juego de sus palabras—él es asturiano—hay un fondo sentimental, nostálgico, húmedo... Ha publicado un libro de poemas, otro de crónicas y una novela, y una de sus comedias fué primer premio en el concurso del Teatro Español del año 1944. Ahora se dedica activamente al "cine" y es uno de los guionistas más destacados en la producción española.





EL CAMINO DE COMPOSTELA

ECCLESIA PEREGRINA

En los viejos tiempos sentían las gentes el anhelo de andar y ver como en nuestros días. Pero los caminos eran largos y fértiles en toda suerte de fatigas, así del cuerpo como del alma. De ahí que tratase de llenarlos de atmósferas de espíritu, y lo que hoy es mero turismo, solaz de la vista y al paso, era para ellos camino de perfección. Peregrinar por Cristo constituía la cima de toda santidad. "Carecemos aquí de estable mansión", había dicho San Pedro, y nuestro vivir debe cifrarse en un avance continuo, en caminar sin desmayo hacia el Señor, que si mora en los cielos, se le palpa en ciertos rincones de la tierra por modo directo.



JERUSALEN Y ROMA

Así nace la peregrinación y así nace la Cristiandad: oleaje de gentes y pueblos hacia el lugar santo, donde florece el milagro, como en el cielo florece la estrella o la flor en campos de abril.

Finalizaba el cuarto siglo cuando una monja gallega, soñadora y andariega, emprende las rutas de Palestina. Su curiosidad no tiene límites, y visita lagos y montañas, parajes solitarios y ciudades, los rincones todos en que puede encontrar huella alguna del Salvador. Girovaguear por Cristo era para ella adherirse y transformarse en él.

Por aquellos días todas las miradas se dirigían a los lugares bíblicos. Sus aires conservaban aún ecos del divino Maestro, y el fondo de las aguas estigmas de su rostro. Quien carecía de valor para tamaña peregrinación, paraba sus pies en Roma. No había escuchado voces del Rabí la ciudad de las siete colinas, pero sí las de sus más pegados discípulos, con el calor aún vivo en sus corazones. Y, al igual que en Jerusalén, un sepulcro con la rosa del milagro floreciendo sobre su lápida.

SANTIAGO BOANERGES

Pasan los tiempos y rubias melenas se descuelgan sobre los países cristianos, y befos labios de hereje impiden la llegada del peregrino a los lugares de la Escritura. Jamás había tenido años tan tristes y desconcertantes la naciente Cristiandad.

Pero de nuevo el milagro y otro sepulcro otorgándole bríos y atando un poco su unidad maltrecha. Una urna marmórea entre el bosque y una estrella en los aires señalándola al ermitaño.

Encerraba la urna el cuerpo de Santiago, hijo del Zebedeo y primo del Salvador Jesús, peregrino nueve siglos hacía por estas tierras. Era fogoso y atrevido como Pedro, y con él y su hermano Juan, fué testigo de los momentos más excelsos de la vida del Rabí. Cuando todos se dispersan para arrojar por el mundo la sembradura de la Buena Nueva, llega él a estas costas donde la tierra acaba y el sol pierde su brillo. Las márgenes del Ebro, los campos de la Bética y, por último, los bordes del mar incógnito. Luego vuelve a su país y su vida se convierte en roja flor por el martirio.

... Y EMPIEZAN LOS DIAS DE COMPOSTELA

Ruedan los siglos y ocurren hartas cosas en estas viejas tierras del Finisterre. Una iglesia va creciendo entre temores y temblores en Iria Flavia. El momento es angustioso, pues ronda el moro las cercanías, y sombras apocalípticas se ciernen sobre el horizonte del primer milenio.

Así las cosas, cuando el obispo Teodomiro grita la nueva del cuerpo recobrado. Los fieles del contorno se conmueven y afluyen alborozados al "Campo de la Estrella"—Compostela—, para postrarse ante los restos sagrados.

Así empiezan los días de Compostela. Primero los cristianos de la pequeña diócesis; luego el rey Alfonso con su corte asturiana; en seguida los devotos de todas las demás regiones peninsulares intactas al sarraceno; más tarde... la Cristiandad entera de un anhelo peregrinante hacia estos puntos donde el sol se pone.

Alfonso el Casto comunicó el hallazgo al Emperador de Aquisgrán y al Pontífice de Roma, enviándoles como testimonio de su escrito una parte de los restos sagrados. Y León III lanza la nueva al orbe entero: "Sabed, guías dilectos de la Cristiandad, que el cuerpo de Santiago Zebedeo, hermano de Juan, fué trasladado al Campo de la Estrella..."

QUIÉNES VENIAN A COMPOSTELA

Europa entera se llena de caminos que conducen a estas tierras donde el apenado encuentra dicha, el ciego la vista, anda el cojo y el poseso deja de serlo. Así hablaba un siglo después Alfonso III en carta al pueblo de Tours.

Venían a Compostela gentes de los países más lejanos y dispares, y no sólo fieles de Roma, sino súbditos del Patriarca de Antioquía y Constantinopla y de las mismas tierras paganas: cuantos sentían sobre sí el peso de la culpa y anhelaban desasirse de ella. El autor del Calixtinus nos lo cuenta en su prosa dulce y agradable: "Llegan de todos los climas del mundo, de la nación y fuera de ella, francos, normandos, escoceses, teutones, irlandeses, íberos, gascones, de Baleares, navarros, vascos, godos, provenzales, lotaringios, anglos, bretones, flamencos, frisones, del Delfinado, Saboya y Poitou, italianos, pulleses, aquitanos, griegos, armenios, dacios, noruegos, rusos, georgianos de Nubia, partos, romanos, gálatas, efesios, medos, toscanos, sajones, sicilianos, asiáticos, del Ponto, indios, cretenses, hierosolimitanos, antioquenos, galileos, sardos, chipriotas, húngaros, búlgaros, africanos, persas, alejandrinos, egipcios, árabes, moros..." Sigue el escritor mencionando algunos más, y, aunque influya algún tanto el relato escriturario de la venida del Paráclito, no cabe duda que sus palabras se aproximan a la realidad. Un nuevo Pentecostés se abría para la Cristiandad occidental, que la conduciría a través de los torvos vaticinios del año mil y le otorgaría ser y vida.



LAS RUTAS DE COMPOSTELA

Todos los caminos de Europa conducían entonces a Compostela, desde Irlanda y Suecia, las tierras del Zar, el Ponto y las costas azules del Mediterráneo. Se reunían al sur de los Pirineos, después de atravesar Tours, Poitiers y Burdeos, los que entraban por Roncesvalles; Saint-Gilles, Montpellier y Tolosa, Le Puy y Moissac, Vézelay, Limoges y Périgueux, las tres rutas que penetraban en la Península por el Puerto Cisere.

Puente de la Reina era el punto de confluencia en tierra hispana. Un hospital cuidaba de ellos y en él recibían indicaciones preciosas para proseguir el camino. En quince jornadas divisarían sus ojos el Pórtico deseado, y por él entraría la dicha en su corazón. Eran jornadas duras, y no siempre los moradores les guardaban el merecido respeto. Pero a su vera encontrarían hospitales y cenobios, prestos a aligerar su camino otorgando alivios a cuerpo y alma.

De Roncesvalles a Puente de la Reina, pasando por Jaca y Pamplona. De aquí a Nájera, y luego, por Santo Domingo de la Calzada y Montes de Oca, a Burgos, tierra de castillos y romances y cabeza del pequeño condado. Había en la ciudad numerosos hospitales para su albergue, aunque no habían surgido aún las cristerías y torres de su catedral con aires tan diversos de los que henchían sus pechos. Era otro mundo, un mundo de ojiva y nervio, movido por ideas que no entendían de peregrinaciones ni de otras muchas cosas del vivir cristiano. Con ellas desaparece la Cristiandad y brota Europa, revoltijo de ideas en pugna por ahogarla.

Seguía la ruta por Furnelos a Frómista; luego a Sahagún, y el día séptimo se llegaba a León, con la bella iglesia de San Isidoro y el hospital con caballeros de Santiago. De León, pasando por Puente de Orbigo, hasta Astorga; y enseguida a Ponferrada, Cacabelos y Villafranca del Bierzo. Preciosas tierras, monacales por esencia, con palpitantes recuerdos en piedras y sendas de San Fructuoso y San Valerio.

Por Villafranca se entraba en Galicia, y a través de Triacastela, Samos y Palas del Rey, se llegaba a Lugo. Dos jornadas más y sus pies pisarían el Monte del Gozo, desde donde contemplaban sus atónitas pupilas las suspiradas torres compostelanas. Largos meses, tal vez años, de devota romería, con mil peligros de alma y cuerpo, tenían aquí su meta. Pero bien compensado quedaba todo teniendo ante su vista el admirable Pórtico de la Basílica, con toda la gloria celeste en torno al Pantocrator y al Señor Sant-Iago. Era para él como una parusía de los días futuros. Angeles y querubes, patriarcas y profetas, apóstoles y evangelistas, y abajo, los poderes del Averno abatidos por esa Gloria.

CANCIONES E INSIGNIAS DEL PEREGRINO

Cinco siglos permaneció viva esta ruta compostelana, señalada en el cielo por especiales constelaciones y en la tierra por un tropel de gentes de toda lengua y rito que venía a expiar sus culpas o las ajenas, pues también se dió ese caso. Los cinco siglos más bellos de Occidente. No existían en ellos pueblos, sino un pueblo único, trabado por vínculos de fe. Todo dejó de ser al cesar los romeros a Compostela.

Aparecía bordado el camino por hospitales, castillos y abadías. En éstas se copiaban los viejos manuscritos y se salmodiaban loores divinos; en los castillos vibraba airoso el culto al heroísmo y al espíritu caballeresco, y en los hospitales se deshojaban las más tiernas flores de caridad en su servicio. Todos fueron fuente de romances y leyendas, de nuevas formas en arte y letras. En ellos nació o por ahí pasó, al menos, cuanto es cifra de la cultura occidental: arte románico, canciones populares, épicos poemas y amorosos versos, en vulgar y en la antigua lengua.

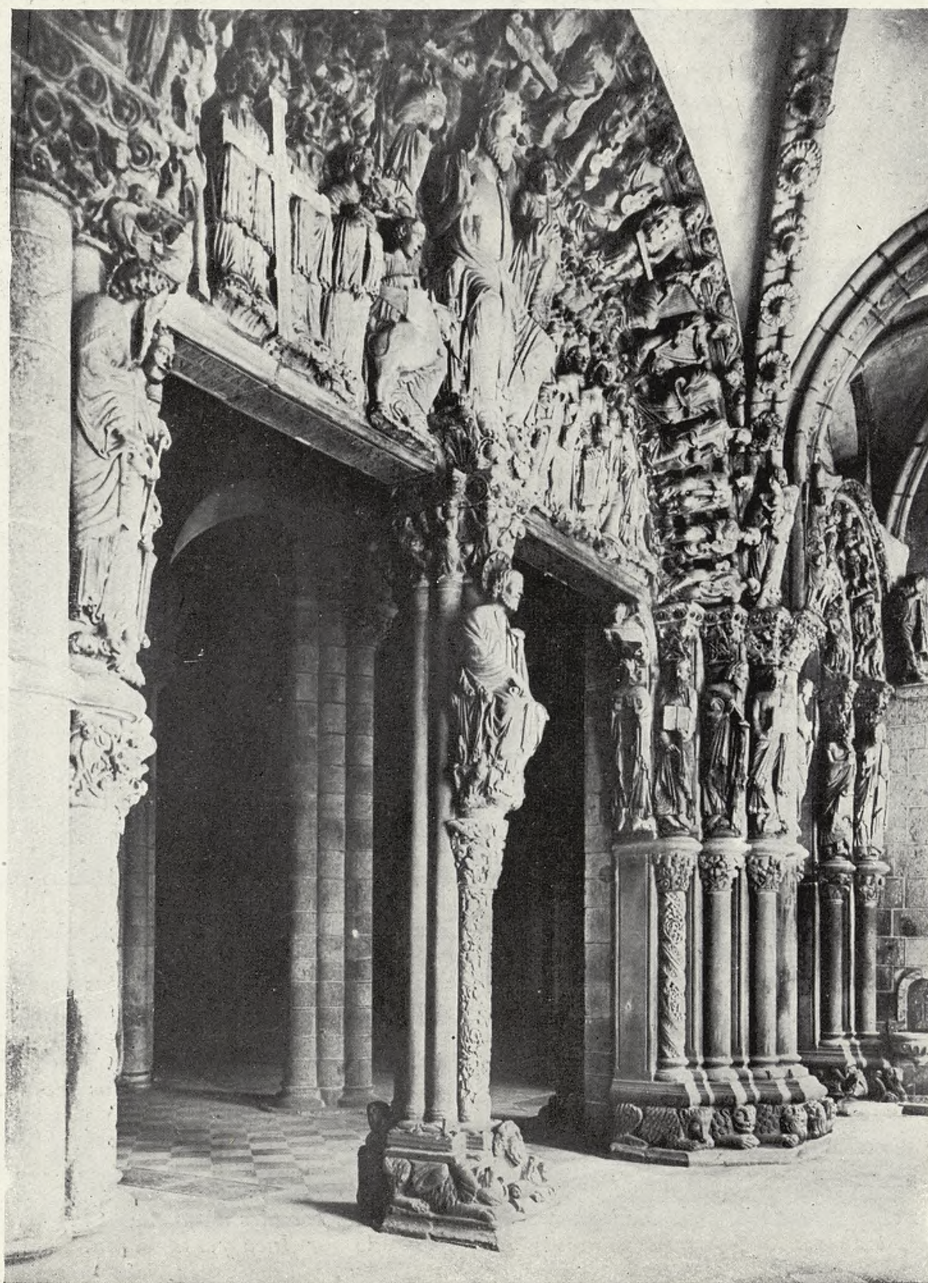
Todo lo trajo y lo llevó el peregrino jacobeo en ese incesante ir y venir, llenando los aires de Europa de plegarias y canciones. Algunas llegaron hasta nosotros en un latín casero y con el aroma del pueblo en sus rudos e ingenuos trazos. Los peregrinos flamencos la cantaban así:

Herru Sanctiagu,
Got Sanctiagu,
Eh ultreia,
Eh sus eia,
Deus, adiuva nos!

Distinguíase el peregrino de Santiago de cualquier otro romero por esos cantos y por las prendas que adornaban su cuerpo: escarcela, báculo y vieira, recibidos de mano sacerdotal antes de emprender el viaje. Abierta la escarcela, más apta para dar que para retener; el báculo para apoyar su cuerpo fatigado, y la vieira por ser el don del Apóstol al caballero aquel que le hizo visita en las profundidades del mar.

PEREGRINOS DE NUEVO

Cesan las peregrinaciones al desaparecer la Cristiandad con el Gótico. La fe se torna ojiva y dejan de ser colectivas la plegaria y la canción, haciéndose individuales. Ya no se buscará a Cristo horizontalmente, sino en un afán vertical o en los fondos del interior.



Viene luego el barroco, y tampoco Compostela grita su voz. La propia ciudad se acomoda a las nuevas formas, que cubren, cuando no arrinconan, los viejos estilos, tan graves, tan profundamente teológicos, tan genuinamente cristianos.

Así hasta nuestros días, en que empiezan a flotar ambientes antiguos, modos de piedad que se ignoraban o no se sentían centurias hace. La gran revelación de los tiempos nuevos—sabedlo bien, amigos—es ese espíritu de comunidad que nos hace sentirnos cuerpo y nos obliga a rezar en común, a la canción litúrgica, a la peregrinación en masa. Nada de individualismos, ni subjetivas maneras, sino Iglesia, que en ella está Cristo y todos somos hermanos.

Ved ahí por qué nos queremos de nuevo romeros, peregrinos con báculo y vieira a Compostela, y que torne a ser esa ruta de idéntica Cristiandad. Pues nada tan cristiano como esos jóvenes que llegan allí desde Roncesvalles o los que vienen de ultramar para ver también la estrella y postrar ante la urna santa los afanes de pueblos que nunca peregrinaron.

CÓMO DEBEMOS IR A COMPOSTELA

A Compostela, ciudad sagrada en el límite mismo de Europa, que aún guarda entre su vieja y preciosa arquitectura el fervor religioso y el vario colorido, abrumado de andadura, de innumerables peregrinaciones, debemos ir con el corazón abierto a la esperanza y la frente rendida a la predicación evangélica del andariego y santo Apóstol; que, asomado al mar, acaso soñó en otras lejanías que aún eran para el hombre insospechadas.

Compostela es una bella ciudad, una de las más bellas y emocionantes que ha labrado humano cincel. Pero debemos llegar a ella con verdadero espíritu compostelano. Y no es fácil calar en él, ni menos incorporarlo a nuestro ser. Se nos resistirá una y otra vez, como antaño Jericó. Nuestra constancia, empero, y la limpieza de mente y corazón lograrán perforar sus muros. Nada de entusiasmos románticos, ni siquiera estéticos, sino con el ánima en plegaria y dispuesto el espíritu para percibir los aleteos del Señor. Sólo así le encontraremos en su recinto, y luego de encontrarle a él nos encontraremos también a nosotros, que es el máximo milagro de Compostela y del apóstol Sant-Iago.

BIBLIOGRAFIA

En estas páginas serán comentados aquellos libros, recientemente impresos, que ofrezcan una estimable aportación a la cultura hispánica, y, también, aquellos otros, de cualquier procedencia, que entrañen un claro valor universal siempre que —en cualquier caso— nos sean remitidos dos ejemplares.

VESTIGIOS, ENSAYOS DE CRITICA Y AMISTAD, por PEDRO LAIN ENTRALGO.—E. P. E. S. A., MADRID, 1948.

Laín Entralgo, sin lugar a dudas uno de los más serios e interesantes escritores jóvenes de la España actual, ha recogido en este extenso libro, de más de quinientas páginas, esa obra desperdigada en periódicos y revistas, fruto de su

PEDRO LAIN ENTRALGO

VESTIGIOS

ENSAYOS DE CRITICA Y AMISTAD



EPESA

fecundidad intelectual y del cotidiano ejercicio de su pluma brillante y erudita, obra fácil y varia, que no por nacer al margen de la central y fundamental de su autor, deja de tener, en escritores sólidos como Laín, la consistencia y el interés del pensamiento maduro y trascendente.

"El arte de vivir la vida de quien no es "inerte" —escribe Laín en el prólogo— consiste en ir dejando vestigios bellos y perdurables sobre el suelo que extienden a sus pies la sociedad que le envuelve y la parcela de historia a que cada día despierta." Así explica el autor el acertado título del libro. Y en realidad muchos de estos "vestigios" de Laín son verdaderos vestigios, como quiere él en el prólogo, no en la perdurabilidad que les puede dar el libro, sino en la permanencia de su huella que, sobre el difícil y confuso terreno de nuestra actualidad histórica y espiritual, ha de servir para que los que vengan detrás puedan "rastrear" el camino verdadero. Cumplen de esta manera su misión, que es la única y verdadera justificación de su perdurabilidad en el libro, y reconocerlo constituye, desde luego, el mayor elogio que la crítica puede hacer de ellos.

* * *

CUARENTA JORNADAS EN ESPAÑA, por CARLOS LACALLE.—TALLERES GRAFICOS MONTEVERDE Y COMPAÑIA, MONTEVIDEO, 1947.

Con pluma ágil de periodista, el joven escritor uruguayo Carlos Lacalle describe en este pequeño libro las experiencias e impresiones de su viaje a España de junio a agosto de 1946.

Es éste un libro de crónicas, y así titula el autor a cada una de las tres partes en que se halla dividido: "Crónicas de un Congreso Católico en España", "Crónicas de la España actual" y "Crónicas de siglos y paisajes".

La primera parte se refiere al XIX Congreso Mundial de Pax Romana celebrado en Salamanca y El Escorial en junio y julio de 1946, y al que el autor asistió con carácter de observador. Destaca Lacalle, y fué sin duda lo más real e interesante del Congreso, la presencia de Hispanoamérica como una vigorosa unidad espiritual y de cultura, aun dentro del propio Catolicismo. Allí, en Pax Romana, se perfiló claramente, dentro de la comunidad católica internacional, la comunidad específica de las naciones hispánicas, cuyos delegados, desconociéndose unos y otros, se encontraron unidos en una comunidad más específica de problemas propios, de actitudes vitales, de matices de pensamiento y de formas históricas y culturales. "Sin haberlo previsto—escribe Lacalle—, sin contacto ni conocimiento anterior entre nosotros, sin vínculos previos, fuimos a definir un conjunto de cosas que no eran, en definitiva, mas que una declaración de filiación a la Hispanidad."

Las crónicas de la España actual son objetivas y sinceras, y, como declara previamente el autor en el prólogo, "no pretenden ser pedantescamente neutrales". Tratan, por el contrario, de convencer al lector de una verdad, la verdad de la España actual, tan desfigurada por las propagandas tendenciosas, y que Carlos Lacalle, "un uruguayo, un católico, un individuo de la Hispanidad, al que no mueve interés ni afecto hacia los partidos políticos de España", según su propia definición, ha visto, y más que visto,

40 JORNADAS EN ESPAÑA

Carlos Lacalle

sentido y vivido, y se cree en el deber, de hispanoamericano y de caballero, de dar a conocer y de defender con la noble pasión de su juventud.

La tercera parte de la obra la forman una serie de ligeras crónicas de factura lírica sobre algunas regiones de España visitadas por el autor en su rápido viaje.

En suma: es éste un libro de juventud viril y noble y un testimonio caballeroso de la verdad de la España de hoy y de siempre.

* * *

"CAMOENS Y CERVANTES", por OSVALDO ORICO.—EDITORA NACIONAL.—MADRID, 1948.

El conocido escritor brasileño Osvaldo Orico nos ofrece en este libro un interesante paralelo de la vida de los dos genios universales representativos de la cultura ibérica: Cervantes y Camoens.

El libro, que ya fué publicado en Chile en 1945, y cuya edición, revisada y aumentada, es la que comentamos, lleva por subtítulo: "Semejanzas de su vida y desemejanzas de su obra", que puntualiza exactamente la idea del autor, para que el



lector poco avisado no se sorprenda creyendo que se trata de buscar un absurdo e imposible paralelismo literario.

En lo que hay de vital y humano, y también de anecdótico y de histórico, en la existencia de Cervantes y Camoens, el paralelismo es verdadero, y resulta curioso e interesante seguir a Osvaldo Orico en su afán de descubrirlo y ponerlo de relieve.

La obra que comentamos es la de un devoto de estos dos geniales figuras de la literatura universal y de la unidad cultural ibérica.

Contiene el libro un índice muy completo de las ediciones del "Quijote" en todas las lenguas, desde la edición original de 1605 hasta las últimas ediciones del año 1945.

Obra amena e interesante, este libro con que Osvaldo Orico aumenta su ya numerosa producción literaria tiene el valor de servir al fortalecimiento de los lazos espirituales de la comunidad de nuestros pueblos ibéricos.

La Editora Nacional ha hecho una cuidada edición, ampliamente ilustrada con facsímiles y fotograbados.

LA GRAN AVENTURA DE JOSE MENENDEZ

(VIENE DE LA PAGINA 51)

Al cruzarse los dos, el asturiano y la francesita, intuyeron claramente que estaban predestinados para realizar unidos una misión excepcional. Y ninguno quedó defraudado. María vivió plenamente la realidad de su sueño. José encontró la mujer que necesitaba. Dulce y valiente, decidida y trabajadora.

Se casaron en la capital argentina. Ella dijo adiós a su familia, a sus círculos de sociedad, a la existencia apacible y fácil. Bajaron por el río de la Plata, y costeando el recorte geográfico de Sudamérica, desembarcaron en Punta Arenas. Allí construyeron la primera casa de mampostería y prepararon los galpones para las primeras ovejas. Fueron quinientas —traídas de las Malvinas—, que al cabo del tiempo se convirtieron en fabulosas manadas. Quedaba plantada la semilla de la gran ganadería patagónica.

EL TRIUNFO

Pasaron los años. El sol y la luna rodaron por el cielo magallánico en su eterno rigodón estelar. Inacabables extensiones de terreno se cubrieron de pastos y de cabezas de ganado. ¿Cuántos ejemplares triscaron por aquellas latitudes? José Menéndez perdió un día la cuenta. Cuando rebasaron el millón, fué ya imposible ejercer un registro de nacimientos. Y aquel millón creció y creció, hasta alcanzar números de ocho cifras. Y crecieron las riquezas, como la espuma de los dos océanos al juntarse fragorosamente en el límite extremo del continente americano.

Su comercio con el mundo empezó a adquirir un volumen realmente ciclópeo. El joven emigrante tuvo necesidad de crear una flota mercante propia, y sus barcos, con la bandera Menéndez enarbolada, cruzaron todos los rumbos de los mares. Eran navíos marineros y audaces, que llevaban nombres pre claras resonancias asturianas: "Covadonga", "Pelayo", "Nalón", "Naranco", "Musel", "Avilés"...

En todos los países llegó a conocérsele por el "rey de la Patagonia". Un rey cuya corte eran su mujer y sus hijos. El prestigio internacional de su firma brillaba por igual sobre los árboles señoriales de Hyde Park y el espejo fluvial del Sena que en los biombos de laca del Sol Naciente y en los cimborrios de las mezquitas turcas. Y en dos o tres lustros se convirtió en el primer exportador sudamericano de carnes, lanas y cueros.

Fundó establecimientos ganaderos en los territorios australes de Chile y la Argentina e hizo más que nadie por la amistad entre ambos países, que tuvo su base, precisamente, en aquellas primeras relaciones cordiales en que supo fundir a los organismos dedicados al negocio de la ganadería. Cuando, en 1899, los presidentes Roca y Errázuriz solventaron en Punta Arenas la espinosa cuestión de límites, el nombre del gran colonizador asturiano estuvo presente en todos los ecos de aquella trascendental entrevista, que acabó por desenredar para siempre la embrollada madeja de las graves fricciones fronterizas.

Y al conjuro de su taumaturgia para transformar en oro las piedras de los caminos, surgió como un milagro, sobre la corteza áspera y difícil de la Patagonia, toda una teoría de civilización y progreso que dará fe a la historia y a las generaciones, de lo que pudo la voluntad y el esfuerzo de un emigrante español. Se abrieron carreteras, se tendieron vías férreas sobre las cuales el primer silbido de una locomotora espantó hacia las sierras escondidas la fauna magallánica, y se construyeron viviendas con todas las comodidades y adelantos, que disfrutaban los habitantes de Buenos Aires. José Menéndez impulsó también la explotación de yacimientos mineros, levantó aserraderos mecánicos, instaló frigoríficos y centrales eléctricas. Y teatro y escuelas, hospitales y organismos de seguro social.

Y aún tuvo tiempo para convertirse en un hombre de espíritu cultivado, infatigable lector de buena literatura y poseído de una auténtica gula hacia los estudios de idiomas, en cuya especialidad descolló como un poliglota eminente.

Para pintoresco remate de su labor colonizadora, escogió el vértice extremo de sus dominios. Allí, al pie de las verdes aguas que limitan al sur el cabo de Hornos y empujan hacia el Polo la Tierra de Fuego, erigió a sus expensas, sin ninguna ayuda oficial, un monolítico monumento al descubridor del Estrecho. La lacónica, singular y orgullosa inscripción, dice hoy todavía así:

A MAGALLANES,

JOSÉ MENÉNDEZ.

Veintidós letras en la punta meridional de América, que hablan su idioma de piedra en lengua castellana para todos los vientos.

LA DESPEDIDA DEL HEROE

Cuando el "rey" de la Patagonia se retiró a Buenos Aires, después de dejar en alto y asegurada la continuidad de su empresa, era el poderoso señor D. José Menéndez, al que los gerentes de los Bancos y los capitanes de las finanzas le posaban respetuosamente sus sombreros de jipijapa. El muchacho avilesino, que había salido de su tierra con una maleta de cartón y una mano sobre otra, apareció trocado en una potencia económica y política. Llevaba en el corazón la victoria de su encumbramiento y la nostalgia de los prados lejanos, con el maíz alto y ondulante que movía la brisa cantábrica, y la

(TERMINA EN LA PAGINA 58)

Ahora soy el 322

(VIENE DE LA PAGINA 26)



dido la maldad de los hombres, tengo derecho a pensar que el mundo marcha mal, que el mundo se pierde sin remedio.

Porque a estos compañeros de ahora, desde el 1 al 325, les han robado, como a mí, su vida; les han asesinado por la espalda, a traición; les han robado su oficina, su casa, sus amigos. Todo. ¿Y por qué? Nadie lo aclara nunca. Todos responden las mismas palabras: "Está bien", "Está muy bien", "Todo tendrá fácil arreglo". Aquí no puede uno discutir con los enfermeros, ni con nadie. Todos dan siempre la razón y sonríen. Es la peor de las maldades. Creedme. La maldad refinada, astuta, fría, repensada. A veces creo que de seguir en esta situación acabaremos todos locos, si no lo estamos ya, a fuerza de pensar y pensar en tantas cosas.

Sólo una vez se han interesado por lo mío. Fué a los dos días de llegar aquí. El médico aquel de los quevedos de oro me hizo pasar a su despacho, me dió un cigarro y me dijo:

—Cuéntame lo que te pasó con la niña. Yo soy un buen amigo, hombre. ¿Es que no quieres ser amigo mío?

Me tendió la mano y yo entonces se lo conté todo. Me daba vergüenza, al principio, revelar un asunto tan íntimo. A Martita le disgusta que hable con otros de lo nuestro, pero al fin lo hice. A él debió interesarle mucho, porque no hacía más que interrumpir, aclarando y puntualizando los detalles.

—Perfecto—me dijo cuando acabé de hablar—; está claro, clarísimo.

—¿Está claro qué, doctor?

El entonces me dió unos golpecitos en la espalda, sonrió como si estuviera en el secreto de todo y respondió afectuosamente:

—Me hago cargo, Daniel. Me hago cargo.

Después me sacaron del despacho y me llevaron al patio con los otros.

Creo que no hace falta decir más. Aquel doctor es el único ser bueno de la casa. Me llamó por mi nombre, se interesó por mí y comprendió la tremenda injusticia que me hacían. Tal vez por eso no me han dejado verlo más. ¡Es una pena, porque seguro que hubiéramos acabado siendo muy amigos!

* * *

Martita me ha aclarado el secreto. Como todas las noches, al dar las tres campanadas en la torre negra de San Ginés, ha entrado de puntillas en la sala y se ha sentado a la cabecera de la cama. Desde que estoy aquí, parece más contenta. Si yo tuviera conciencia del tiempo, diría que ha crecido un poco. Pero esto no puedo decirlo, porque no sé siquiera si han transcurrido años o meses. Lo único que se salva en mi memoria es que tenía cinco años cuando estaba estiradita en la caja, vestida de rosa, con la boca apretada, muy fina. ¡No, no parecía dormida, como afirmaban los vecinos y todos los que vinieron a verla! Sé muy bien lo que digo. Martita, al dormir, abría un poco las aletas de la nariz, y entonces las venillas azules de las sienes se hinchaban levemente al compás del reloj: "Tic-tac. Tic-tac." Eso es. Y nadie sabía mejor que yo si parecía o no, dormida.

Al sentarse me ha mirado con sus ojos grandes, ojos llenos de un pavor extraño, muy antiguo, y me ha dicho:

—No tienes que preguntar más. He sido yo la que te he traído aquí. En casa nunca podíamos estar solos. El niño nos estorbaba siempre. ¿Aún piensas en él? Dime, ¿es que aún te acuerdas del pequeño?

Me pregunta esto, fijando en mí su mirada repleta de angustia. Temblando toda por el miedo.

—¿Aún te acuerdas del niño?—insiste.

Yo le respondo que no, que no me importa nada el niño. Y es verdad. Pero aunque no lo fuera tendría que decir lo mismo, porque sé que la mataría otra vez.

—Bien—contesta con la sonrisa en los labios—, hablemos ahora de lo nuestro.

Estoy seguro que al oirla habréis pensado en la crueldad de Martita. Os equivocáis ahora también, amigos. Como los que decían que dormía cuando estaba muerta. Martita es un ángel. Lo digo yo, que la he tenido mil veces en brazos temiendo que se me partiera como el vidrio. Lo digo yo, que he velado a la cabecera de su cama muchas veces y la he visto crecer, pálida y blanca, primavera tras primavera. ¿Qué no he hecho yo por esta hija, Señor? Todos tenéis fe ciega en los doctores, ¿verdad? Yo también la he tenido. La tuve hasta escuchar que Martita estaba desahuciada. En ese instante hay que sacar el valor de donde sea para enfrentarse con ellos y jugarse a cara y cruz una vida que tanto nos importa. Bien. Lo hice y no me arrepiento ahora de ello. A pesar de los gritos de Elena, a pesar de los consejos de todos, envolví a Martita en la manta de lana, cargué con el tesoro de sus cuatro años y comencé a andar y a andar, de noche, de día, hasta caer reventado en el último pico de la sierra. El aire puro, a toneladas, a cantidades fabulosas, estaba allí, aguardando los pulmones cansados de Martita. ¡Sesenta días y sesenta noches! ¿Es que alguno ha hecho otro tanto por su hija? Llegaron más tarde unos pastores y construyeron un refugio para que no nos empapara el relente. Después nos quedamos solos otra vez. Solos entre los pinos, solos con el sol, las luciérnagas, los grillos, la luna y las estrellas. ¡Y la tos de Martita! Y ese sudor extraño, inagotable, que pegaba sus cabellos lacios a su frente encendida por la fiebre. Hice esto y aún hubiera hecho más todavía por no perder para siempre aquella mirada suya, tan dulce y asustada. Os lo digo: ¡Nadie conoce a Martita como yo! ¡Ninguno dirá nada malo de ella!

Luego todos me dieron la razón. Como si a mí me importaran las razones, ni las risas histéricas de Elena, ni el comentario escéptico de los doctores. "Raro, raro", decían. Bien. Otros milagros ha hecho Dios y están escritos en los libros y nadie quiere creerlos, a pesar de todo.

Al año Elena dió a luz mi segundo hijo, y aquí comenzó la desgracia. Era fuerte y hermoso y braceaba mucho. Pesó muy bien los siete kilos. Eso dijo su madre, aunque no hay que creerla del todo, pues siempre exageran un poco en estos casos. El niño atrajo como un imán todos los halagos y atenciones. Ahora comprendo que su vitalidad era como un insulto en nuestra casa. Un insulto, sobre todo, para ella, para Martita, tan frágil y tan delicada. Recuerdo que el día del bautizo se esfumó de la sala y no apareció en toda la tarde. Cuando reparé en ello salí en su busca y no descansé hasta encontrarla. Estaba en el cuarto trastero con la luz apagada. Sus sollozos llenaban la sombra haciéndola más espesa e inquietante.

—¡Marta, Martita!—le dije, besándola asustado—. ¿Por qué has hecho esto?

—Toda la tarde os habéis olvidado de mí. Nadie me quiere ahora. Por eso estoy llorando.

Volvió a sollozar. Yo la apreté contra mi pecho. Creo que lloramos un poco los dos juntos.

—Me da mucha pena, papá—repitió—; ya sé que lo habéis hecho sin querer, pero no puedo acostumbrarme.

Desde ese día Martita ya no volvió a estar bien.

¡Se apagaba, se apagaba como una llamita! Lo veo ahora bien claro. Día a día, semana a semana. Lo veíamos todos sin concederle la menor importancia. Y ella, decidida a morir, tragándose las lágrimas a solas, aguantando las estúpidas gracias del pequeño, los comentarios de los amigos y vecinos, las odiosas comparaciones de la madre. Cuando el pequeño cumplió los seis meses, Martita entraba en la agonía. Entonces quisimos enmendarlo todo, cuando ya no cabía más que aceptar lo inevitable.

Murió abrazada a mí. En silencio. Cayéndole hilo a hilo las lágrimas.

—¡Habla, habla!—le gritaba al oído—. ¡Di por qué lloras, hija mía!

Hubiera sido mejor que no hablara nunca, porque cada palabra de ella la llevo aquí, rebotándome como una bola de plomo, del corazón a la garganta.

—¡El niño!—dijo, con un débil suspiro—. Ya veo que no me quiere nadie aquí.

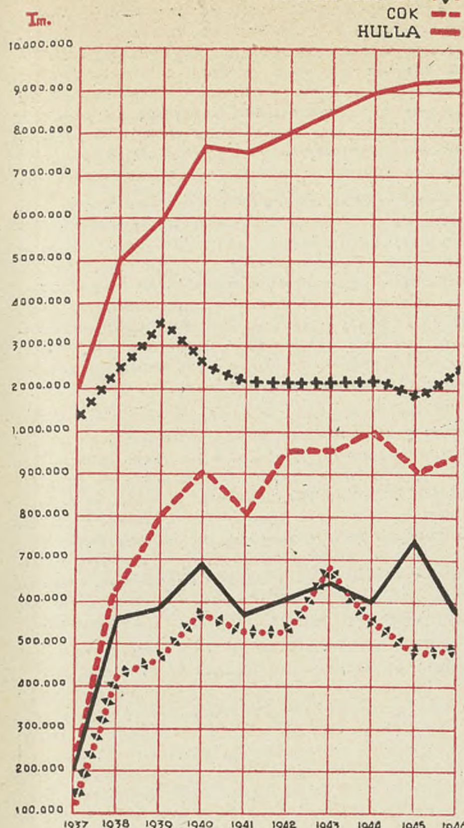
Mis besos, mis palabras, llegaron demasiado tarde entonces. Se las he repetido cien veces por la noche, cuando ella vuelve con su vestido rosa, a conversar conmigo. Ahora está segura de mí. Pregunta algunas veces, pero por puro afán de preguntar. Ella lo sabe, aunque no quiere que vuelva a la oficina ni que viva en casa con el pequeño. Le digo que Elena no tiene la culpa y que algún día tendré que volver forzosamente para hacer la debida justicia con el niño. Cuando el mundo torne al verdadero camino y cada cual cargue con su crimen.

Por eso, porque ella sabe de lo que soy capaz, creo que habrá enredado lo suyo hasta traerme a esta casa que aborrezco. No quiere comprender que me asfixio entre estas paredes blancas, sin ver el sol, ni el paseo, ni las manos de Elena, que me gustaban tanto. Pero algún día volveré. Seguro. Así me lo prometió solemnemente mi amigo: el doctor de los quevedos de oro.

VICENTE ESCRIVÁ

SIDERURGICA EN HISPANOAMERICA

(VIENE DE LA PAGINA 18)



de acero, de 594.700 toneladas en 1935, bajó a 169.329 toneladas en 1937, y de aquí pasó a 574.305 en 1941; 653.689 en 1943, y 575.362 en 1946; existe, pues, una estabilización en los últimos siete años. Otro tanto ocurre con el hierro colado, que de 541.100 toneladas en 1935, ha alcanzado en 1937, 1941, 1943 y 1946, unas 131.974, 535.743, 681.106 y 493.456 toneladas, respectivamente. No obstante, la producción media del quinquenio 1941-45 es superior a la del quinquenio 1936-40.

De todas formas, una vez se superen todas las dificultades actuales, motivadas por la escasez de chatarra y carbón, se duplicará la producción, ya que la capacidad de los altos hornos existentes en España sobrepasa el millón de toneladas de acero y el millón de hierro. Este es un dato importantísimo que no debe olvidarse para comprender no sólo la realidad de hoy, sino la posible realidad inmediata.

Los principales centros siderúrgicos se encuentran en tres zonas: Vizcaya, Asturias y Levante. En Vizcaya, los altos hornos más importantes están en Baracaldo, Sestao, Santa Agueda y Recalde. Los dos primeros son los mayores de España y ocupan más de 100 hectáreas, cerca de Bilbao. En Baracaldo hay dos hornos altos, con una producción por horno, en régimen normal, de 330 toneladas por día; tres convertidores Bessemer; cuatro hornos de acero Martín-Siemens, de 80 toneladas; un tren de laminación "Blooming"; trenes reversibles y un taller de acabado de perfiles que ocupa 16.000 metros cuadrados. La fábrica de Sestao posee tres baterías de cok, de las cuales la principal, sistema "Otto", está formada de 60 hornos; hay también cuatro hornos altos para lingote; cinco hornos de acero Martín-Siemens y uno eléctrico; trenes de laminación, que ocupan una superficie de 38.000 metros cuadrados, y otros talleres y medios auxiliares, todos ellos con un gran perfeccionamiento. Las fábricas de Santa Agueda y Recalde son asimismo de gran importancia, sobre todo si se considera que su material es ultramoderno y que produce aceros especiales al cromo, vanadio, molibdeno, etc., de la máxima calidad.

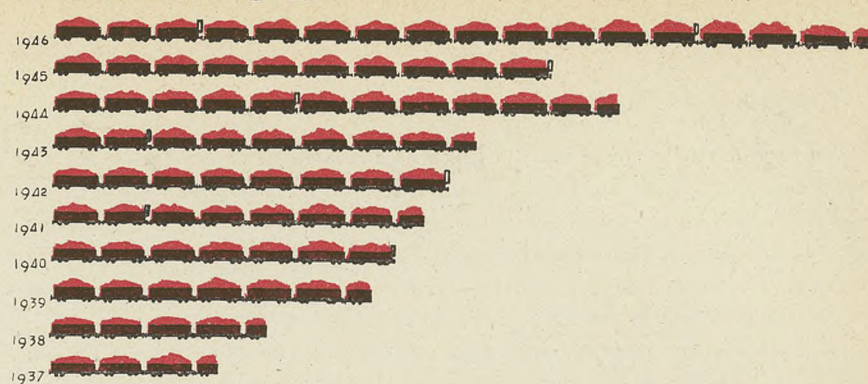
En Asturias, los altos hornos de más volumen pertenecen a la Duro-Felguera, que es, por otra parte, la primera productora de carbón de España. Se encuentran en continua ampliación, siendo así que el horno número 2 es la unidad más moderna de España. Asimismo en los alrededores de Gijón existe otra cadena de fundiciones, cuya producción es considerable.

En Levante, el grupo principal pertenece a "Altos Hornos de Vizcaya", propietaria de las instalaciones de Baracaldo y Sestao, y se halla emplazado en Murviedro, antepuerto de Sagunto. Ha sido una de las obras más discutidas del país, ya que está alejada más de 200 kilómetros de los más próximos yacimientos de materias primas; no obstante, es el segundo grupo siderúrgico de España, y su capacidad de producción se eleva a 181.400 toneladas de acero y 152.700 toneladas de laminados, cifra que se obtuvo en 1929.

Por lo que se refiere a las materias primas siderúrgicas, la realidad española puede esquematizarse así: grandes disponibilidades de mineral de hierro, dificultades en el aprovisionamiento de carbón coquizable y grandes reservas hidroeléctricas. De todos es sabido que España ha sido tradicionalmente uno de los primeros exportadores de hierro del mundo, hasta el punto de que de las 231.800.000 toneladas extraídas desde 1900, se han exportado 191.269.000 toneladas. Esta cifra ha afectado, sobre todo, al mineral llamado "rubio", que era el de mejor calidad. No obstante, las reservas actuales tienen un gran volumen y se encuentran localizadas en las siguientes zonas: Vizcaya-Santander, Asturias-León-Galicia, Teruel-Guadalajara, Granada-Almería y Protectorado de Marruecos. En la primera, los yacimientos de "rubio" sólo se estiman ahora en unos 20 millones de toneladas, pero las capas de carbonatos son mucho más ricas; ha producido unos 200 millones de toneladas desde 1860, de las cuales la mayor parte salió desde el puerto de Bilbao hacia el Extranjero, creándose una ruta marítima cuyas cabeceras eran: de un lado, Bilbao, y del otro, Middlesborough, Newcastle, Cardiff, etc. Estos criaderos alimentan las fábricas de Vizcaya y Santander y un número considerable de las de Asturias. La zona Asturias-León-Galicia constituye el centro natural de expansión de la siderurgia nacional, por su inmensa riqueza de hierro y carbón. Sólo en el coto Wágner se ha llegado a estimar unos 200 millones de toneladas de hierro en reserva. La gran dificultad de que este hierro sea silicoso motivó que se considerase poco económico durante largo tiempo; pero esta deficiencia queda completamente superada por la técnica, y no podrá seguir constituyendo un serio obstáculo.

Las cubicaciones hechas en la zona Teruel-Guadalajara acusan una existencia de 70 a 90 millones de toneladas, cuyo destino natural está en los altos hornos de Sagunto; a este fin hay una línea férrea de más de 200 kilómetros.

(PASA A LA PÁGINA 58







Arriba: Producción de acero por país y año; cada vagón equivale a 20.000 toneladas de acero.—Abajo: Producción de acero en los altos hornos de México, Brasil y España durante los años 1937, 1941 y 1946. En rojo, total de la producción en cada uno de dichos años.

TOTAL 260.000 Tm. 1937

MEXICO 20.000 Tm. — BRASIL 70.000 Tm. — ESPAÑA 170 000 Tm.

TOTAL 150.800 Tm. 1941

MEXICO 90.000 Tm. — BRASIL 160.000 Tm. — ESPAÑA 500.800 Tm.

TOTAL 1.100.800 Tm. 1946

MEXICO 250.000 Tm. — BRASIL 350.000 Tm. — ESPAÑA 500.800 Tm.

LA GRAN AVENTURA DE JOSE MENENDEZ

(VIENE DE LA PAGINA 55)

hierba jugosa de los valles nativos junto a la caricia de los ríos y la bruma de la niebla. El, que lo tenía todo, añoraba las tortas de borona y los vasos de leche fraguados en las ubres generosas de las vacas asturianas. Y las rosquillas de manteca de las romerías. Y los "voladores" de las verbenas de San Agustín. Y el campo de la iglesia. Y el olor de las sardinas recién pescadas y de los lagares con la primera sidra dulce de la cosecha...

El poderoso Sr. Menéndez fué dejando insensiblemente en manos de sus hijos el cuidado de las cuentas corrientes. En sus ratos de ocio, descansaba a lomos de un caballo patagón que se había traído consigo. A caballo le sorprendió la muerte, y a caballo saltó el último horizonte de la vida.

En las noches misteriosas de la Patagonia, su fantasma de centauro cruza aquellas viejas tierras de sal y de aventura. Los "tevelches" y los "penks" oyen muchas veces abrevar su cabalgadura en las orillas del lago Cupar. Y las comadres "ahouikankas" cuentan a sus hijos la historia ejemplar, heroica y apasionada del "señor". Porque D. José Menéndez no ha sido ni será más que eso en la Patagonia: el señor por antonomasia.

Y ahí queda, para las linotipias, el material de una fantástica biografía, donde un ejemplar ilustre de la raza española que descubrió mundos y gestó naciones se ha hecho digno de figurar en la galería de figuras para las cuales fué pequeño nuestro planeta y ofrecieron a la humanidad y al mapa mundi el épico regalo de una hazaña inmortal.

J. VEGA PICO

LA INDUSTRIA SIDERURGICA EN HISPANOAMERICA

(VIENE DE LA PAGINA 57)

La zona Almería-Granada posee minerales de magnífica calidad en Serón y Bacares. Y, por último, las minas de Beni-Bu-Yfrur constituyen una fuente de exportación de primer orden; sus medios mecánicos permiten una extracción de un millón de toneladas, cifra que se consiguió ya en 1936.

La producción total de España ha sido de 1.269.742 toneladas en 1937 (excluída la producción de Marruecos), 2.273.755 en 1941, 2.135.442 en 1943 y 2.383.532 en 1946. Hay, pues, estabilización, pero ésta terminará cuando se solucionen las dificultades del comercio mundial y de la industria española.

En carbón, la producción ha ido en constante aumento. Se obtuvieron 2.293.000 toneladas en 1937, 9.594.000 en 1941, 10.693.000 en 1943 y unos 12.000.000 en 1946. Sin embargo, la hulla coquizable no se produce en suficiente cantidad para mantener un funcionamiento a plena marcha de los altos hornos existentes, los cuales se auxiliaban antes de la guerra con importaciones procedentes de Cardiff. Se ha realizado un gran esfuerzo y actualmente comienza la construcción en serie de mezcladoras, como medio de conseguir un coque aceptable combinando calidades diversas. Entre tanto no se realicen, el Tratado comercial y de pagos rubricado con Inglaterra el próximo pasado día 13 de mayo, prevé la adquisición por España de 750.000 toneladas de carbón, y con este abastecimiento podrá reemprender la expansión de nuestra siderurgia.

La producción de coque metalúrgico ha sido de 203.241 toneladas en 1937, 802.261 en 1941, 959.734 en 1943 y 942.890 en 1946.

El Instituto Nacional de Industria, en contacto con varias Casas particulares, está proyectando la instalación de nuevas fundiciones, que se concentrarán fundamentalmente en Asturias. Se quiere montarlas cerca de los yacimientos de hierro y carbón del norte de León y de aquella provincia.

En la iniciativa privada destacan las ampliaciones que se han hecho en las plantas antiguas y las obras que se están ejecutando por la "Siderúrgica Asturiana" en la ría de Avilés, cerca del puerto carbonero de San Juan de Nieva, para levantar una gran fábrica productora de hierro por el sistema Renn-Krupp. Es el primer intento que se hace en España para beneficiar minerales siliciosos, sin necesidad de consumir el coque típico. Este procedimiento es el comienzo de una revolución industrial que se va a operar en el país.

E. LARROQUE

LOS LECTORES también escriben

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido MVNDO HISPANICO o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos esta columna para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enjundiosas u ocurrentes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que a juicio de la Revista merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterelidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de MVNDO HISPANICO en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

* * *

Sr. Redactor-Jefe de MVNDO HISPANICO.
Ciudad.

Muy señor mío:

Me he enterado de la publicación aparecida en el número de mayo próximo pasado de MVNDO HISPANICO de una carta de la señora María de Diego A., escrita en Guatemala. Debo decirle que su lectura, como guatemalteco, me dejó un tanto sorprendido. Creo que cualquier persona que la lea sin conocer aquel país, pensará que se trata de un lugar muy semejante a algún retazo de ébano perdido en el corazón de Africa, donde la gente vive a flechazos y punta de lanza y disparos de cerbatana; donde el atrevido que osa aparecer en su seno, ve de continuo amenazada su vida por peligros sin cuento. Y el lector desprevenido se forma—como ha sucedido—un criterio muy diferente del que le produciría el contacto directo con la realidad.

En efecto; al relatar su "extraña existencia", la señora de Diego desliza una serie de aseveraciones que, a fuer de caballero, no quiero calificar de estrambóticos, aunque es cierto que la propia autora me disculparía, ya que ella misma tilda de "extravagante" su vida.

"Me fuí completamente sola a Chichicastenango", dice uno de los parágrafos de lo que quiso ser su "curriculum vitae". Qué audacia increíble, se pensará cándidamente. Pero ella olvidó decir —quizá le pareció detalle sin importancia—que Chichicastenango es un pueblecito ingenuo, manso y dulce, recostado en las cumbres del Quiché y unido a la capital de Guatemala y a las cabeceras departamentales aledañas por espléndida red caminera y provisto de magnífico hotel. Por su facilidad de comunicaciones, el encanto de su paisaje y clima, y su delicioso sabor típico, se ha convertido desde luengos años ha en la Meca del turismo. La expresión que comento vendría a ser idéntica a la de alguna señora americana que se vanagloriara de "haberse ido completamente sola a Aranjuez, o Segovia, o Toledo".

"Allá me vi sorprendida por el recibimiento afectuoso—sigue diciendo la señora de Diego—que me hicieron las indígenas maya-kichés, ya que ellas, que son incapaces de hablar con nadie, estuvieron a mi lado con una traductora." Esta afectuosidad que sorprende a la ilustre visitante, hace pensar que ella imaginaba muy otro recibimiento, lo que no es sino desconocimiento del ambiente. Los indios de Guatemala son afables, sencillos, obsequiosos. Es falso el que sean incapaces de hablar con nadie. Son reservados, claro es, un poco por defensa; pero hablan, además del idioma aborigen, el castellano, al que llaman "la castilla", y si nos descuidamos, hablan asimismo el inglés, por la afluencia de turistas norteamericanos, precisamente a Chichicastenango.

"Jamás un maya-kiché permite que se pise su hogar por ningún extraño", dice a continuación la señora de Diego. Es arriesgado, ante problema tan hondo como el del indio de América, erigir cátedra y lanzar aseveraciones dogmáticas. Una de las razones que han perdido a nuestro indio, como raza y como sentido de nacionalidad, es justamente su afabilidad ingenua, su ingénita hospitalidad, que ha abrigado siempre a forasteros, curas, guerreros y caudillos, dejando que el sello de su raza vaya desintegrándose lentamente.

Parece que la señora de Diego se encuentra traduciendo el "Popol-Vú", la biblia sagrada de los Quichés. No dudo que Guatemala y su gente—yo entre ella—sabrá apreciar sus esfuerzos. Pero es imperativo hacer constar que existen traducciones del mismo, realizadas por guatemaltecos como Miguel Angel Asturias, Adrián Recinos, habiéndose ocupado del tema; asimismo J. H. Villacorta. La señora de Diego cita exclusivamente al francés Brasseur de Borbourgh.

Tema de mucha profundidad es el de si los mitos mayas son plagio de los hindúes, como afirma la señora de Diego. La palabra "plagio" es un tanto delicada para ser lanzada con superficialidad. Sin entrar a debatir el tema, le cedo el comentario a José Humberto Hernández Cobos, escritor guatemalteco, quien en artículo suyo dice: "¿Cómo no sentir admiración por aquellos sacerdotes y sabios que inventaron el signo del cero mil años antes que los indostanos, y encontraron, más exacto que los propios griegos, el ciclo metónico?"

Pletórica de vaguedades es la parte de su carta-biografía, en la que refiere su matrimonio. Habla de "razones de Estado", de "expulsión", etc. "Pero al final me impuse", termina diciendo. Total: un país bárbaro. Si la señora de Diego fenía interés en tratar este tema tan delicado, debió, creo, haber concretado: época, gobierno, etc., ya que si de alguna cosa puede disfrutar hoy en día en Guatemala, es de una amplia libertad de expresión. Si aquel indio con el que, por su propia voluntad, contrajo matrimonio era "enfermo tarado con un mal cruce étnico", sería elemental concederle algo de benevolencia, ya que no cariño, o, por lo menos, respeto a su memoria. Pero nunca desprecio. Máxime si por su medio obtuvo la nacionalidad guatemalteca y el parentesco con la raza.

Finalmente, la señora de Diego lanza un apotegma, casi como un reto, al decir: "No tengo miedo a nada ni a nadie." Sea enhorabuena. Pero al expresarse en esa forma, se olvida del lugar en que está viviendo y de la gente que la rodea, que no creo que le estén suspendiendo espadas de Damocles sobre su cabeza. Pero ella misma acude, desvelando incógnitas, con aquella frase suya de que "en España nacen mujeres quijotes, y a mucha honra". Me imagino que al ascender a las cumbres de María Tecum, desoladas y agrestes, ha de creer que los rebaños de carneros que a su paso encuentra son ejércitos de enemigos que vienen en su búsqueda; que aquellos sonoros molinos de viento que espolvorean la campiña guatemalteca, líricos y dolientes, son gigantes y cabezudos, y que las mulas de los curas ladinos que trotan de pueblecito en pueblecito, sudorosos y resignados en ejercicio de su divino ministerio, son dromedarios y gente descomunal.

Y ahora que he adjudicado el epíteto de ladinos a los curitas, se impone una aclaración que debió haber hecho en su carta la señora de Diego, ya que ella la emplea refiriéndose a aquel "indio tarado" que fué su esposo, provocando en España lamentables confusiones. Los diccionarios de la lengua española, entre otras acepciones, que no interesan a nuestro objeto, dan a la palabra "Ladino" la acepción de "astuto, sagaz, taimado". Nada de esto quiso decir la señora de su marido. "Ladino", en Guatemala, es todo aquel que lleva mezcla de su sangre: indígena y extranjera. Aún se ha generalizado la expresión para calificar a todos los nacidos en el país, algo así como "criollo".

Que la señora de Diego aprecie a nuestros indios y que "MVNDO HISPANICO", POR SU INTERMEDIO, LOS RECOJA EN SUS PAGINAS, MERECE ELOGIO FERVIENTE, ya que nuestra raza maya, descendiente de aquella gloriosa y pacífica civilización precolombina que ha desafiado los siglos y la violencia, dejando sus huellas milagrosas, es lo más auténticamente americano, orgullo de cualquier guatemalteco consciente del destino de su tierra, fusión maravillosa de culturas y de razas.

Agradeciendo al Sr. Redactor-Jefe la gentileza de publicar esta aclaración, aprovecho esta oportunidad para presentarle las demostraciones de mi más alta y distinguida consideración.

LUIS AYCINENA SALAZAR

JURADO DE PIN-PON

por LUIS

